

CARLOS
VICTORIA

Las
SOMBRAS
en **la Playa**
Ue
Ue

D476
195

LAS SOMBRAS EN LA PLAYA

COLECCION CANIQUI

CARLOS VICTORIA

LAS SOMBRAS EN LA PLAYA

EDICIONES UNIVERSAL, MIAMI, FLORIDA, 1992



EL ABRIGO

a Esteban Cárdenas

Loquillo me regaló un abrigo en el mes de diciembre, el primer día de frío del año setenta y uno. Era un abrigo checo negro y azul, de confección mullida y líneas elegantes. Me lo envió con el chino Vergara al albergue de la calle Tercera, cuando la llovizna y el amago del invierno tropical tocaban a mis puertas de estudiante, oscureciendo el vidrio y la madera.

Este abrigo era su oferta de reconciliación, por así decirlo —su gesto de lealtad, su petición, su aporte. Me lo probé varias veces, con movimientos bruscos, frente al espejo del baño, mientras un vietnamita, alumno de Ciencias Políticas, me lo celebraba en su balbuceante español: el idioma en su boca sonaba como un instrumento de cuerda.

Pensé por un instante en los meses venideros, en el derecho a abrigo de mi tarjeta de racionamiento vendido por quince pesos en una borrachera, en el vinyl agradable al tacto y a la vista, y decidí aceptar el regalo, lo que significaba también el perdón del agravio que me había distanciado del Loquillo. Porque aceptar es perdonar, me dije (acariciando los bolsillos felpudos), a pesar de que la historia de la raza humana nos diga lo contrario.

Tres meses antes, el Loquillo me había llevado a conocer a un jovencito musicómano, cuyo padre desempeñaba un misterioso cargo en el Gobierno. El muchacho contaba en su extraordinaria colección con cinco long-playings de los Beatles, y el clásico *In a gadda da vida* de Iron Butterfly.

El calor de la tarde obligó al hijo del funcionario a sacar el tocadiscos a la terraza. Vivía en una de esas casas de dos plantas que aún dejaban adivinar el esplendor un tanto ridículo de la burguesía habanera de décadas pasadas, más tarde sofocada por ambiciones, negligencias y revolución. Nos brindó una limonada casera, pródiga en azúcar, y al rato una de las melodías más largas del *Pop* nos envolvía con su rara sugestividad, como un olor penetrante o una nube. El muchacho observaba mi rostro, buscando quizás señas de admiración; el Loquillo, entre tanto, llevaba afano-

samente el ritmo de la batería golpeando sus rodillas, donde la tela del jeans adelgazaba. El tatuaje en su mano derecha —*María* en letras gruesas— se contraía y dilataba, movimiento que le imprimía al nombre de mujer un aire de irreverencia.

Al terminar la sesión con los *Mariposa de Hierro*, el Loquillo pidió con desenfado un poco más de limonada, o en su defecto, un simple vaso de agua. El calor justificaba el pedido. Las axilas estaban empapadas, y en la cara naturalmente roja del Loquillo el sudor colocaba una máscara de pequeñas gotas. El anfitrión, después de cerciorarse de que el nuevo disco se oía a la perfección —las guitarras de los Beatles conmovían al más indiferente— se dirigió al interior de la casa. La escena siguiente ocurrió en un segundo. Loquillo se acercó a la mesita donde se apilaban los discos, se los metió bajo el brazo, y atravesando en dos pasos la terraza saltó del muro a la calle. La altura consternaba; pero algunas personas tienen huesos valiosos. Dejó al menos el disco que giraba en el plato, tal vez por mi presencia. Yo, al igual que el hijo del dirigente, soy un fanático de la música.

Al regreso del muchacho, mi cara perpleja lo iluminaba todo. Las caras a veces cuentan cosas, relatan sucesos, se extravían, piden perdón. El mapa del rostro, si bien engañoso, puede ser eficaz para aclarar circunstancias. O al menos para enriquecerlas. Pero este adolescente no podía descifrar esa sutil lectura: su juventud, su fogosidad se lo impedían, y yo no podía culparlo.

—Se fue —sólo atiné a decir, y añadí innecesariamente— con los discos.

Y los suaves compases de *Michelle, me belle, sont les mots qui vont très bien ensemble*, ya que los Beatles habían llegado a cantar en francés en este momento de elocuencia, sirvió de fondo a expresiones como *maricón, tú te habías puesto de acuerdo con él, ese hijo de puta, no te muevas, voy a llamar a la policía*.

Mi acusador se había convertido de repente en un animal herido, gimiendo, saltando, amenazando, haciendo extraños sonidos con la boca, torciendo grotescamente los ojos, y yo, despojado de todo pudor, descendí a la súplica y a los juramentos, hasta que al fin lo convencí de mi inocencia. Al regresar al albergue, sudoroso y hastiado, decidí romper mi amistad con el Loquillo.

Pero ahora el abrigo, una prenda grácil y tentadora, tendía un puente entre mi dignidad y mi miseria. Y allí, frente al espejo, pensé que si la verdadera historia de la Cuba revolucionaria llegara a

escribirse, en la portada del libro debía aparecer Esaú con su plato de lentejas. Y satisfecho con mi ingeniosidad lavé con agua y jabón una pequeña mancha en la manga del que a partir de ese instante consideré mi abrigo.

Pocos días después llegaron las vacaciones de fin de año. En una mañana de inusitada luz, crucé la bahía de La Habana, tomé el trencito de Hershey al mediodía, y llegué a Matanzas esperando coger el tren central cuando pasara por ese puerto: en La Habana se les prohibía subir a los vagones a los pasajeros sin asiento, y los boletos se habían vendido con dos meses de anterioridad.

Entre empujones, insultos y suspiros, una marejada humana se impacientaba en la estación. Pero el tren no pasó en toda la noche, para decepción de los viajeros. Yo dormí recostado a mi mochila —más que recostado, agarrado a ella: adentro estaban mis libros, mis dos únicas mudas de ropa, y también el abrigo, que un bochornoso calor navideño me había impedido usar. Dos días más tarde llegué a Camagüey, saturado de ingratos olores y con un hambre de perro; pero la naturaleza se mostró generosa y me concedió un clima húmedo y casi (casi) frío. Bajé por una ventanilla del vagón —la puerta estaba bloqueada por personas, maletas, sacos, e incluso por un puerquito joven, cuyos chillidos impregnaban el aire de violencia— ostentando mi envoltorio extranjero, el flamante abrigo checo, que a excepción de unas arrugas que me apresuré a alisar, no delataba las angustias del viaje. La buena ropa resta timidez, me dije, arrancando unos hilos finísimos del cuello. Brinda aplomo, seguridad en uno mismo.

Sólo meses después me enteré que este abrigo pertenecía a un destacado escritor cubano; Loquillo había entrado a su casa con el auxilio de una pata de cabra. El abrigo era el fruto de dos libros de cuentos y una novela, solemnizados por la policía política como “la Literatura que la Revolución necesita”. El autor fue recompensado con un viaje a los países socialistas, y bajo los famosos relojes de Praga decidió que los escritores también precisan de ropa de invierno, aunque estén condenados a vivir en el trópico. Nada puede objetarse a tal razonamiento, a no ser el miedo al robo. Pero al final los temores se imponen, y las pesadillas entran por la ventana, con la forma de un joven loco e irresponsable. Eso sí, un joven con cierta dosis de magnanimidad: yo era testigo de ello.

En el invierno siguiente me vi envuelto en una aventura amorosa, en los hondos pinares que rodean a Santiago de Cuba —para ser

más exacto, en un bajío junto a la carretera del Morro. Era tarde en la noche y yo regresaba a pie con mi pareja de una fiesta en San Pedro del Mar. Apremiados de pronto por el deseo de estar juntos, tendimos el abrigo sobre la hierba húmeda. La memoria se aferra luego a escenas como esa, al brillo de las estrellas entre las ramas, al chasquido de las ramas bajo los cuerpos, al olor de las hojas dispersas en la tierra. Las hormigas invadieron la prenda viajera, sepultando con su diminuto escozor los vestigios de la ciudad de Praga. Horas después la luz del día devolvió al abrigo su forma original. Revestido de una aparente indiferencia, a la que contribuía el corte moderno de mi única posesión europea, abandoné Santiago esa misma noche: la mano que estreché con tibieza en el andén nunca más volvió a estar entre las mías.

Recuerdo que en la estación de San Luis, a las dos de la mañana, el recogedor de boletos anunció que un tren se había descarrilado a pocos kilómetros; debíamos esperar a que la vía estuviera libre para continuar el viaje.

La madrugada era fría. En un acto de ingenuidad, bajé a comprar algo de comer en una cafetería cercana: el mulato detrás del mostrador me aclaró que ni siquiera el agua era potable. Al cruzar de nuevo el andén una mujer me preguntó mi nombre, con la sencillez de la gente de esa zona. Me dijo que yo le recordaba a su hermano menor, que cumplía su Servicio Militar al norte de la provincia. Era una mujer atractiva, sin ser hermosa, y me confesó que en sus treinta años de vida nunca había visitado La Habana. Yo le dije que no se había perdido nada del otro mundo, lo cual era cierto. Luego me enseñó una foto del hermano, un joven de ojos asustados que no se me parecía en lo absoluto. Pero no quise contradecirla. Terminamos besándonos con rapidez en el interior de un coche abandonado, que olía a orines rancios y a comida descompuesta. Sin embargo, a pesar de unos minutos de ardor inicial, el romance no llegó lejos: ella esperaba el tren para Guantánamo, y se mostraba inquieta y preocupada. Tampoco creo que yo le gustara demasiado; pensé que le había llamado la atención el abrigo, y esperé que me lo pidiera al despedirnos. Pero al fin no lo hizo. Nos dimos unos besos apresurados y torpes, que me dejaron un sabor extraño. Creo que se llamaba Rita, pero he olvidado por completo su cara.

Dos años más tarde, ya expulsado de la Universidad, y convertido por obra y gracia de la circunstancia en obrero de un vivero forestal, es decir, un chapeador de potreros, un paleador de tierra

—y lo que es más, en un profesional de la amargura y los tragos solitarios, lo que algunos llaman con simpatía o desprecio *un caso perdido*, *un curda*— me reponía con aguardiente de un día de trabajo, cuando tocaron con vigor a la puerta.

La figura del Loquillo me pareció un sueño pesado, un delirium tremens precoz, o un giro imprevisto de mi fantasía. Pasó un rato antes que comprendiera sus palabras. Decía:

—Viejo, perdóname que te moleste a esta hora, me da una pena del carajo, pero vengo de Holguín, y me bajé aquí en Camagüey para pedirte el abrigo. Vaya, ya tú lo has disfrutado bastante, son más de cuatro años, y a mí me hace falta ahora. Me tengo que ir en el tren de las cinco de la mañana.

—Esto es increíble, Loquillo —empecé a decir, pero él me interrumpió de inmediato.

—Yo sé que fue un regalo, yo sé que es tuyo. Pero me hace falta para un *birne*, una *envolvencia*, va a ser nada más que por un par de meses, te lo juro. Yo te lo traigo cuando cuadre la caja. Es un negocio con Kico, el pajarito, tú lo conoces, el de Holguín...

—Está bien, Loquillo —le dije— no me expliques nada. Déjame buscarte el abrigo, y de paso te voy a acompañar a la estación.

—Viejo, tú eres completo, tú eres un tipo completo —me repitió como mil veces durante el camino.

Una neblina espesa cubría las calles adoquinadas. El calor del día ya se anunciaba por medio de aquel humo, entre el cual los faroles semejaban señales de otro mundo, o en el lenguaje de los campesinos, luces de Yara, parpadeando en el silencio de la ciudad vacía.

Ya en el andén pensé que el abrigo siempre estaría asociado en mis recuerdos a los trenes, al paso incesante de la juventud por los rieles, a las horas desplazadas a través de provincias, a paisajes entrevistos desde el aire cargado de los vagones. Un aire cargado de aliento, de cuerpos deseosos, de voces exasperadas —pero también de sencilla comedia, de trama inofensiva.

El Loquillo se lo puso en la escalerilla de hierro, sin dejar de mirarme; su cabello rubio resaltaba sobre el azul y negro del vinyl, un poco empercudido por el uso. Cuando el tren se puso en marcha me gritó:

—¡El año que viene te lo traigo!

Y así este abrigo se integró al destino incierto de los objetos, sobre los que tejemos, a veces de forma exagerada, el ropaje misterioso de la vida.

EL ALUMNO DE LEZAMA

a Guillermo Rosales
y Antonio Desquiron

I

Alguien había gritado su nombre a medianoche; alguien había tocado varias veces la puerta. El recordaba confusamente haber dicho con una voz pastosa: "¿Quién es?" o ¿Alguien me llama?" o "Voy enseguida" —pero de inmediato se dejó arrastrar de nuevo por la fuerza del sueño.

El sueño había tenido un comienzo feliz: él leía sus poemas en el salón de actos del Liceo, y entre el público se encontraba su esposa María, que arropaba en sus brazos a un gato. Unas lámparas rojas, con formas de senos de mujer, colgaban del techo, y en el pasillo alfombrado se alineaban unos búcaros de exuberantes flores, como si se tratara de una boda. Personas y estatuas colmaban de puerta a puerta el enorme salón. Cada lectura terminaba con un aplauso. De pronto él había sacado del portafolio un pergamino multicolor, con unas letras fosforescentes, y había dicho: "Este poema está dedicado a mi esposa María, que ha resucitado con un rostro barcino..." (él mismo se había sorprendido al pronunciar la palabra *barcino*), y en ese instante, del fondo del salón, alguien había gritado su nombre, "¡Natalio!", y luego escuchó aquellos golpes secos, que primero sonaron como disparos, pero que después identificó como aldabonazos en la puerta. Intentó levantarse de la cama. Preguntó algo con la lengua enredada, y regresando al sueño comenzó la lectura del poema, escrito en un idioma gutural que él mismo no reconocía. María se había puesto de pie y lo había insultado; otros la imitaron con rapidez.

Del salón de actos el sueño se trasladó a la casa de campo donde él había vivido con su primera esposa. Unos niños enmascarados —posiblemente sus sobrinos— le registraban los bolsillos y se encaramaban en sus piernas: él estaba sentado en una silla de ruedas. Por la mañana se despertó con dolor en el cuello, y al levantarse miró de reojo su cuerpo desnudo en el espejo del armario.

Natalio Arteaga había enviudado a los cincuenta años, y ya había cumplido los cincuenta y siete. Su cuerpo decaía con la misma constancia que su casa. Cada día se desprecizaba admirando la vitalidad de sus sueños: aquellas farsas crueles y absurdas en las que se veía obligado a participar durante la noche, tenían un movimiento y una intensidad que contradecían la decrepitud del soñador. Cuando estaba en el baño recordó que debía sacar la basura. Al abrir la puerta de la calle vio en el piso un papel estrujado.

"¡Cómo duerme usted, poeta! Le tumbé la puerta y me quedé ronco llamándolo, y nada. ¿Es posible que se haya emborrachado sin mí? Tengo un favor especial que pedirle. Volveré a las doce.

Su hijo intelectual:

César Velazco"

Natalio sonrió. Le gustaba la familiaridad irrespetuosa con que el muchacho lo trataba: él mismo había forzado esa confianza. Los años de viudez habían cambiado a Natalio. Menospreciado (y ridiculizado) por sus colegas de la Unión de Escritores; resignado a esperar que los méritos de su poesía fueran reconocidos oficialmente después de su muerte —su último libro de versos se había publicado hacía veinte años—; marginado por el gobierno, es decir, discretamente marginado, ya que su posición hacia la Revolución había sido primero de franca simpatía, y luego de prudente silencio; abrumado, en fin, por la soledad y el fracaso, Natalio se había rodeado de un pequeño círculo de jóvenes, algunos genuinamente interesados en la literatura, como César, y otros sólo deseosos de escapar de alguna forma de la aridez cotidiana. El viejo poeta disfrutaba de aquella compañía. Además, a todos los unía un gusto por la conversación sazónada con alcohol. El les brindaba su casa, la casa espaciosa y destartalada que desde la muerte de María se derrumbaba poco a poco; los jóvenes traían sus risas, sus ideas, sus insatisfacciones y sus botellas.

Debían los fines de semana, a veces hasta el amanecer; pero de lunes a jueves Natalio le pedía a los muchachos que no lo visitaran. En parte esto se debía al temor al Comité de Defensa de la cuadra que vigilaba las entradas y salidas de todas las casas, y que miraba con recelo cualquier reunión, por inofensiva que fuera; pero también a otro temor no menos justificado: el de destruir su salud con aquellos excesos. Natalio le temía a las enfermedades —sobre todo, le temía a la muerte.

En su juventud había tenido dos pasiones: la bebida y los libros.

Su primera mujer se había resignado a vivir con un hombre que leía demasiado, pero no a tolerar las impertinencias de un borracho, y a los seis meses de casada solicitó el divorcio. Pero María, su segunda y última esposa, rica y educada, y también amante de los libros, había impuesto la temperancia en la vida del bohemio. Desde que se conocieron Natalio se dio cuenta que aquella mujer tenía carácter, y se aferró a ella con la oculta ilusión de reformarse, de dedicar su vida a la creación, sin los obstáculos de la ebriedad. En realidad ella lo trató siempre como si él fuera un niño, trato que se intensificó cuando ella supo que no podía tener hijos. Pero a cambio María exigió un orden, una moderación, una conducta recta. Natalio se sometió.

Gracias a una formación autodidacta —y también a algunos contactos— ejerció el periodismo durante quince años, y también publicó, con su dinero, tres libros de poemas que fueron calificados por los conocedores de “poesía culterana, pero de buen gusto”. Un crítico lo bautizó como “el alumno más aventajado de José Lezama Lima”. Sin embargo, a pesar de repetidos intentos, Natalio nunca logró publicar un poema en *Orígenes*, la revista literaria más prestigiosa de la época, dirigida por el propio Lezama.

Natalio no se desanimó: continuó escribiendo. Se consideraba descendiente directo de una tradición mucho más rica que la lezamiana: se llamaba a sí mismo discípulo de Rilke. Sus versos se amontonaban en la casona de la calle del Rosario, aunque a veces en medio del fervor creativo —escribía casi a diario— Natalio sentía de pronto el impulso de mudarse para otro país, o quizás de emborracharse. Pero María no hubiera permitido ninguna de las dos cosas, y él proseguía el interminable debate con las palabras. En el patio colonial, los gatos olfateaban los tinajones, las piedras; las arecas reverdecían, se secaban, volvían a verdecer; en los días de humedad la madera crujía, como si por sus tejidos secos circulara de repente la vida.

Luego, al llegar la Revolución, Natalio, venciendo los prejuicios de su esposa, había colgado la bandera roja y negra del 26 de Julio en la puerta. Escribió algunos poemas de entusiasmo patriótico, en un estilo un poco más claro, y cuando le propusieron formar parte de la Unión de Escritores y Artistas cubanos, aceptó con orgullo. Pero a la larga se percató de que la política lo repugnaba, como lo había repugnado siempre. María murió en el año sesenta y seis. El volvió a beber como en su juventud, con avidez, impudor, desaso-

siego. Pero el alcohol destrozaba sus nervios y su estómago, y terminó por limitar su afición a los fines de semana. Ya era un viejo, se decía, y tenía que cuidarse.

Hoy jueves, sin embargo, Natalio saboreaba por anticipado la orgía del día siguiente, y ahora la nota de César era también un anuncio de esas horas en que podía olvidarse de sí mismo.

II

César llegó a las doce del día. El “favor especial” fue pedirle a Natalio que alojara —por una semana nada más— a una muchacha de unos veinte años. Adriana trajo sus cosas esa misma tarde.

Desde la muerte de su esposa, era la primera vez que él compar-tía su casa con alguien. Al principio se sorprendió de haber aceptado tan fácilmente la intromisión en su intimidad de una persona extraña. Como todo hombre que ha vivido solo durante varios años, él había desarrollado ciertos caprichos domésticos, ciertas manías, a las que ahora debía renunciar a causa de la visitante. No podía pasearse desnudo por la casa, ni leer sus poemas en voz alta, ni entrar al baño y dejar la puerta abierta, ni dormir la siesta del mediodía acostado en el piso del comedor, adonde llegaba el frescor del patio.

Pero quizás le había impresionado la sinceridad de la joven al contar su historia. Adriana vivía en La Habana con sus padres, que habían dejado de ser una pareja feliz —si es que alguna vez lo habían sido. Las peleas y los reproches de infidelidad mutua habían degenerado en agresiones físicas. Adriana, harta de deambular en el fuego cruzado, había decidido pasarse una temporada con sus tíos en Camagüey, esperando que su ausencia acelerara el divorcio. Pero a los tíos les desagradó aquella sobrina que habían dejado de ver cuando ella era una niña: Adriana traía una falda demasiado corta, fumaba continuamente y hablaba con un lenguaje áspero. El disgusto se convirtió en crisis cuando trajo a la casa tres amigos que había conocido cuando éstos estudiaban en La Habana: César era uno de ellos. Los muchachos usaban pelo largo y pantalones ajustados, y ayer, cuando ellos pasaron a recogerla, los escandalizados tíos sintieron en uno de los visitantes (*por Dios, a las diez de la mañana*), un incuestionable olor a bebida. Por la noche, al regresar de una fiesta, Adriana se encontró con que sus tíos se negaron a

abrirle la puerta: las tablas oscuras, la fría mampostería permanecieron mudas ante los gritos de *abran, por favor, soy yo*. Fue entonces cuando César propuso alojarla por unos días en casa de un amigo, un hombre mayor y respetuoso que además era un poeta de mucho talento —Natalio sonrió al escuchar la descripción en boca de la joven.

—Lo de hombre mayor y respetuoso es verdad —dijo Natalio, llevándose una mano a la nariz—, pero lo de poeta de mucho talento es un cumplido.

—Pero yo quiero ver lo que usted escribe. César dice que no voy a entender nada, porque él piensa que yo soy muy bruta. El se cree mejor que nadie.

—¿Te gusta la poesía?

—Lo que es gustarme, gustarme, no; pero a mí me interesa conocer de todo. Yo soy muy curiosa, curiosa de verdad. Usted no lo sabe.

Natalio estaba fascinado. La muchacha no era bonita, aunque tenía una piel trigueña y limpia, unos labios gruesos y un cuerpo bien formado. Pero no eran esos detalles físicos, ni siquiera la gracia natural de su juventud, lo que lo atraía: era su desenvoltura que rozaba la desfachatez, su voz un tanto chillona, su manera de gesticular y de pasarse la lengua por los labios, su falta de pudor al cruzar las piernas. Natalio siempre había sentido una encubierta debilidad por todo lo indecente y vulgar.

Un estudioso de sí mismo, se había reprochado muchas veces aquella inclinación a lo chabacano, especialmente en materia de mujeres. Se justificaba pensando que sus primeros encuentros sexuales habían ocurrido con prostitutas baratas, y que éstas, con su diálogo soez, su escasa educación, su aspecto negligente, su afán de provocar, su desparpajo, habían marcado el gusto de él para toda la vida. Pero esta ligera perversión —tenía que llamarla de algún modo— se extendía más allá del sexo: en otra época le gustaba pasearse por los barrios más sórdidos de Camagüey, darse tragos en bares de mala muerte, frecuentar la compañía de sujetos de facha indeseable, y observar con avidez los pleitos y la promiscuidad de la gente ordinaria.

En sus hábitos personales, en su poesía, en la elección de sus dos esposas, Natalio no revelaba esta secreta tendencia. Pero los mejores momentos de su juventud habían transcurrido en la suciedad de los prostíbulos, y más tarde, en su madurez, cuando su segundo

matrimonio y el respeto a sí mismo le habían vedado esos lugares, había gozado más junto a su querida —una lavandera analfabeta que vivía en el barrio de Beneficencia— que junto a su propia esposa.

Todavía actualmente, Natalio disfrutaba de lejos de los tumultos en las tiendas de ropa y de comida, donde el gentío, azuzado por la escasez, se amotinaba: los insultos, los chistes obscenos, las exclamaciones groseras y los gestos violentos le producían una mezcla de temor, repulsión y placer. Protegido por la apariencias decorosa de su edad, Natalio seguía siendo un hombre sensual.

Sin embargo, había renunciado al sexo hacía ya un par de años, no porque su virilidad se hubiera extinguido —aunque por supuesto, ya él no era *el de antes*— sino porque sabía de sobra que a estas alturas su cuerpo no podía inspirar lujuria. No le importaba pagar por el sexo (se había acostumbrado a hacerlo desde adolescente), pero no soportaba la idea de provocar asco. Se contentaba con los recuerdos, las fantasías y también con las aventuras que vivía cada noche en sus sueños; pero ahora la proximidad de aquella muchacha que desde hacía unas horas era su huésped, le hacía ver que las figuras de carne y hueso superan la calidad de las visiones.

Esa tarde comieron juntos en el comedor que Natalio nunca usaba —a él le bastaba la pequeña mesa de la cocina— y el hombre sacó por primera vez en muchos años el mantel bordado, y sirvió el arroz y los huevos en los lujosos platos de la vajilla. La muchacha no cesaba de hablar mientras comía. Natalio miraba los dedos y los labios salpicados de grasa, y de pronto se le ocurrieron los primeros versos de un poema:

*El amante de la vulgaridad
recorre con sus ojos codiciosos
la inscripción brillante de los labios.*

III

Hoy era jueves, pero por ser el primer día de Adriana en la casa, Natalio adelantó el fin de semana: incluso permitió que César trajera un tocadiscos, y esa noche la conversación se mezcló con las canciones de un conjunto estridente que tenía un nombre impenetrable: *Credence Clearwater Revival*. A última hora, animado

por los tragos, Natalio se incorporó al ruedo de jóvenes que saltaban alrededor de Adriana.

No supo exactamente cómo acabó la fiesta, ni en qué momento se acostó. Despertó por la madrugada con la lengua reseca. Se dirigió al comedor en puntas de pie, y al pasar frente al cuarto donde Adriana debía dormir le pareció escuchar una respiración agitada. Tomó tres vasos de agua y se acostó de nuevo. Las sienes le latían. Comenzó a soñar como casi todas las noches, con su esposa María: los dos caminaban al anochecer por una playa desierta, y María se reía con una risa tonta, mientras gritaba, entre hipo: "¡Balzac! ¡Balzac!". Unos gatos barcinos, de colas espinosas, maullaban junto a una fogata en la arena —una fogata donde Natalio sabía que se estaban quemando huesos humanos. Los gatos observaban el fuego con ojos brillantes. María le arrojaba puñados de arena a las llamas, repitiendo entre risas: "¡Balzac!". En ese instante Natalio se despertó sobresaltado. Un cuerpo se frotaba con el suyo en la oscuridad. Palpó los cabellos, la cara, los senos.

—¿Eres tú, Adriana? —preguntó con voz ahogada.

La respuesta fue una risita, o algo que sonó como una risita. El envolvió el cuerpo con sus brazos, tembloroso, afiebrado, aspirando el aliento a cigarros y a alcohol. El roce de la piel sudada lo trastornó. La muchacha rehuía su boca, pero se dejó penetrar con prontitud, mientras susurraba obscenidades. Luego se levantó sin decir una palabra, y Natalio vio su cuerpo desnudo atravesar la penumbra.

Al otro día Adriana se levantó cerca de las doce, pálida y ojerosa. Natalio, que ya tenía el almuerzo casi listo, comprendió por la expresión de la muchacha que era mejor no mencionar lo ocurrido. Además, el enamorado de las palabras sabía que en este caso una frase podía estropearlo todo. Almorzaron en silencio, acosados por el vuelo imprudente de las moscas. Natalio tenía miedo de exteriorizar su alegría, y se esforzó por masticar con gravedad. César, que la noche anterior había prometido llevar a Adriana al cine, llegó cuando el hombre y la joven recogían los platos, evitando mirarse, tropezar entre sí.

—La película empieza a la una, estamos atrasados —dijo César.

—Tengo que fregar primero —dijo Adriana.

—No te preocupes, yo friego —dijo Natalio.

—No, a mí no me gusta abusar. Usted hizo el almuerzo, ahora a mí me toca el fregado.

—Hazme el favor, vete para el cine con César. Yo cocino y yo friego. A mí me gusta hacer de amo de casa, y en mi casa mando yo.

Lo dijo sonriendo. Ella había sonreído también. Lo único que me falta, pensó, es enamorarme como un viejo verde. Lolita, pensó y volvió a sonreír. Nabokov. El carajo. Los dos jóvenes salieron entre cuchicheos y bromas, y de repente Natalio sintió una breve desazón, una punzada en el pecho. ¿Cómo es posible que estuviera celoso? Luego, mientras fregaba, recordó el sueño con su esposa en la playa, y también el de la lectura de poemas en el Liceo, y le vinieron a la mente unos nuevos versos:

*El amante de la vulgaridad
vive atormentado por los refinamientos
de una mujer con el rostro barcino.*

Esa noche el grupo de muchachos vino temprano, trayendo con ellos a dos jovencitas, quizás para que Adriana no se sintiera incómoda entre tantos hombres. Natalio, que había decidido no emborracharse como la noche anterior, se sentó en un extremo de la sala a observar a los bailadores, parapetado tras las páginas de un poemario de Antonio Machado. Pero los cuerpos en movimiento ejercían más atracción que los campos castellanos descritos con melancolía por el poeta. Adriana bailaba mejor que las otras dos jóvenes, con giros ágiles y contorsiones bruscas. Del montoncito de vellos de sus axilas se deslizaban líneas de sudor. A veces los tirantes de la blusa se le rodaban, y ella se los acomodaba con un gesto inconsciente que Natalio encontraba lleno de gracia. El evitaba mirarla con fijeza; no quería que ninguno de los invitados se diera cuenta de lo que sentía. A cada rato miraba de reojo a César, preguntándose si la intimidad entre éste y Adriana era suficiente para que ella le hubiera contado que ahora Natalio y ella eran amantes. Porque amantes son todos los que hacen juntos el amor, pensaba. Pero César, como de costumbre, se ocupaba más de los tragos que de otra cosa, y su abstraído rostro de borracho, con rasgos distorsionados por una antipática mueca, no ofrecía una lectura fácil.

La fiesta se prolongaba más de lo que Natalio deseaba —aunque después de todo, hoy era viernes— y el viejo se asomó varias veces a la calle para asegurarse de que la música no molestaba a los vecinos. La luna blanqueaba las fachadas de los caserones, y las vigas de madera que apuntalaban las paredes ruinosas estaban cubiertas de gotas de rocío. Natalio también sudaba. Un carro de la policía pasó con lentitud varias veces frente a la casa, pero no se

por los tragos, Natalio se incorporó al ruedo de jóvenes que saltaban alrededor de Adriana.

No supo exactamente cómo acabó la fiesta, ni en qué momento se acostó. Despertó por la madrugada con la lengua reseca. Se dirigió al comedor en puntas de pie, y al pasar frente al cuarto donde Adriana debía dormir le pareció escuchar una respiración agitada. Tomó tres vasos de agua y se acostó de nuevo. Las sienes le latían. Comenzó a soñar como casi todas las noches, con su esposa María: los dos caminaban al anochecer por una playa desierta, y María se reía con una risa tonta, mientras gritaba, entre hipo: "¡Balzac! ¡Balzac!". Unos gatos barcinos, de colas espinosas, maullaban junto a una fogata en la arena —una fogata donde Natalio sabía que se estaban quemando huesos humanos. Los gatos observaban el fuego con ojos brillantes. María le arrojaba puñados de arena a las llamas, repitiendo entre risas: "¡Balzac!". En ese instante Natalio se despertó sobresaltado. Un cuerpo se frotaba con el suyo en la oscuridad. Palpó los cabellos, la cara, los senos.

—¿Eres tú, Adriana? —preguntó con voz ahogada.

La respuesta fue una risita, o algo que sonó como una risita. El envolvió el cuerpo con sus brazos, tembloroso, afiebrado, aspirando el aliento a cigarros y a alcohol. El roce de la piel sudada lo trastornó. La muchacha rehuía su boca, pero se dejó penetrar con prontitud, mientras susurraba obscenidades. Luego se levantó sin decir una palabra, y Natalio vio su cuerpo desnudo atravesar la penumbra.

Al otro día Adriana se levantó cerca de las doce, pálida y ojerosa. Natalio, que ya tenía el almuerzo casi listo, comprendió por la expresión de la muchacha que era mejor no mencionar lo ocurrido. Además, el enamorado de las palabras sabía que en este caso una frase podía estropearlo todo. Almorzaron en silencio, acosados por el vuelo imprudente de las moscas. Natalio tenía miedo de exteriorizar su alegría, y se esforzó por masticar con gravedad. César, que la noche anterior había prometido llevar a Adriana al cine, llegó cuando el hombre y la joven recogían los platos, evitando mirarse, tropezar entre sí.

—La película empieza a la una, estamos atrasados —dijo César.

—Tengo que fregar primero —dijo Adriana.

—No te preocupes, yo friego —dijo Natalio.

—No, a mí no me gusta abusar. Usted hizo el almuerzo, ahora a mí me toca el fregado.

—Hazme el favor, vete para el cine con César. Yo cocino y yo friego. A mí me gusta hacer de amo de casa, y en mi casa mando yo.

Lo dijo sonriendo. Ella había sonreído también. Lo único que me falta, pensó, es enamorarme como un viejo verde. Lolita, pensó y volvió a sonreír. Nabokov. El carajo. Los dos jóvenes salieron entre cuchicheos y bromas, y de repente Natalio sintió una breve desazón, una punzada en el pecho. ¿Cómo es posible que estuviera celoso? Luego, mientras fregaba, recordó el sueño con su esposa en la playa, y también el de la lectura de poemas en el Liceo, y le vinieron a la mente unos nuevos versos:

*El amante de la vulgaridad
vive atormentado por los refinamientos
de una mujer con el rostro barcino.*

Esa noche el grupo de muchachos vino temprano, trayendo con ellos a dos jovencitas, quizás para que Adriana no se sintiera incómoda entre tantos hombres. Natalio, que había decidido no emborracharse como la noche anterior, se sentó en un extremo de la sala a observar a los bailadores, parapetado tras las páginas de un poemario de Antonio Machado. Pero los cuerpos en movimiento ejercían más atracción que los campos castellanos descritos con melancolía por el poeta. Adriana bailaba mejor que las otras dos jóvenes, con giros ágiles y contorsiones bruscas. Del montoncito de vellos de sus axilas se deslizaban líneas de sudor. A veces los tirantes de la blusa se le rodaban, y ella se los acomodaba con un gesto inconsciente que Natalio encontraba lleno de gracia. El evitaba mirarla con fijeza; no quería que ninguno de los invitados se diera cuenta de lo que sentía. A cada rato miraba de reojo a César, preguntándose si la intimidación entre éste y Adriana era suficiente para que ella le hubiera contado que ahora Natalio y ella eran amantes. Porque amantes son todos los que hacen juntos el amor, pensaba. Pero César, como de costumbre, se ocupaba más de los tragos que de otra cosa, y su abstraído rostro de borracho, con rasgos distorsionados por una antipática mueca, no ofrecía una lectura fácil.

La fiesta se prolongaba más de lo que Natalio deseaba —aunque después de todo, hoy era viernes— y el viejo se asomó varias veces a la calle para asegurarse de que la música no molestaba a los vecinos. La luna blanqueaba las fachadas de los caserones, y las vigas de madera que apuntalaban las paredes ruinosas estaban cubiertas de gotas de rocío. Natalio también sudaba. Un carro de la policía pasó con lentitud varias veces frente a la casa, pero no se

detuvo. A medianoche él apenas podía disimular su impaciencia, y terminó bebiendo sin moderación. Lo último que recordó de la fiesta fue una discusión con César sobre la poesía de García Lorca, mientras Adriana bailaba con un muchacho que se llamaba Tony, pegando sus senos al pecho de él, oprimiendo sus muslos con los suyos, ignorando la posible ansiedad de algún espectador.

Por la madrugada lo despertó la voz de su padre, que había muerto hacía treinta años. Natalio supo de inmediato que se trataba de un sueño, pero no pudo evitar levantarse y encender la luz. Le pareció por unos minutos que estaba en la finca de su abuelo, donde había transcurrido la mayor parte de su infancia. En el espejo temblaban las cortinas de la ventana, y temblaba también el cuerpo del anciano que cruzaba la habitación con los hombros encorvados. Se avergonzó de su arranque de miedo y apagó de nuevo la luz. Por un momento había olvidado que otra persona dormía bajo su techo. Se acostó suspirando, considerando una nueva forma de comenzar el poema que desde ayer le rondaba:

*El amante de la vulgaridad
reclama desde lo oscuro
su ración de placer.*

Claro que podía ir hasta el cuarto donde ella dormía. ¿Acaso ella no había venido repentinamente al cuarto de él anoche? Sin embargo, el temor a ser rechazado lo inmovilizaba. Después de todo, él era un viejo repugnante: el espejo acababa de confirmarlo. Colocó la almohada sobre su vientre, sintiendo la penosa humedad de la funda en su piel. Tenía sed, más que de agua, de un trago de ron. Estaba seguro de que había quedado bebida en la cocina, pero al fin no se decidió a levantarse. Se sentía mareado y somnoliento.

Soñó con el arroyo que cruzaba por la finca de su abuelo, con sus hondos meandros. Unos peces transparentes brincaban en la superficie del agua. El estaba tendido en las raíces de un vetusto algarrobo, espantando con la mano unas moscas grandes y azules que venían a posarse en su pelo. Luego unos caballos vinieron a beber al arroyo, bajando con dificultad por el trillo que descendía entre filosas lajas, guiados por un hombre desconocido envuelto en un mantel. El hombre le hacía señas a Natalio para que se acercara, y al mismo tiempo agitaba el mantel, en el que estaban escritas frases obscenas en diversos tamaños. En la otra orilla, una pareja de jóvenes se desnudaba, rodeada por un coro de animales: chivos, gallinas, cerdos. Luego hacían el amor de pie sobre una roca, y

Natalio intuía que con sólo extender el brazo tocaría sus cuerpos relucientes, ya que el arroyo se estrechaba aceleradamente, hasta reducirse a un hilo de agua rojiza, que tal vez era sangre. Se le ocurrió pensar que la joven era virgen, y que estaba presenciando una desfloración. Pero al intentar aproximarse resbaló por una pendiente, una suerte de barranca tapizada con lodo.

En ese instante Natalio sintió que el cuerpo que esperaba se acostaba sobre el suyo. Se adentró en aquella carne con una furia que no experimentaba desde su juventud. El otro corazón (o quizás era el suyo; o ambos) latía en la oscuridad con un ritmo alocado. El olor femenino lo ahogaba. Pero esta vez todo ocurrió más rápido; cuando él después de eyacular, trató de prolongar el abrazo, la muchacha se levantó con rudeza, cerrando luego tras de sí la puerta con un golpe seco que a Natalio le pareció una muestra de enojo.

O quizás la corriente de aire que entró por la ventana contribuyó a la violencia del portazo.

IV

—Me voy mañana.

—Pero no puede ser. Dijiste que ibas a estar una semana.

—Me voy mañana.

—¿Pero por qué? ¿Te sientes mal aquí en mi casa? ¿Es que hice algo que te ofendió?

—No, es que estoy aburrida de Camagüey. Esto es una aldea asquerosa. Me voy mañana.

—Pero no tienes ni pasaje. Tú sabes lo difícil que está eso de los pasajes.

—No importa. Me voy temprano para la terminal de trenes y me apunto en la lista de espera. Me voy para allá a las seis de la mañana.

—Tú me dijiste que tus padres...

—¿Y qué? Son mis padres.

—Puedes quedarte todo el tiempo que quieras. Esta es tu casa.

Adriana no contestó. Terminó de tomar la leche mirando distraídamente los cuadros en la pared, y luego se limpió la boca con la mano.

—¿Ya se lo dijiste a César?

—¿Que me voy? No, ¿para qué? César es un engreído, se las da de sabio, de intelectual, o qué sé yo de qué.

—Bueno, esta noche te daremos la fiesta de despedida.

—No, esta noche yo voy al cabaret con el muchacho ese, Tony. Pero no se preocupe, si usted se acuesta temprano yo puedo dormir en otra parte.

—Yo nunca me acuesto temprano, y menos hoy sábado. Pero si quieres te dejo la llave en el marco de la ventana de la sala —dijo Natalio, y luego añadió sin mirarla — ¿Qué puedo hacer para que te quedes? ¿Qué quieres que haga?

—Nada, ¿qué va a hacer?

—¿Quieres dinero?

Adriana se levantó de la mesa.

—No entiendo.

Natalio se levantó también, y murmuró confuso:

—Dinero, dinero para el viaje. Si te hace falta dinero para el viaje te puedo prestar algo.

En ese momento Natalio sintió un intenso deseo de arrodillarse.

—¿Cuánto me puede prestar?

—No sé, lo que sea, cincuenta pesos.

—Está bien. ¿Me los puede dar ahora mismo?

—Claro. Si me prometes que no te vas a ir hoy.

—Ya le dije que me voy mañana. Pero hay unos vecinos de mis tíos que venden ropa de contrabando, y a lo mejor consigo algo que me guste.

Esa tarde Natalio fue a la tienda de víveres a comprar la cuota mensual de arroz y de manteca. La gente no se ponía de acuerdo en quién iba detrás de quién, y como siempre hubo insultos, empujones y malas palabras. El llevaba una novela de Balzac que había empezado a leer hacía más de dos meses, cuya trama se prolongaba interminablemente, y que él saboreaba a retazos, como una comida enjundiosa pero a la vez cargante. Ahora ni siquiera intentó abrir el libro. Sus hojas desprendidas amenazaban con escurrirse y volar en la brisa. En realidad lo traía en la mano como quien se aferra a un amuleto, o enseña un documento de identificación. La gente lo trataba con una mezcla de respeto y mofa, porque sabían que era un periodista retirado pero también un viejo maniático y caprichoso, que hablaba con palabras rebuscadas. A él le habían dicho que a sus espaldas los vecinos lo llamaban *Pico de oro*, apodo que al principio le molestó, pero que a la larga había aceptado casi con humildad.

Llegó a su casa de noche. Adriana no había regresado. Los gatos esperaban su comida en la sombra, emitiendo sonidos quejumbrosos, frotándose contra sus piernas. Los muchachos no tardaron en venir con sus botellas y sus discos de moda. Natalio sabía que con la excepción de César todos venían porque no tenían un lugar donde reunirse a beber con libertad, un lugar donde los adultos no los molestaran. Ellos no lo miraban a él como a un adulto, pensó Natalio, sino como a un loco. Y los locos nunca son adultos. El al menos no lo era.

Con sus ropas ceñidas, sus ademanes ágiles, sus diálogos sin pausas, los invitados invadían las butacas raídas, rezumando soltura, dejadez, entre risas que evocaban una sola palabra: ganas. Derramaban el licor al beber. Bailaban solos. Chanceaban entre sí, usando en ocasiones bromas crueles, sin perder oportunidad de mirarse a sí mismos en el inmenso espejo apoyado en la esquina de la sala, que devolvía rostros enrojecidos, intoxicados de ganas de vivir.

A veces él compadecía a esos jóvenes humillados por la miseria y la represión política. Esos jóvenes provincianos que malgastaban sus mejores años en una burda comedia que no tenía el más mínimo sentido. No eran muchachos totalmente vulgares, no; quizás por eso no eran del todo felices, ni le podían dar a él nada parecido a la felicidad. Se complicaban la vida con alcohol y con sueños absurdos. Sobre todo se complicaban la vida con miedo y cobardía. Por eso Natalio los aceptaba en su casa cada fin de semana: él y aquellos muchachos tenían cosas en común.

Pero esta noche no tenía deseos de compadecer a nadie. Bebía más rápido que de costumbre, y apenas podía seguir el hilo de la conversación de César, que comentaba un libro de un tal Marcuse, a quien Natalio nunca había leído. Varias veces Natalio bajó el tocadiscos, aunque se esforzó por no mostrar malhumor ni aburrimiento. Por último le pidió a los muchachos que se fueran, pretextando un dolor de cabeza. Al quedarse solo se quitó la ropa y se sentó desnudo en un balance de la sala a tomarse el último trago, después de haber apagado las luces. Pensó en el poema que se había propuesto escribir, pero los versos no acudían a su mente. "*El amante de la vulgaridad...*" Eso era todo. Despertó por la madrugada en su cama. Siempre ocurría lo mismo cuando bebía: nunca podía precisar en qué momento se acostaba. Se levantó y fue hasta la ventana. La llave seguía en el mismo lugar.

Luego soñó que estaba en el cuarto de un hotel, en una ciudad que parecía Santiago de Cuba. El cuarto tenía una vista hermosísima, que abarcaba las calles empinadas, las montañas y parte de la bahía. Pero al piso de madera de la habitación le faltaban tablas, y por los huecos veía un sótano donde corría un agua oscura: un agua que lucía profunda, un agua peligrosa. El caminaba con cuidado para no caer en uno de los huecos. A veces creía ver unos cuerpos deshechos que flotaban en el agua, y entonces desviaba la mirada hacia el paisaje luminoso.

Lo despertó el forcejeo de la llave en la puerta. Estaba seguro de que alguien trataba de abrirla. Sí, alguien la cerraba. Alguien atravesaba la sala con pasos rápidos. El esperó en la oscuridad durante largo rato. Sintió de nuevo el impulso de arrodillarse. Ahora comprendía por qué las personas religiosas se arrodillaban: era la única acción que le correspondía a los que necesitaban salvarse, es decir, a los que necesitaban ser salvados.

Pero él se quedó quieto en la cama, hasta que la claridad de la mañana comenzó a filtrarse en la habitación.

HALLOWEEN

a Enrique Bedoya
In memoriam

Así que esta es tu casa. Pues mira, de verdad que es una linda casa. Nunca pensé que fuera tan grande. Había olvidado que una vez me dijiste, con una risa vanidosa, que tenía dos plantas. Esta muchacha americana que la alquiló contigo tuvo buen gusto al escogerla. Porque la idea fue de ella, ¿no es verdad? Hizo bien en dejar los inviernos del norte y mudarse para Miami. Claro, debe haber sido un poco loca para elegir de *roommate* a un cubanito como tú, o para ser más exacto, a un *marielito* como tú. Pero a casi nadie le confiabas que habías venido por el Mariel. Tu buen inglés te ayudaba a no hacerlo. "No quiero que me confundan con esa escoria", me decías. ¿Te acuerdas cómo te criticaba por eso? Y tú burlándote todo el tiempo de mi supuesta honestidad. "Los que se quieren hacer los honestos son en el fondo los más hipócritas", me decías. Y alzando la mano con un gesto muy tuyo añadías, "¡Cuidadito con ellos!". Y yo me echaba a reír, pero esa broma siempre me preocupaba. ¿Será verdad que detrás del afán de sinceridad se esconde una intención oscura? A lo mejor tienes razón. Pero fíjate que te digo *a lo mejor*. No pienses que todavía me he dado por vencido.

En efecto, esta es una casa enorme. Y muy bien arreglada, hay que reconocerlo. En la decoración se ve la mano tuya. Y esta debe ser la reproducción de Matisse de la que tanto me hablaste. Tenías razón, la reproducción es de primera. Sólo que Matisse resulta a veces un poco frívolo, aunque sé que te molesta que diga eso. Sé que eres un gran defensor de la frivolidad. Incluso yo debo admitir, muy a pesar mío, que no hay nada ni nadie a salvo de ella. Todos la alimentamos en alguna medida. Pero tú sabes, estoy en contra de algunos excesos. Esta misma fiesta de *Halloween*...

No, no te preocupes, no voy a hacer el papel de aguafiestas. Antes estropeaba las cosas porque bebía demasiado, y ahora no quiero hacer lo mismo con mi derroche de sobriedad. Siguiendo tu consejo, debo aspirar a un término medio. Un limbo emocional.

Pero qué difícil es conseguirlo, aquí entre nosotros. Contigo puedo hablar con entera franqueza.

Es una lástima que no hayas estado en la puerta para recibirme. Me invitó a entrar un monje encapuchado, que por la voz identifiqué como Sebastián, el que hacía documentales clandestinos en Cuba. Sebastián... ¿qué? Bueno, el apellido no tiene importancia. Yo nunca he sabido muy bien qué pensar de él, y tú me dijiste una vez que a pesar de sus pretensiones de intelectual era un gran come-mierda. Tú siempre tan implacable con todo el mundo, sin excluirte a ti mismo. ¿Es eso acaso lo que precipita el fin?

Pero lo que sí me ha tomado de sorpresa es que aquí no hay nadie que no esté disfrazado. Se trata entonces de un auténtico baile de máscaras. Alberto no me dijo por teléfono una cosa semejante, o de lo contrario yo no hubiera venido. Las brujas y los duendes me miran con una expresión que oscila entre el asombro y el desprecio. Y yo he preguntado de inmediato por Alberto, el único culpable de que yo haga este papelazo. Tú hubieras dicho: "¡Pero no se pierdan esto, Carlos Victoria disfrazado de Carlos Victoria! ¡Qué poco original!" Y al momento me hubieras traído un plato de carne fría y un vaso de bebida, como el estupendo anfitrión que siempre fuiste.

Pero yo sé muy bien que tú no estás aquí, y lo peor es que tu amiga americana, vestida de Blanca Nieves, o quizás de la Bella Durmiente, ni siquiera me ha reconocido. Y por supuesto, no he sido tan loco como para mencionarle tu nombre. Ha sido muy gracioso como me referí a aquella vez que me la presentaste, como si en vez de haberlo hecho tú hubiera sido obra del azar, o de una mutua simpatía que ninguno de los dos sentimos. No es que la muchacha me caiga mal, entiende; al contrario, me parece muy atractiva y amable, y ha sonreído con dulzura al decirme: "*Oh yes, now I remember you were his friend!*" ... Y con este *his*, dicho de una forma atropellada, ha quedado establecida tu existencia.

Claro, esto de la existencia es discutible, sobre todo si se tienen en cuenta las circunstancias —aunque vale la pena recordar que sólo han pasado cuatro meses. ¡Cuatro escasos meses! Cuando venía en el carro crucé por el lugar, pues Alberto me llevó a verlo después de lo sucedido. En esa ocasión nos bajamos del auto y permanecemos unos minutos en silencio a un costado de la carretera, observando el canal de aguas tranquilas que se deslizaba entre arenas y rocas. Por lo demás, el puente tiene ya una nueva baranda, y nadie sospecharía que una vez allí ocurrió algo fuera de lo común.

Aunque si nos limitamos a un lenguaje objetivo, fuera de lo común fue solamente para ti. Tú mismo me hubieras obligado a rectificar la expresión, con tu incansable afán de corregir las faltas ajenas. "Aprende a hablar", me hubieras dicho, "Que algo sea importante para ti, no quiere decir que también lo sea para los demás". Y yo, por esta vez, hubiera asentido en silencio. Y no para evitar una discusión, como de costumbre, sino porque de veras habría estado de acuerdo contigo.

Lamento que no hayas visto el disfraz de Alberto. Es una réplica asombrosa del Quijote, y su figura alta y desgarbada resalta con creces la semejanza. Pero lo más cómico es que Rafael Alvarez —el poeta, por supuesto, no *el otro*— se las ha arreglado a su vez para hacer de Sancho Panza, con escudo y todo, ya que su físico también se presta para ello. Parecen sacados de las ilustraciones de un libro. Los dos andan de un lado para otro sin separarse, y se ve que la están pasando de maravilla. Ambos están también un poco bebi-dos, quizás más de la cuenta, pero saben mantener la forma. Además, aquí nadie es capaz de reprocharle nada a nadie. Sólo a un observador como yo le importan esas sutilezas. Como tú sabes, siempre he admirado la buena conducta, aunque muchas veces te fuera difícil creerlo.

También, para tu indignación, sucede que no me he llevado a la boca una gota de alcohol, y eso me vuelve pedantemente perceptivo. Si estuvieras presente, no me habría quedado otra alternativa que darme un par de tragos. De lo contrario, quién te habría aguantado. "Siempre lo dije", me habrías dicho, "En el fondo no eres más que un jodido moralista". Y de paso me habrías refrescado la memoria. "¿Te acuerdas lo que te dije sobre Rousseau aquella noche en el parque Agramonte?", me habrías dicho, "Mucho elogio de la virtud, mucho contrato social, pero tenía a los hijos metidos en un orfanato. Esos son los moralistas. A gente así yo no la respeto". Y yo no habría sabido qué contestarte, como tampoco lo supe hace diez años, cuando la *Profesión de fe* era mi libro de cabecera, ya que había encontrado en Juan Jacobo la respuesta a muchas de mis preguntas. Claro, olvidas que tuve una formación protestante, y que en mi adolescencia trataron de convertirme al comunismo, y cosas así, mi estimado e irritable amigo, dejan en uno huellas considerables, te lo advierto.

Pero no, quizás no me habrías dicho esas impertinencias. Estarías muy ocupado luciendo tu disfraz, que en vano trato de imagi-

nar entre la algarabía de los invitados. Ahora un hada madrina, con el pecho grotescamente velludo, me ha vaciado un vaso de whisky en la camisa, y se ha excusado primero en torpe inglés y luego en un español con acento centroamericano. Y al poco rato un arlequín con antifaz me ha besado en la mejilla, y después de una breve reflexión me ha parecido que era el muchacho que te insultó a la salida de aquel club nauseabundo, a causa de una extraña historia de celos, ¿o se trataba de un asunto de dinero? Pero en fin de cuentas, los celos, el dinero, toda esa marea confusa, ya no te afectan ni siquiera de lejos. Entre otras cosas, te libraste primero del infierno de Cuba, y ahora te has librado del paisaje poco estimulante del exilio.

Por cierto, Ana Rosa la actriz, esa que nunca pudiste tolerar, ha venido vestida de odalisca, y me ha dicho en voz baja, señalando para Julián, que es sin duda la estrella de la noche, "¿Te fijas? Se pasa la vida hablando pestes de este país, pero en Cuba nunca pudo disfrazarse de mujer sin miedo a que la policía le tocara en la puerta".

Y yo he preferido no contestarle, para no prolongar una conversación que no me interesa. Porque de pronto me he dado cuenta que sólo he venido a esta fiesta para hablar contigo. ¿Y tú sabes qué? Que en estos momentos he sentido miedo. Hay un hombre sentado en el sofá, con el rostro totalmente maquillado, y me ha sorprendido el parecido de sus ojos con los tuyos. No sólo los ojos, sino también el pelo, y la forma tuya de cruzar las piernas y de coger el cigarro con la mano izquierda, como si estuvieras sujetando un lápiz. A ti quizás te habría gustado jugarnos una broma semejante. Pero no, no te creo capaz de llegar tan lejos.

En el tocadiscos Donna Summers canta "Dim all the lights", y la muchacha americana, inquieta y traviesa, ha apagado las luces para adecuar el sitio a la canción, y la sala se ha llenado de una densa penumbra; sólo la calabaza colgada del techo emite una débil luz por su boca entreabierta y sus ojos vacíos.

Y yo, de estúpido que soy, con el vaso temblándome en la mano, me he acercado al desconocido y le he preguntado dónde puedo encontrar el baño. Tienes que entender que no iba a estar tranquilo si no lo hacía. Pero él me ha contestado en perfecto inglés, con una voz que en nada recuerda a la tuya, que su conocimiento del español es muy pobre, y que no comprende lo que digo. Y luego sus dedos aplastan el cigarro en el cenicero, de la misma manera que tú solías aplastarlos.

Ya la atmósfera en este lugar se ha vuelto irrespirable; me gustaría pasear por el piso de arriba, salir a la terraza. A esta hora hace falta un poco de aire fresco. Sé que de haber estado aquí tú me habrías llevado sin yo pedirte. Asumiendo el papel de anfitrión que tan bien te quedaba, me habrías invitado a sentarme en un sillón de mimbre, y agarrando el cigarro con la mano izquierda como si fuera un lápiz, con el maquillaje disuelto a medias por el sudor, me habrías dicho mirándome a los ojos: "Fíjate bien, Carlos Victoria, la vida y la literatura no son una misma cosa. La gente como tú, que no distinguen entre las dos, nunca llegan a nada". Y yo me habría limitado a sonreír, quizás con deseos de preguntarte qué piensas ahora de la semejanza entre la muerte y la literatura. Pero al final no habría dicho nada, porque, pensándolo bien, ¿qué sentido tendría el preguntártelo? Tú y yo siempre nos entendimos con muy pocas palabras, y además, los dos sabemos ya que a veces es mejor guardar silencio.

EL BAILE DE SAN VITO

a Elio Poblador

I

Aunque sus padres eran comunistas, a la joven Adelita le gustaba el *rock'n'roll*.

Una juventud gritona, de ropas ceñidas y cabello indócil, llenaba su casa cada sábado, mientras los padres se refugiaban en el patio bajo la enredadera, más allá de los tinajones y de la enorme cocina. Era una casa del siglo diecinueve, con puertas y ventanas coloniales y patio interior, cuyas paredes reclamaban pintura. El hermano de Adelita, el único hermano, estaba preso desde los dieciocho años, y ya había cumplido los veintiuno, fumando ávidamente tras un notorio enrejado de barrotes. Los padres no eran un matrimonio feliz.

Sin embargo, la casa resistía los embates de las fiestas semanales.

El Comité de Defensa de la cuadra no se preocupaba por el alboroto, ya que ellos mismos presidían el Comité. La policía tampoco molestaba, pese a las peleas provocadas por los tragos, pues Manuel Olivera era un fiel informante. De modo que los bailes duraron desde el año setenta y cuatro hasta el setenta y seis.

La enredadera floreció varias veces en estos dos años. En el patio centenario, las flores, las quebradizas hojas, se amontonaban frágiles alrededor de los balances de hierro. El viejo Olivera había improvisado un pequeño salón bajo las ramas, y a la luz de una lámpara el matrimonio leía o conversaba, mientras en la sala se desataba la orgía. Porque si bien ninguno de los celebrantes se desnudaba, ni los escarceos sexuales pasaban de simples besitos, o de rápidos apretones detrás de las cortinas, la forma de bailar era una desvergüenza. No había otra palabra en el diccionario, se decían los padres. ¡Y cómo tomaban el alcohol de farmacia preparado con agua!

Era una desvergüenza, una desfachatez, murmuraban los viejos, entre suspiros, mientras humedecían con dedos nerviosos las páginas de libros que nunca llegaban a leerse del todo.

—Nos vas a matar —le decía Adela a su hija cada domingo por la

mañana, tratando de enmendar los estragos—. Nos vas a matar, mala hija.

—Esto se tiene que acabar, se tiene que acabar ya, ¿me oíste? —decía Manuel con manos temblorosas (él también había tomado largos tragos durante la noche, sentado bajo la enredadera)— Está bien una fiesta cada dos o tres meses, pero esta bacanal todos los sábados no puede seguir. ¿Me oíste? ¡No puede seguir!

—Pues si no puedo hacer lo que me da la gana me voy de esta casa —contestaba Adelita— y me voy a tirar por la calle del medio. Y con un hijo en la cárcel y una hija puta no piensen que van a seguir en el Partido.

—¡Putas eres ya, malagradecida! —gritaba el viejo— ¡Y a Manolito no lo menciones, que bastante tiene con su desgracia! El Partido sabe que no tenemos la culpa de que tu madre pariera un diablo como tú.

—Tú pusiste tu parte —decía la madre, sacudiendo con violencia una estera.

—Yo sé que tu prefieres a Manolito —le decía Adelita a su padre— No te importa que se limpiara con tu comunismo, y que lo agarraran montado en una lancha.

—Baja la voz, que los vecinos te van a oír —pedía Adela.

—¡Qué me oigan! ¿Lo oyen? ¡A Manolito lo agarraron en una lancha! ¿Lo oyen todos? ¡Manolito se quería ir de Cuba en una lancha!

—¿Estás loca, Adelita? ¿Tú estás loca? —decía Adela, y añadía— Esta vida así es una maldición.

Pero por la tarde ya los tres habían olvidado el asunto. Porque la hija quería a los padres, y los padres querían a la hija. La siesta del mediodía, con su breve letargo, borraba la contienda. Además, tenían una casa antigua pero hermosa, y la sombra era fresca bajo la enredadera cuando caía la tarde.

Los padres, que desempeñaban cargos en el Gobierno, eran respetados (y temidos también) por los vecinos. Adelita era inteligente y graciosa, sólo que un poco atolondrada: problemas de la edad. Manolito saldría de la cárcel en menos de un año: le habían echado cuatro por intento de salida ilegal. Marta, su novia, lo esperaba para casarse, y quizás, pensaba Adela, para la fecha de la boda de su hermano Adelita querría casarse también. Pero que ni pensara en eso: primero tenía que terminar sus estudios. ¿Qué se creía, la muy pizpireta? Todavía era una mocosa.

Los lunes por la mañana, Adelita salía con su uniforme colegial, el pelo recogido en una trenza, la mirada arrogante bajo las gruesas pestañas. Su caminar era provocativo, y la falda dejaba al desnudo las rodillas; pero hay que admitir, se decían los padres, que la moda siempre había sido la moda. Bajo los árboles del Casino Campestre, la muchacha, rodeada de varones, ignoraba la maledicencia de sus compañeras.

—Es muy sata —decían algunas.

—Es una machorra —decían otras.

Pero en el fondo todas la envidiaban.

Al llegar a la casa colonial, Adelita encendía el tocadiscos de la sala, y recostada en el sofá hacía el recuento de sus enamorados, siguiendo con el pie el ritmo de la música. En ese instante, sin saber por qué, sentía un vago deseo de ser otra, de tener otro nombre, otra casa, otra vida. Por la calle pasaba un carretón tirado por un viejo caballo, cuyos cascos repicaban sobre los adoquines. Las locetas del piso habían perdido el brillo, y la claridad del atardecer resbalaba sobre los diseños de débiles trazos. El retrato de su hermano reposaba en un marco suntuoso. Manolito le había dicho la semana anterior:

—Hasta aquí llega la música de tus fiestas.

—Tú te buscaste estar en esta pocilga, mijito, y yo no voy a pagar por eso —le dijo ella. Pero luego añadió, compungida— Seguro que esa chismosa de Marta te ha venido con cuentos.

—No le digas chismosa a mi novia —alzó la voz el hermano— Marta vale mil veces más que tú.

El guardia que los cuidaba levantó la cabeza.

—¿Es que van a pelear después que hace dos meses que no se ven? —preguntó la madre en un murmullo— Pórtense como hermanos aunque sea una vez.

Las puertas que separaban el salón de visita del resto de la cárcel recordaban puertas de nevera. Claro que detrás de ellas no había carne congelada, sino carne viva. El policía de turno, con las cejas fruncidas, se tocaba a cada rato la gorra verde olivo que le cubría la frente: lo inquietaba la muñeca de pelo lacio que cruzaba las piernas exageradamente, mostrando en su descuido una prenda interior. Luego acompañaba a la madre y la hija hasta el patio donde el sol deslumbraba con su súbita fuerza. Los muros estaban coronados por alambres de púas. Adelita le rogaba a su madre que apurara el paso.

Temprano en la mañana, Adela se maquillaba en el espejo del baño, retocando en vano la piel irreparable, mientras el viejo Manuel carraspeaba en el cuarto, tosiendo varias veces antes de ponerse el calzoncillo. Siempre había dormido desnudo. Luego, durante el desayuno, observaba de reojo a su única hija.

—Muchas personas no toman esta leche —le decía a Adelita— Pero algún día la van a tener. Para eso tu madre y yo estamos luchando.

Entre tanto, la Casa Provincial del Partido les suministraba mensualmente una cuota especial de víveres, que enriquecía la alacena y el refrigerador, y que provocaba la admiración de los invitados a las fiestas. Poco antes que comenzara el baile, Adelita colocaba las botellas del "preparado de alcohol" (los jóvenes no tenían recursos para comprar legítima bebida) en la nevera, apartando hacia un lado las carnes congeladas, y botando en ocasiones un pollo apetitoso, o un arroz mojado con manteca de cerdo. Entonces René, el enamorado más insistente, repetía lo mismo:

—Deja algo para nosotros, los muertos de hambre.

Pero Adelita le daba preferencia a la bebida: este aspecto práctico lo había heredado de su padre. Un sábado había llegado incluso a echar en la basura una fuente de viandas. En ese instante Arturito entraba en la cocina, y gritó, dando un salto:

—¡Los Beatles se van a volver a reunir! *Let it be!*

La tía de Miami le había enviado a Arturito un long-playing de los *maestros*, y el disco comenzó a retumbar en la sala desde la media tarde. Manuel Olivera y su mujer lo consideraron aceptable, llegando a tararear, al cabo de unas horas, dos de las melodías, hasta que Adelita, totalmente borracha, vomitó en el baño un líquido herrumbroso. Unas manchas de color sangre salpicaron los antiguos mosaicos. Manuel y Adela, alarmados, se apresuraron a señalarle a los fiesteros la puerta de la calle.

Pero a la media hora Adelita se sintió mejor, y se empeñó en poner otra vez el disco que Arturito había dejado en la precipitada despedida. La muchachita se negaba a acostarse, a pesar de que ya amanecía. Llamaba a gritos a un tal Fernando. Los padres le frotaron la cabeza con hielo, le aflojaron la ropa, y le dieron a oler un frasco de amoníaco. Luego, mientras recogía las botellas y vasos, Adela pateó con disimulo el tocadiscos que todavía sonaba. Una delgada grieta en la pared aumentaba su resentimiento.

—Ni una fiesta más —dijo Adela.

Pero al sábado siguiente trajeron un disco nuevo de los Rolling Stones.

II

En la boda de Manolito los invitados fueron escogidos con riguroso celo. Nada de *pepillería* histérica, dijeron los padres, y los novios, demasiado ocupados con sus rostros (y cuerpos) no pusieron objeción alguna: Manuel y Adela le avisaron sólo a los familiares más allegados, y claro, a los amigos del Partido.

Hubo danzones y guarachas en vez de música estridente en inglés, y Adelita bailó con su novio Fernando hasta la medianoche. Después de la boda, Marta se puso un juego de blusa y pantalón azul turquesa, comprado en *La casa de las novias* después de una cola que duró una noche y parte de un día, y Manolito dijo un adiós aturdido a los presentes para disfrutar de su luna de miel. Todos besaron efusivamente a la pareja, con ese calor que se experimenta por breves minutos ante la felicidad ajena, y que luego se convierte en un vago escozor. El carro de alquiler había sido contratado con varios días de antelación, y su chofer aceptó comprensivo las latas colgadas en el parachoques, cuyo estrépito los acompañó a través de la ciudad desierta.

De inmediato los invitados —los pocos invitados— estimulados por tres botellas de verdadero ron (no ese veneno que toman los muchachos, dijo Adela), se trasladaron eufóricos al patio, mientras Fernando y Adelita se besaban a tientas en la sala.

Al rato Julián, el tío de Marta, comentó de manera casual que se había negado a ir a Angola cuando lo citaron para el reclutamiento.

—Yo estoy dispuesto a morir por mi patria —dijo Julián— Pero no me voy a joder por un montón de negros de una tierra que ni conozco.

—Porque tú eres un egoísta —le dijo Armando, el jefe de la Empresa Forestal, amigo íntimo del padre de Adelita—, tú no tienes visión política.

—A mí eso me parece intervencionismo —dijo la mujer de Julián— Lo mismo hicieron los yanquis con Cuba.

(En realidad la mujer estaba enamorada de su marido.)

—¡No pongan ese ejemplo! —gritó Manuel, olvidando que era su casa, y que se trataba de la boda de su hijo— Si vamos a Angola

es porque queremos mejorar la situación allá; los pobres angolanos necesitan ayuda —y tosió con un resuello nervioso— Pero luego no nos vamos a aprovechar, como hicieron con nosotros los puñeteros americanos.

—Todos somos americanos —dijo la mujer de Julián, esta vez en voz baja.

—No, nosotros no nos vamos a aprovechar —dijo Julián— ¡Qué va! Son los rusos los que van a coger el jamón. Ellos nos mandan. Ellos nos dicen lo que hay que hacer. Nosotros somos la carne de cañón, y ellos después se anotan el tanto. No son bobos, no son bobos.

—¡Ellos son los que nos han sacado de la mierda! —gritó un invitado— Tú siempre fuiste un asqueroso muerto de hambre, y ahora eres gente. Gracias a los rusos, como tú dices. Yo te conozco de atrás. Los americanos no te pagaban ni una peseta cuando tú les limpiabas las botas.

Todas las caras se habían puesto serias. El ron circulaba con rapidez bajo la enredadera, en vasos de metal que al chocar entre sí resonaban como hojas de cuchillos. Las mujeres habían dejado de mirar los zapatos de las otras, y entre avergonzadas y confundidas, esperaban a que los esposos dijeran la última palabra. Pensaban además que la mujer de Julián era una pretenciosa. Adela se levantó en silencio para limpiar el cristal de una mesa, donde se había derramado bebida, y al inclinarse se le vieron los senos, lo que provocó una risita en la hermanita de Marta. Pero la niña se tranquilizó pronto, al sentir un fuerte pellizco de su abuela.

—Tú lo que eres es un vendido —le dijo Julián al hombre que lo había insultado— Seguro que te has vuelto chivato para comer carne de vaca todos los días. Pero la carne de vaca no vuelve gente a nadie. Y quiero decirte una cosa: yo siempre fui gente, aunque lo que comiera fuera piltrafa. Y más que gente fui hombre, lo que tú nunca has sido.

Allí vino el primer puñetazo, tan rápido que nadie pudo evitarlo. El hermano de Julián, no por política, sino por lealtad, se puso de su parte, y en menos de un minuto cinco individuos se enredaban a golpes. La pelea, magnificada por atroces insultos, repercutió al instante en los objetos: dos o tres mesitas de cristal se astillaron; un búcaro se quebró en el piso; las sillas cambiaron de lugar como arrastradas por hilos invisibles, volcando en su tropel los vasos, las botellas. Las mujeres dijeron unos gritos, mezcla de entusiasmo y

angustia. En ese instante Adela abofeteó a Manuel. Ella se consideraba responsable de la situación, ya que ésta era la noche en que su hijo se había casado.

—¡Parece mentira, Manuel! —gritó Adela— ¡Los muchachos dan fiesta todos los sábados, y nunca han roto nada!

Pero Manuel le respondió con otra bofetada. Luego gritó:

—¡Cuando se tiemplan a tu hija en la sala tú te tapas los ojos! Pero cuando hacen contrarrevolución en mi casa, tú quieres que yo me quede callado, como si yo fuera pendejo!

En ese momento Adelita apareció chillando en el pasillo. Golpeaba los tinajones y apartaba las arecas con sus manos delgadas, estropeando el anillo que Fernando le había robado a su abuela para complacer a su primera novia.

—¡O se acaba todo esto, o me voy yo! —gimió Adelita— ¡O se va toda esta gente, o me voy yo! —y volviéndose a su padre le dijo— Y quiero que me oigas bien: ¡a mí nadie me ha templado en la sala! Pero después de esta noche no respondo, y si lo hago, ¡tú vas a tener la culpa!

Esta intervención, que impresionó a todos, paralizó la riña. De repente el problema de Angola perdió vigencia bajo aquellas estrellas que brillaban. Un penetrante aroma de jazmín ponía una nota incongruente en la atmósfera tensa del patio, y Adela, con un gesto mecánico, vació medio litro de ron en el cantero, mientras su hija se arreglaba el peinado.

—Perdonen, compañeros, esto no debía haber pasado —decía Manuel, conduciendo a la puerta a los invitados, que se apresuraban por salir.

Pero Julián, el tío de Marta, el que no quiso conocer el Africa, escupió en el pasillo, y le dijo a Manuel:

—Mira, viejo, yo creo que tú eres buena gente, pero te arrastras como la otra calaña. Tú no crees en Cuba ni en Angola ni en nada, tú lo que quieres es vivir bien. Y en esta casa yo no vuelvo a poner un pie. Lo siento por mi sobrina, que es como si fuera hija mía.

—Tú no me conoces —dijo Manuel, tropezando con una lámpara; la sangre se agolpaba en su cabeza—, pero lo que yo siento es que tú seas el tío de mi nuera. Si no fuera por eso te sacaba de aquí a patadas.

Y un simulacro de pelea se promovió a la entrada del comedor. En realidad ninguno de los dos quería agredir al otro: ambos trataron de no romper nada y de no golpearse seriamente. Eran dos

hombres mayores, orgullosos de tener opiniones propias, preocupados por mantener su hombría ante los ávidos espectadores, pero con cierto respeto al prójimo. Hay un trecho entre la violencia y la irresponsabilidad propias de la juventud, y esta jodedera de tener la razón o no, pensaron más o menos los dos. Y ambos también se dijeron:

—Esto es una estupidez, y a lo mejor llega la policía.

Al instante las mujeres los separaron sin dificultad, mientras se lanzaban entre sí miradas furibundas. La cortina de la saleta había sido arrancada, y en el pasillo, donde una lámpara se había fundido, Fernando, el novio de Adelita, que había bebido más de lo que solía, celebrando su reciente noviazgo, dormitaba recostado a una silla. El muchacho roncaba, con la boca entreabierta, ignorando la pequeña tragedia que había malogrado la fiesta de la que él consideraba su futura familia. Y Adelita, todavía agitada, limpiándole la sangre de la cara a su padre, dijo con firmeza:

—No piensen que me voy a casar con ese guanajo.

III

La insistencia de la gente por preservar el pasado —sobre todo cuando se trata de cosas, y no de personas— hizo que la Comisión Histórica de la ciudad de Camagüey le propusiera a los Olivera un buen negocio: ceder su casa para Monumento Nacional —algo como un museo. Ellos, los preservadores, le darían a cambio una residencia moderna. Y los mal pensados de la Comisión añadieron en secreto:

—Los Olivera se deben a sus hijos. El muchacho dejó a la mujer después que la sorprendió en la cama con otro. Y la hija piensa que todavía tiene quince años, dando fiestas todo el tiempo. Les conviene más una de esas casas que los *gusanos* dejaron en Vista Hermosa, cuando se fueron para el Norte, que ese caserón jodido de la plaza San Juan de Dios. Ya los ratones y las cucarachas están acabando con las paredes, por no hablar de las carcomas, que el día menos pensado tumban los horcones y el techo.

En efecto, los ratones y cucarachas abundaban, pero sólo tarde en la noche, después que cesaba la música. Porque ahora Adelita, en el tercer año de Instituto, daba fiestas los viernes, sábados y domingos. En el año setenta y seis Arturito recibió de Miami el *Band on the run* de Paul McCartney (and Wings), y la casa se llenaba de

adolescentes, de ojos voraces y piernas intranquilas, fanáticos de la música moderna.

—Ya los Beatles no se van a reunir —decía Arturito—, todo por culpa de esa maldita china.

—McCartney solo suena casi mejor —decía Adelita, y subía el tocadiscos a todo volumen.

—¡Adelita, baja eso! —gritaba Adela desde el cuarto.

Pero la familia se resistió a abandonar el lugar.

Por las ventanas enrejadas, ahora abiertas, los curiosos se asomaban a observar a aquella jovencita de pelo lacio que bailaba con brusquedad entre una multitud de mozalbetes. Pocas muchachas asistían a las fiestas. Adelita no tenía amigas, ni tampoco las procuraba. Al parecer se sentía satisfecha entre los bailadores del otro sexo, que saltaban sobre las locetas como si quisieran hundirlas.

El padre se había buscado una querida, y apenas paraba en casa. Las cosas no andaban bien por su trabajo: el Partido, después de deliberaciones y actas de oscura retórica, lo había sancionado por dos años, alegando pereza, indisciplina. Adela se refugiaba en casa de las vecinas, que la recibían con una sonrisa compasiva que apenas ocultaba una intensa satisfacción. Manolito, después de la infidelidad de su mujer, bebía todos los días y armaba jaleos en los bares. Había adoptado el papel de bufón, y si llegaba a la casona de San Juan de Dios cuando todavía la animaban los discos —casi siempre los mismos— daba algunos pasos de baile en medio de la sala, hacía gestos obscenos que los invitados aprobaban con carcajadas, y luego se acostaba en el cuarto a oscuras. La música, y tal vez los recuerdos, lo perturbaban durante un rato, pero al final el sueño empapado de alcohol terminaba por rendirlo. Nunca se quitaba la ropa ni los zapatos. A veces la madre se deslizaba en la sombra y lo desvestía en silencio. Adela sabía que la hija iba a continuar con su alboroto hasta tarde, y que el marido no vendría en toda la noche.

Cuando Manuel llegaba por la mañana, y tomaba el café con solemnidad, mirando a su alrededor con mirada acusadora, como si todo el mundo fuera culpable de algo, se dirigía a su mujer con pocas y secas palabras.

—¿Hasta cuando vas a dejar que tu hija siga con sus escándalos? —le decía— Los vecinos se quejan de que no pueden dormir.

—Tú tampoco puedes dormir —decía Adela— Pero es que *ella* no te deja. *Aquello* le pica demasiado. Pero tú no sabes rascarla bien, y ese es todo el problema. Tú hijo lo haría mejor que tú.

—Mi hijo lo único que hace es tomar ron. Tú no le enseñaste otra cosa mejor.

—¡Oigan quién habla! ¡El ejemplo de padre! —decía Adela, revolviendo el montón de vasos y platos sucios: había olvidado de pronto cómo fregar—. Trae esa sarnosa aquí y acuéstasela en la cama, a ver si vuelve a hacerlo contigo.

En ese momento Adelita, ojerosa, aparecía en la puerta.

—Si siguen hablando así me voy de la casa —decía, abriendo la puerta del refrigerador— da vergüenza que los vecinos oigan.

—Pero no da vergüenza que oigan la bulla del tocadiscos toda la noche —decía Adela, y echaba la leche en el jarro para hervirla— Anda, siéntate para que te desayunes. Mira como estás, pareces una muerta. Un día de estos tú vas a saber lo que pasa una madre.

Y Adelita bajaba la cabeza.

Manolito se despertaba por el mediodía, quejándose de dolor de estómago. Apenas recordaba lo que había ocurrido la noche anterior. A esa hora el padre ya se había marchado, y el joven, al no encontrar leche en la nevera, insultaba a su hermana, que le contestaba a su vez con una vil ofensa. En ese instante los amigos de Manolito tocaban a la puerta, y la cara de éste se transformaba: el saber que había otras personas en el mundo fuera de su familia le bastaba para apaciguarse.

Porque allí en la acera estaba Arturito con sus discos, que la tía de Miami seguía enviando fielmente cada cinco o seis meses. Arturito venía vestido con ropa americana, rodeado de cuatro jóvenes que se disputaban el derecho de sujetar los discos bajo las axilas manchadas de sudor. ¿Y qué hacía Fernando en todo esto? Manolito se sentía incómodo al ver el rostro apenado del que una vez fue novio de su hermana. Ahora a Adelita la cortejaba un checo. Los cinco visitantes entraban con timidez por aquella puerta grande de madera, que la Comisión Histórica envidiaba, y se sentaban a escuchar a Led Zeppelin, mientras mandaban a buscar una botella de ron con Reinaldo, el vecino borracho de la esquina. Adelita se maquillaba cuidadosamente en el cuarto y luego salía sin decir una palabra. Se sentaba en el brazo del balance donde su hermano se mecía, y mientras en el tocadiscos sonaba por tercera vez *Stairway to heaven*, ella le acariciaba la nuca con descuido, para demostrarle que ya había olvidado las groserías que ambos se habían dicho una hora antes.

El arquitecto checo llegaba al poco rato, para embarazo de los

visitantes, que no sabían cómo comportarse frente a un extranjero. Adela colaba un café que casi nadie tomaba, ya que el ron desplazaba a cualquier líquido. Las tacitas quedaban a medio llenar, entre carátulas gastadas de discos y vasos en los que se ha bebido hasta la última gota.

Cuando finalizaba la botella Manolito se despedía, y seguido de su tropa se disponía a iniciar el recorrido habitual por cabarets y bares, donde juergueaba hasta la medianoche. Sus secuaces lo dejaban solo a lo temprano, para regresar a tiempo para la fiesta, donde el checo, ya un poco borracho, se sentaba a mirar el grupo en cuyo centro giraba su novia. Ya Adelita se había acostado con él varias veces, y él esperaba paciente la próxima ocasión. Pero la estridencia de la música lo embotaba. La joven tampoco parecía prestarle atención: obviamente disfrutaba mucho más con el baile. Al fin el hombre se levantaba, simulando un perfecto equilibrio, y ella lo acompañaba hasta la puerta diciéndole que sí, que tal vez mañana.

Cruzando la plaza con paso tambaleante, se juraba que al otro día llamaría a la Embajada, y diría que necesitaba regresar a Checoslovaquia, que el clima de este país tropical le hacía daño. Pero nunca lo hacía. El amanecer lo encontraba entre sábanas y prendas interiores impregnadas de una densa humedad. Corría hacia el baño, se lavaba los dientes, y comenzaba un nuevo día entre aquellos edificios que jamás acababan de construirse, cuyos esqueletos levantados a medias parecían pesar sobre sus hombros, mientras la música de la noche anterior resonaba en su cabeza, como si en vez de en casa de su amante hubiera estado en la primera fila de un concierto de rock.

IV

Al cabo de semanas de insomnio, y sin siquiera decírselo a sus hijos, Adela decidió solicitar el divorcio.

En una mañana de febrero, después de un mes de silencio en la casa —Adelita había eliminado las fiestas, y concluida también su aventura europea, se encerraba ahora en su cuarto a leer; Manolito, después de una borrachera desenfundada de varios días, se había ido a pasear a Santiago de Cuba con unos amigos— Adela consultó el asunto con un abogado, confesándole a éste que su marido no se aparecía por la casa desde el día de año nuevo.

El abogado, un hombre joven pero calvo, trató de disuadirla. No

se pueden echar veinticinco años por la borda, le repitió una y otra vez. En su pequeña oficina, decorada con retratos de mártires, un aire plomizo entraba por la puerta, a pesar de las bondades de febrero.

El asiento que le tocó a Adela tenía un muelle zafado, de modo que el alambre le estuvo molestando una nalga durante todo el diálogo. Ella mantuvo una postura digna, sus palabras sonaban convincentes, pero la atmósfera de la habitación terminó por asfixiarla. Además, la forma de articular del abogado, que hablaba como masticando, la hizo de pronto renunciar a la idea que había elaborado en la soledad de su cama, escuchando el trasiego de insectos y roedores.

Caminó las catorce cuadras que la separaban de su casa, y al entrar se sorprendió al ver a su hija sentada en el piso junto al tocadiscos, con los ojos llorosos y un pañuelo sobre la falda.

—Lo agarraron —dijo Adelita—. Lo agarraron cerca de Guantánamo —y llevándose el pañuelo a la boca, exclamó sollozando— ¡Qué estúpido es, qué idiota! Mira que nadar con este frío. Mira que tratar de irse de Cuba con este frío. ¡Qué mierda es todo, qué mierda!

En ese instante Manuel Olivera salió del cuarto, tosiendo. Apartó la cortina como si saliera a un escenario.

—¿Qué tú haces aquí? —preguntó Adela— ¿Qué quiere decir todo esto?

—Que tu hijo trató de irse de Cuba otra vez —le dijo Manuel—. Trató de nadar hasta la Base de Caimanera. Y lo agarraron. Le piden cinco años.

Adela miró hacia el fondo del patio, donde la enredadera se deshojaba con un tinte terroso, y después de colocar la cartera en la mesa se alisó los pliegues del vestido.

—Vete —le dijo al marido—. Vete con esa mujer que te gusta, y hazme el favor de no volver más.

Y avanzando hacia el tocadiscos, que había estado callado en las últimas semanas, le gritó como a una persona:

—¡No va a haber más música en esta casa! —y quitando con brusquedad el enchufe, se volvió hacia la hija— ¡Esta es la causa de la desgracia de tu hermano! —y se tapó la cara con la mano derecha— ¡La música tuvo la culpa de la desgracia de tu hermano!

Y seis meses más tarde, cuando las carcomas invadieron las maderas del mueble, la pieza fue retirada de la sala.

LIBERACIÓN

a Gabriel González
In memoriam

I

Julio. Julio. Su nombre era el de un mes. Envuelto en una sábana, como un aparecido, dormitaba recostado a la espalda maciza de un recluso. En el cañaveral, la neblina del amanecer flotaba sobre los surcos, donde pululaban insectos invisibles. La carreta avanzaba con penuria sobre el camino enlodado.

Anoche había vuelto a soñar con... No, no lo recordaría. Por su culpa, él, Julio, estaba aquí: de soldado a prisionero. Unas frases de amor, unos gestos equívocos, lo habían conducido, primero a un calabozo empotrado en un sótano, luego a una cárcel en lo alto de una loma, y por último a esta granja de barracas cercadas por alambres de púa.

En su niñez, él le había dado de comer a un gato callejero que luego le arañó los brazos y la cara. Era el instinto, le explicó una tía, salpicando las heridas con un líquido oscuro, desmenuzando algodones con la habilidad del que no siente dolor. Julio. Julio. No seas mujercita. Era la voz del primo que, sofocado por una carrera, le calaba la gorra hasta los ojos, interrumpiendo la labor de la improvisada enfermera. Busca al gato y mátaló, le dijo el primo. Y él, por obedecer, lo intentó. Pero el animal evadió las pedradas escondiéndose en las hierbas que crecían junto al arroyo. Más tarde hicieron las paces, Julio y el gato. Al primo le duró más tiempo el odio. El, Julio, no había nacido para guardar rencor.

Afortunadamente. Porque el niño débil se convirtió después en joven afeminado, encontrando a su paso múltiples oportunidades para odiar. Su padre dejó de hablarle. Sus compañeros de escuela lo humillaban. Sus profesores se dirigían a él con una irónica condescendencia. Sus vecinos reían al saludarlo. Un muchacho de rostro afortunado, que provocaba suspiros a su madre y a su tía, cuando ensayaba unos pasos de baile frente al espejo. Alto, buen mozo, un hijo de la isla, con oído para la música, con gracia para el ritmo, de

voz aguda y cantarina. El ídolo de su hermana menor. Julio. Córta-me el pelo, Julito. Peíname. Píntame las uñas. Enséñame a bailar.

Ahora su hermana era esta jovencita de ojos asustados, que venía a visitarlo los domingos, acompañando a la madre llorosa. Bajo una ceiba devoraban los trozos de cerdo frito, el seco arroz, la ensalada marchita. El hablaba sin cesar, gesticulando. Recordaban escenas de la niñez, peleas inofensivas, un accidente pueril en la primera bicicleta, un viaje a la finca del abuelo Ramón, donde los chivos y carneros entraban por la sala principal con la misma soltura que los huéspedes. Ni una sola alusión a este lugar absurdo, a esta granja de trabajos forzados levantada en el medio de un monótono campo, en la que él malgastaba su juventud, expiando una culpa que nadie mencionaba.

Era sencillo, al parecer: un soldado no debe enamorarse de otro. Tan simple. Reclutado a los dieciocho años por el Servicio Militar, Julio, a regañadientes, se había dejado rapar por el barbero, había enfundado su flexible cuerpo en el rígido uniforme color verde botella. Había marchado de sol a sol a través de un pavimento ardiente. Había aprendido, con torpeza, a rastrillar un arma. Había tenido pesadillas en la penumbra viscosa del albergue militar, sudando en su litera. A su lado, un joven de su edad bromeaba con él, llamándolo por apodos injuriosos, burlándose de su manera de hablar, pero sin crueldad: casi, pensaba Julio, con afecto. Al cabo de dos meses su compañero insinuaba retozos en la oscuridad, concedía caricias furtivas. Julio sólo había cedido al impulso que el otro había despertado con sus mañas. Pero un soldado no cede. Nunca. Y en medio de los insultos, los golpes, las vejaciones, había sido trasladado a una celda. Después a una prisión. Luego a esta granja. Abierta, sí, era verdad: las nubes se desplazaban por el cielo, construcciones efímeras, remotas. Pero entre el verde del potrero y los ojos de Julio se levantaba, irrefutable, la poderosa cerca.

Allí pasó dos años. De madrugada, el viaje en la carreta lo remontaba a su temprana infancia. En los surcos, el sol azuzaba su cuerpo, curtía sus hombros; la lluvia, con su esporádica prodigalidad, atemperaba el ardor de la tarde. Por la noche parejas sigilosas se escabullían en la sombra: los rincones se poblaban de quejidos, de suspiros obscenos. El también repetía, jadeando en la tiniebla, los juegos que había descubierto tras la tapia del colegio, cuando era todavía un mozalbete imberbe: abrazos que quitaban el aliento, violentos escozores, ejercicios de dudoso placer que al acabar deja-

ban una impresión de enfado o de derrota.

Al cumplir su condena, comprobó en el vidrio de la ventanilla del tren que su rostro no era ya el de un adolescente, y al bajarse en la estación de su pueblo natal, recordó las palabras de un compañero de prisión:

—Sal de esa aldea lo más rápido que puedas. Vete para La Habana. Tienes que liberarte.

Julio Roldán. Vecino de Cristo 25, piso segundo, habitación 14, Habana Vieja. Su nombre y su dirección se hicieron conocidas a través de los años en las estaciones de policía, seguidas del sustantivo (o adjetivo) que evidenciaba su condición sexual, y de las típicas acusaciones formuladas a las gentes de su naturaleza: escándalo, conducta indecorosa, acto inmoral, reincidencia, perversión. Sorprendido *in fraganti* en un cine, en un parque, en el baño de una cafetería, en el solar yermo al fondo de la terminal de ómnibus. Detenido por una patrulla cuando deambulaba frente a una heladería en el Vedado. Desconcertado en medio de una fiesta por la irrupción de militares que portaban armas de fuego, aparejados para una batalla. Sacado de su cama en plena madrugada por hombres de uniforme que invocaban la ley de *peligrosidad*. Huésped de atiborrados calabozos, pasajero de vehículos con emblemas oficiales. Un individuo risueño, siempre dispuesto a bromear sobre sí mismo, dotado para la mímica y el choteo. Con ojeras oscuras que ocultaba con una leve capa de polvos, comprados de contrabando a la anciana octogenaria que vivía en el piso de arriba, acompañada por dos perros chihuahuas.

En una noche de noviembre le entregó inesperadamente su corazón a Jesús, el Salvador, conmovido por la prédica del pastor evangélico que daba cultos clandestinos en el apartamento al final del pasillo, en el mismo edificio donde Julio vivía. "Bienaventurados los pobres en espíritu..." Sí, pensó Julio, eso era él. Un bailarín de primera, una bromista inagotable, pero también un hombre obsesionado por los hombres, un sujeto sin un ideal, confundido y vacío. Perseguido por algo que ni él mismo podía explicar. Sin fe. El predicador puso las manos sobre su cabeza, sobre la de él, de Julio, orando en alta voz, reprendiendo demonios. Pero éstos terminaron por volver bajo el disfraz sutil de adolescentes, de trabajadores del puerto estimulados por un trago de más, de oficinistas hastiados de cifras y de informes, de fugitivos de la justicia que regalaban con presteza su cuerpo a cambio de un techo y un plato de comida.

Antes del fin de año Julio había vuelto a recorrer el inusitado camino de las cárceles, golpeando a veces con una cuchara los cilindros de las rejas.

II

Pero Miami es un mundo distinto: bares repletos de gente como él prosperan, se multiplican; locales estremecidos por los acordes ensordecedores de una música de baile, reciben cada noche a una multitud que rezuma energía.

Sí, ahí entra Julio. Dos o tres cabezas se vuelven cuando pasa. Qué tipazo. Ya tiene más de treinta, pero parece diez años más joven. El adivina estos comentarios mientras se abre paso entre el tumulto, hasta llegar al bar donde ordena sonriente un trago a la roca. Su estatura le permite dominar con mirada brillante el salón donde, destilando un ácido sudor, las parejas de un mismo sexo bailan. El mismo formará parte de ellas dentro de unos instantes. El ritmo, el ritmo. El contagioso estribillo. Las luces enloquecidas que deforman los movimientos de los bailarines. El aliento contaminado por el alcohol. El humo de cigarro que flota como una nube sobre las cabezas. Al fondo del salón, habitaciones a oscuras protegen un comercio de cuerpos afiebrados. Julio. Julio. Lo llaman en la sombra. El inglés y el español se mezclan con el fondo rugiente de la música. Alguien le brinda una línea de cocaína que él acepta entre risas. *Pero sólo una línea*, dice. Luego, al amanecer, atraviesa en el auto una ciudad desierta, un puente que une islas, unas playas donde los yates oscilan con un roto vaivén, cabeceando en las olas.

Los domingos, se aturde entre el gentío que atesta las arenas de Miami Beach; él, un inmigrante, un refugiado con escasos recursos, goza de este día de descanso chapaleando en el mar. Su amante americano, con quien se entiende prácticamente a señas, observa desde la orilla su retozo en el agua. Un niño grande, Julio. *A big child*. Noble, sí. *A heart of gold*. Un poco infiel, pero no es tampoco para hacer de eso una tragedia. La vida, en fin de cuentas, es breve. *Life is short, isn't it?* La cuestión es vivirla.

A veces llegan cartas de Cuba, escritas con la letra ilegible de la madre, que describe con minuciosidad los achaques de su vejez, la intimidad de los vecinos, el fallecimiento de parientes lejanos. Nombres que la memoria intenta en vano asociar con rostros. Una

sirena desgarrar el silencio del anochecer. En la televisión una esposa ofendida abofetea al marido, después de sorprenderlo cuando besaba a la amante. "Te encantarían las novelas de aquí...", le escribe Julio a su madre, a la luz de la lámpara del comedor. Lleva semanas escribiendo esta carta. No encuentra nada qué decir. "Soy feliz, a mi manera", escribe. Está esperando con impaciencia la llamada de un joven colombiano que conoció anoche en una discoteca. Ha decidido terminar con el gringo. No puede concentrarse en escribir.

Desde hace cuatro años trabaja de costurero en una factoría. Las mujeres lo adoran. "Qué lástima de hombre. Qué desperdicio", comentan algunas, a la hora del almuerzo, mientras cuentan mentalmente las calorías de una empanada de queso, o de un sandwich de jamón de pavo. "Qué cara, qué figura", dicen. "Parece un actor de cine". Julio lo sabe. Pero cada día resulta más difícil conservar fresca la piel que se desgasta, disimular la pérdida del pelo, disminuir la implacable papada, revivir el brillo de los dientes. Julio. Gran parte de su vida transcurre ahora frente al espejo. En el gabinete del baño no hay espacio para los nuevos frascos de champú y de cremas. El teléfono se empeña en permanecer mudo.

Se ha propuesto no salir esta noche, pero cerca de las doce olvida su resolución. Los cines pornográficos, con sus imágenes a color, no cierran hasta la madrugada. Las lunetas hieden a orines, pero por suerte él, un poco resfriado, ha perdido parte del olfato. Las miradas de los espectadores relucen en la penumbra con un fulgor felino. El diálogo de los actores —si es que se le puede llamar actores a esas mujeres de senos portentosos y a estos hombres cuantiosamente equipados, que impresionan con sus actos de acrobacia sexual— se limita a frases obscenas. Bien. Julio casi las puede entender. Más tarde, incitado por los cuerpos dueños del celuloide, se entrega a unas caricias incoherentes con un desconocido, ambos iluminados por la tensa pantalla. Al regresar a su apartamento, siente el deseo de viajar. De perderse. De desaparecer. Quiere y no quiere vivir acompañado. Hasta el momento le ha ido mejor estando solo. Julio, se dice, lo que te hace falta es descansar. Dormir.

Con el rostro embadurnado de una crema brillante, sueña que lo han atado en el fondo de un pozo. Pero no, no es un pozo: más bien es una estera. O el piso de un ascensor. Cilantros del tamaño de un dedo crecen sobre su barba. Luego corre desnudo por una explanada gigantesca, donde un grupo de hombres y mujeres sacrifica

animales, como en un rito antiguo. Su madre oficia, empuñando una daga, murmurando frases en un idioma irreconocible. El gime durante el sueño: lo despierta el sonido de su propia voz.

III

—En este lugar hay una buena atención, a usted no le va a faltar nada. Mire, incluso va a tener teléfono.

La trabajadora social lo ha acompañado hasta la habitación, manteniendo una prudente distancia entre ella y él. Es evidente que la mujer hace un esfuerzo por ocultar su miedo. Julio asiente con la cabeza, distraído. Luego dice:

—El cementerio de los elefantes.

—¿Cómo dijo? —pregunta, alarmada, la mujer—, no entiendo.

Pero ya Julio se puede permitir el lujo de callar. De romper el círculo de preguntas y respuestas que se ensancha a lo largo de la vida. Afuera, en el patio interior del edificio, cuatro ancianos juegan a las cartas a la sombra de un roble.

—Hay árboles —dice Julio. Pero esta vez la mujer no lo escucha. Se despide prometiendo venir tan pronto pueda. Al instante su veloz taconeó se pierde en el pasillo, en el que se escuchan voces quejumbrosas, o las risas grabadas de un programa cómico en la televisión.

Julio se acuesta en la cama impersonal resguardada por barrotes blancos. Se ha acostado en muchas camas semejantes a ésta en los últimos meses, en cuartos de hospitales con olor a éter y a desinfectantes, con ventanas que ofrecen la engañosa visión de un mundo en movimiento. Pero Julio no se deja engañar. Al principio se resistió a creer que también fuera una víctima de la plaga. Imposible tener los días contados, se dijo: había tanto que hacer o que decir. Pero ahora sentía dudas. ¿Era cierto, que había tanto que hacer o que decir? Tenía cuarenta años, pero su rostro se había convertido en el de un anciano más viejo que su padre, o lo que recordaba como su padre, la última vez que lo vio, hacía ya mucho tiempo. Violentado por abrazar al hijo que él había dejado de considerar como tal. Gestos vanos, perdidos en la infinita sucesión de actos que componen la relación entre dos personas que nunca han llegado a conocerse, a pesar de las pruebas en contra. No, terminó por pensar, no había tanto que hacer ni que decir. Además,

estaban las miserias del cuerpo. Y las torturas: los sueros, las punciones, las cámaras de oxígeno, los aerosoles, las radiaciones, las diálisis.

Ahora, en este asilo para los enfermos de muerte que no tienen quién se ocupe de ellos, en este *home* de la avenida veintidós del northwest, Julio devana con incertidumbre el hilo escurridizo del pasado. Los amigos, por supuesto, han renunciado a ver a este fantasma en el que apenas pueden reconocer al hombre cuya compañía una vez disfrutaron. Julio no puede odiar a esas figuras frágiles, víctimas del temor, la indiferencia o la debilidad. Eran tan poca cosa, sus amigos. Como él mismo, quizás. Sólo el sacerdote de una parroquia en La Pequeña Habana insiste en visitarlo para repetirle lo que a él, a Julio, le cuesta tanto trabajo aceptar: que Dios existe. Que cuida de nosotros. No. No. ¿Por qué? ¿Y para qué? Claro que Julio, por cortesía, escucha sin protestar esas palabras que ya escuchó una vez, esas citas del Libro de los Libros, esos salmos de versos musicales, esas historias de Job y los profetas, esas frases de bienaventuranza.

—Hijo —le dice el buen hombre, procurando, como es de suponer, no acercarse demasiado al enfermo—. Hijo, la fe mueve montañas. No te des por vencido. Cree.

Los periódicos sobre su mesa de noche, dejados como al descuido por la enfermera del turno de la tarde, especulan sobre la epidemia de la que él es una prueba más, ratifican con grandes titulares la falta de una cura, exhiben ostentosamente cifras, clasificaciones, por cientos. A Julio no le interesa esa lectura. Nunca le interesó. Y ahora menos. La letra escrita, los números, no guardan relación con su vida. O lo que queda de ella.

En una silla de ruedas, es conducido a veces al patio interior, para que tome sol. Rehuye esa visión fugaz en el espejo del salón de visitas: ese sujeto macilento, consumido, con la piel pegada a los huesos y las piernas cubiertas por una manta. En el patio, bajo el escándalo de los pájaros que sacuden las ramas, escucha por primera vez la voz. Opaca. Imperceptible. Julio. Un susurro. Julio. Nada más.

De noche se oye otra vez. Julio. Quedamente. Luego se apaga. Regresa. Julio. Viene y va. Al rato se hace más clara. Ah, Julio, dice la voz, si pudieras rasgar esa cortina que no te deja ver. Traspasar ese cerco de llamas. Julio. El no contesta. No quiere contestar. Retazos de su infancia se deslizan sobre la pared como un río

vertiginoso. Rostros olvidados se inclinan sobre él hasta casi rozarlo. Ecos brotan del techo con la fuerza de un manantial. Después desaparecen. La voz se filtra bajo su almohada. Julio. Pero el ruido de los autos que cruzan por la avenida deshace las palabras, estorba la comunicación con la vida del espíritu. El acaba por dormirse sentado, tiene miedo tenderse.

Pero aquí está la mañana. Julio. Sí, responde él al fin, ese es mi nombre. Julio. Igual que el mes. Julio, dice la voz, siempre has sido cobarde, frívolo, tenue. Ha llegado tu hora. La hora de demostrar tu valía. Redímete esta vez, sin pausas ni titubeos. Julio. Despídete de ese vértigo de cuerpos, de músicas sin melodía, de promesas incumplidas, de amenazas, de mentiras; despídete de esos paisajes donde el verano no se acaba jamás, de esas ciudades donde cada palabra pronunciada contradice la anterior; despídete de esos movimientos superfluos. Julio. Suelta. Despréndete. Tienes adentro la fuerza oculta. Tú mismo eres el universo. Cruza. Salta. Y Julio, envuelto en una sábana, como un aparecido, desciende entre jadeos, entre gestos convulsos, se crece, forcejea, se transfigura. Desafia el agua, la tierra, el fuego, el aire. Destruye rejas, cercas, muros, con la osadía de un asaltante. De un desertor.

UN PEQUEÑO HOTEL EN MIAMI BEACH

a Carlos A. Díaz

—¿Cómo tú viniste a parar aquí, flaco? —le preguntó Carlitos a Alejandro—. Esta alfombra hace más de un año que no se limpia.

Alejandro le alcanzó el cenicero para que no echara en el piso el cigarro a medio quemar. Carlitos, poniéndose de pie, le guiñó un ojo, y luego comenzó a jugar con los botones del televisor.

—Bueno, por lo menos tiene una TV. ¿Es en colores o en blanco y negro?

—En colores.

—Seguro que te la regaló la vieja judía de allí enfrente. Yo creo que está medio enamorada de ti, ¿no? Tú eres un tipo de suerte —y mirando a su alrededor, al montón de ropa arrebujada sobre la cama estrecha, al closet sin puertas, al minúsculo fregadero, repitió—, un tipo de suerte.

—No, no me lo regaló ella —dijo Alejandro, sacudiendo la ceniza dispersa en la sábana—. Ven acá, chico, ¿qué carajo te pasa?

El pecho de Carlitos se dilató, como el de un nadador antes de zambullirse.

—Nada, compadre, que ya veo que tú estás en las mismas. Yo pensaba que este país te iba a cambiar. Pero tú sigues con la cara de muerto de hambre que tenías en La Habana. Parece que los huevos y las piedras que te tiraron al salir no te sirvieron de nada, no te enseñaron que tenías que olvidarte de todo y empezar una vida nueva, pero nueva de verdad, no ésta.

—Tú vienes hoy con ganas de joder. ¿Cuántas cervezas te has tomado ya?

—Cuatro o cinco. Pero no te hagas ilusiones, no te voy a comprar ninguna.

—Mira, Carlitos, ya lo único que yo tomo es café, y eso nada más que por la mañana.

—¿Y agua? ¿Ya no tomas agua?

En ese instante una mujer, con un peinado de peluquería y un denso maquillaje, apareció en la puerta.

—Si no nos vamos ahora mismo me llevo el carro —le dijo la mujer a Carlitos—, llevas no sé qué rato dándole muela al socio. Si quieres quedarte con él, te quedas, pero yo no espero más.

Por último los tres, después de un recorrido insulso por South Beach, recordando historias de La Habana y también de la cárcel (donde los dos hombres habían pasado juntos casi una década, por causas diferentes) entraron al bar *Las dos hermanas*. En medio del humo la canción de Roberto Carlos estremecía el traganíckel, cuyas luces rojizas alegraban la sórdida penumbra. Voces intensas se intercalaban con la melodía, que presagiaba, por encima de toses y suspiros, una vida distinta —tal vez dinero, celebridad, romance. Un negro vestido de cowboy apretaba con avidez el teclado de una máquina de juego. Luego, mientras Carlitos y su pareja se sobaban en la sombra, un afeminado vestido de mujer se acercó y le dijo unas palabras al oído al hombre que, inclinado sobre el vaso, parecía examinar la superficie grasienta de la barra. Alejandro, moviendo la cabeza, se negó a contestarle. Y esa noche le fue difícil entrar la llave en la cerradura de su propia puerta.

—Hay que cambiar la alfombra —le dijo Alejandro al *manager* del hotel al otro día—, esto es una asquerosidad. Y yo estoy pagando casi doscientos dólares.

—El Gobierno te los regala —dijo el hombre, aunque observó preocupado las manchas— ¿De qué te quejas?

—Tú estás equivocado, yo no recibo ni un *penny* del gobierno. Yo no soy como esos refugiados que tú conoces. Yo trabajo, yo sudo mis dólares, y por eso tengo derecho a quejarme, porque para eso doy mi plata, que bastante me cuesta ganar.

Pero también el baño común se había roto. En la taza el agua no corría hacia el fondo, sino que aumentaba en círculos hasta el borde. Afuera la puertorriqueña esperaba impaciente, el pelo recogido en un pañuelo rojo, mientras sus dos niños correteaban por el pasillo, gritando. Alejandro salía cubriéndose los hombros con una toalla, avergonzado de su pecho enjuto. La toalla era un escudo, una armadura. Sólo necesitaba unas gafas oscuras para esconderse de la mirada eléctrica de aquella madre de senos opulentos.

—¡Mira, mamá, el *marielito*! —chillaba uno de los niños. Claro que sin mala intención. Era sólo una exclamación inocente, se decía Alejandro —una muestra de la inocencia infantil, en la que él fingía creer, con su mejor sonrisa, mientras entraba al cuarto para secarse con tranquilidad.

Sentado en la cama, a medio vestir, se decía: hoy es domingo. Puedo dormir toda la tarde. Tras el cristal de la ventana cerrada se podía mirar un árbol. Un solo árbol. Unas hojas púrpuras, anchas como pañuelos de cabeza, porosas como toallas, colgaban de las ramas. Y en la pared de enfrente una mano irresponsable había pintado unos enormes letreros, que él en vano intentaba descifrar. Porque Alejandro todavía no había aprendido inglés.

Afuera, la interminable avenida de Collins se extiende paralela a la costa. Hacia el norte el lujo de los hoteles deslumbra a los paseantes, incluso a los que pasean casi a regañadientes, como Alejandro, a falta de una diversión mejor. Lástima que no se vean buenas hembras cruzar por las aceras, piensa. Solamente hay viejos y viejas, aferrados obscuramente a la vida, algunos incluso en trajes de baño, y sus cuerpos impúdicos no componen una vista agradable. Si uno se llega hasta la playa es otra historia. Allí las americanas, prácticamente en cueros, retozan con las olas, nadan de espaldas, se cubren los muslos con una crema brillante, dormitan bajo toldos. Los vellos rubios sobresalen por los bordes de la tela angosta, donde la piel enrojece, mortificada por el sol. Pero la claridad, la modorra, las trampas del idioma, quizás la timidez del propio observador, las convierten en estatuas remotas, seres inaccesibles.

El perro, como miembro de una raza sencilla, vino a sus pies y le olfateó las uñas. Pero un chiflido a lo lejos lo hizo alejarse a saltos. Y en una radio portátil suena una vieja canción: *Please don't wear red tonight*. Tratándose de los Beatles, Alejandro entiende lo que dicen. En Cuba la juventud (o al menos, la gente de su generación, de su grupo, la gente de la *onda*) se sabe de memoria las letras de los Beatles, y también lo que quieren decir las palabras. El Johnny le tradujo ésta un día, entre dados y aguardiente. *Por favor no te pongas nada rojo esta noche*. Marisela se hallaba entre los dos, sin beber, es verdad, pero agitando con fuerza el cubilete. Sus labios húmedos se distendían en una sonrisa. Rojos. Los dados saltaban, inconscientes, sobre las rugosidades de la mesa del bar. Debido a un gesto obtuso, el vaso de aguardiente se volcó sobre la falda, impregnando la tela de un pavoroso olor.

La avenida de Collins es ancha, pero a veces hay que buscar una calle estrecha. No sólo la amplitud es necesaria. Y la que se llama *La Española* se reduce a un callejón de tres o cuatro cuadras, donde algunos turistas con cámaras fotográficas buscan en vano un sitio inolvidable frente al cual retratarse. Ilusos. En las vidrieras Alejan-

dro se mira los jeans que compró el día de pago, reflejados ahora sobre los chorizos almidonados y los frascos de salsas y compotas. De pronto se le ocurre comprar una manzana, porque en este instante la colombiana, también inquilina del hotel, ha entrado alborotando en el mercadito de Muñoz. Sus muslos robustos hipnotizan al transeúnte, le provocan afán, voracidad. Ahora el dueño del establecimiento, en honor a la muchacha, ha salido de atrás del mostrador, donde la sangre flota sobre las bolas de carne y los jamones destilan un sudor viscoso. Un hombre detestable, que admira sin reparos las formas que resaltan bajo el vestido de la joven cliente.

Y un poco más allá la vecina judía discute con el carnicero. Se arregla el peinado cuando Alejandro se acerca a saludarla. Las arrugas, visibles bajo la capa de polvo, forman en la piel un mapa incomprensible, pero los ojos se mantienen brillantes.

—*What are you doing here, my dear?* —le dice la anciana al muchacho, que avanza con cortedad hacia la mano temblorosa— *I can't believe you're shopping today.*

Y Alejandro la mira titubeante, con esa actitud risueña y apenada de quien no comprende el idioma en que se le habla, tratando de no desviar los ojos hacia los senos que se curvan protegidos por la seda chillona.

—Muy buenas tardes —le dice él, subrayando cada palabra, como si le hablara a un niño— *How are you?*

—Yo estoy muy bien —contesta la vieja sonriendo, en un claro español—, haciendo mis compras en esta tienda.

Y enseña unos dientes amarillos pero sanos.

El carnicero silba, aparatoso.

—Yo no sabía que usted hablaba español —le dice a la judía.

—Un poquito, un poquito —ríe la vieja— *I know a little bit of almost every language*. Yo sé un poquito de casi todo idioma —y luego la cara se le contrae al decir— Pero sólo un poquito. *Just a few words.*

En ese instante la colombiana sale taconeando, y Alejandro se despide con prisa, torpe pero resuelto. El viento agranda la falda de la joven, en la que ahora se percibe una mancha, tal vez de agua o licor. El la sigue hasta Washington Avenue, primero con premura, luego con desaliento, recordando que al fin no compró la manzana —aunque tampoco sabe si en realidad tenía deseos de comer. Claro

que de esta colombiana hay que olvidarse. No es que se parezca demasiado a Marisela, pero sus ojos le recuerdan los de ella. Piden, exigen, reclaman cosas que Alejandro sabe que no puede ofrecer.

Y ahora, en La Habana, él camina hasta la avenida de Carlos Tercero, donde Marisela se impacienta en la parada del ómnibus, y luego, al verlo llegar, atrasado como de costumbre, lo recibe con unas desabridas *buenas tardes*. Discuten, ahogados de calor, sin mirarse de frente, ambos con los ojos fijos en el campanario de la iglesia. Alejandro siente de pronto este arranque de cólera que él conoce tan bien, este deseo de golpear, de hacer daño, y termina silbando la canción que oyó anoche, cuya letra insiste en que no se use un color. Rojo. *Red*. Ahora Marisela le ha rozado la mano, parece que sonrío. Se quieren, pero... Pero. Pero. Por último ella sube a la guagua, sin darle el habitual beso de despedida, que tal vez hubiera sabido rancio.

Más tarde, en la cafetería frente al malecón, Carlitos cuenta los chistes de siempre. Eso sí, con una mujer al lado. Pendiente del más mínimo detalle, de la más mínima palabra de él. Dócil, sí, entregada. El tipo las saca de abajo de la tierra. Carlitos habla mal de la Revolución, de la política soviética, de la escasez, de todo, mientras mira al hombre que toma café con aire inocente, pero que al igual que la amante de turno de Carlitos, no se pierde ni una sola de sus palabras. Luego en la calle Carlitos dice que en Cuba todo el mundo es un agente del gobierno, que está harto de vivir en este país asqueroso, donde ni siquiera uno puede reírse en paz. Y besa en la nuca a esta mujer con la que se acostó por primera vez hace un par de semanas. Alejandro, aburrido, decide emborracharse. Solo. Sin tener que oír reproches, ni cuentos, ni contemplar caricias. Sabe que Marisela lo espera mañana, en el mismo sitio. Hasta un día, como es de suponer.

Pero este hotel de Miami Beach es pura mierda. Un tugurio de inmigrantes ilegales, o de exiliados pobres, como él, que esperan cada día el milagro de que se abran las puertas... Pero puertas, ¿de qué? Ahora el *manager* se besuquea con la colombiana en el *lobby*, creyendo que no lo ve ningún huésped; tras el ramo de flores artificiales que adorna el recibidor, le insiste a la joven para que entre a su oficina; pero ella acaricia los pétalos de tela y dice en voz baja que no. Seguro se deja manosear porque le debe la renta del mes pasado. En el pasillo, mientras espía a la desigual pareja, Alejandro cuenta mentalmente el dinero que le quedó del cobro:

apenas trece dólares. No va a beber, se dice. Además, tiene miedo. De sí mismo, de todo.

Acostado en la cama, frente al árbol de hojas carnosas como frutas, matizadas de un color carmesí, va del brazo de su novia a la función de cine, a perderse una vez más en la luz mágica de la pantalla. Sólo que Marisela trae esta noche ese vestido rojo. *Por favor, no te pongas nada rojo esta noche*. Ella no sabe que este hombre a su lado es un irresponsable, un hombre que cuando bebe se olvida de las cosas, y se convierte en otro: un loco, un delincuente, un presunto asesino. Ya ha pagado por ello.

Cines, bares y cárceles: un recorrido hacia la nada, o peor aún, hacia la oscuridad. Cuando Alejandro cierra los ojos, acosado por intensos recuerdos, la franja del exilio se abre al pasado como una cortina. Adentro, en la galera de la prisión del Morro, el hambre y el calor hostigan a los presos, que en sus literas cubiertas de sudor viajan con rapidez a través de sus sueños, llegando a veces a una escena de infancia. La voz del *mandante* del presidio grita un insulto confuso casi al amanecer, y al afeminado que le dicen *la Gallega* se lo llevan, en brazos, con la cabeza rota, hacia la enfermería.

Pero esta noche Alejandro ha bebido por fin: una botella de whisky barato, comprado en el *liquor store* de Collins Avenue, donde los vagabundos merodean frente a las vidrieras iluminadas que exhiben cognacs en papel de regalo, adornados con cintas, como si fueran artículos preciosos, joyas. Y para ellos lo son. Ahora es el momento de visitar a la vieja del cuarto de enfrente. Las porcelanas brillan sobre la repisa; en el televisor una mujer encinta, que acaba de ganarse un sorteo, se echa a llorar. La anciana le estrecha la mano a Alejandro, le sonrío con un dejo de coquetería, y luego de apagar la pantalla en la que la futura madre solloza y de traerle a su visitante una taza de té, sintoniza en el radio un programa de música clásica. En una mezcla de inglés, español, y otros idiomas irreconocibles, ella lo mima, lo halaga, quizás lo que busca es sentarse en sus piernas. El amor no tiene edad, dice una canción. O tal vez busca reencontrar al hijo, perdido para siempre en la guerra de Europa. Alejandro esconde sus uñas coronadas por un hilo oscuro, pensando que él también desea una esposa, una madre, una voz femenina que le hable con cariño, una mano femenina sobre su cabeza. Sin embargo, la anciana se ha puesto una bata roja que a sus años resulta chocante. *Por favor no te pongas nada rojo esta noche*. Ella prosigue: ¿Café? *Apple pie*? Rum? ¿Ron?

Sí, claro, yo vengo de Cuba, donde las cosas no son como uno quiere: mentiras, persecución, y miedo, miedo, mucho miedo; los comunistas hablando porquería, diciendo que esto *sí*, que esto *no*, claro que yo soy, perdón, este hipo, un poco de agua, no, no quiero pastel de manzana, esta tarde iba a comprar una manzana, pero, no, le decía, yo soy, como todo cubano, un tipo obsesionado con la política. Sí, ya sé que a todo el mundo le resulta chocante, como ese mismo vestido rojo... Perdón, yo no quise ofenderla. Los judíos tienen también sus obsesiones, ¿no? Hablan siempre de lo mismo, ¿no? Y lo que más me revienta es que ahora, en Miami, algunos que cruzaron el mar desde el Mariel, como yo, dicen que la vida fuera de Cuba no es mejor, porque claro, después de tanto tiempo, y tanto lavado de cerebro, nadie sabe lo que es mejor ni lo que es peor. Eso es parte de la diferencia: el no reconocer la diferencia. Pero a la calle Carlos Tercero nadie quiere volver. Ni siquiera a la parada del ómnibus donde... No, esos edificios churrosos seguirán siendo churrosos aunque los pinten mil veces. Y el tipo va a tomarse su tacita de café con aire inocentón, escuchando los chistes de Carlitos, para después ir directo a la estación de policía. No, por favor, perdóneme. Además, la alfombra hay que cambiarla mañana mismo. Basta ya que ese descarado del *manager* bote el dinero con la colombiana, que al final ni se acuesta con él. Sí, el hipo ya se me pasó. Pero puede volver. A veces yo no sé ni quién soy, ni dónde estoy. Los años han pasado tan rápido, ni siquiera recuerdo... Nada. Una estupidez.

Ahora la anciana se ha retirado a la cocina. Sirve algo, friega algo. Las mujeres necesitan hacer cosas con las manos. Marisela sabía usarlas bien. Esta música, ¿qué es? ¿Una sinfonía? La lámpara, en el techo, parece también marcar un compás. No, tengo que olvidar. O recordar. ¿Qué cosa?

Cuando lo sacan a uno de una cárcel y lo llevan a un país extraño... Pero se sabe que los que vinieron a Cuba con Cristóbal Colón eran en su mayoría ladrones, criminales. Aquello fue el Mariel de Andalucía. Y una vez en la celda alguien contó que Inglaterra llenó de presidiarios a Australia. Y esta vieja huyó de Polonia para el final de su vida lucir esa bata roja, y seducir, o proteger, a un refugiado. ¿A quién le importa ya si los alemanes la jodieron? Sin embargo, la colombiana vino aquí porque quiso. La gente se mueve alrededor del mundo como fichas sobre un gran

tablero. Y los ex presos políticos cubanos esperan un día liberar a Cuba. Quiero decir, algunos.

Please don't wear red... Por favor no te pongas nada rojo...

Sí, los Beatles sí sabían hacer música. Hoy todo el mundo reconoce lo bueno que fueron. Claro que también se disolvieron, cambiándose de sitio. Pero da igual que esta noche traigas el vestido del color que te gusta, querida Marisela; por favor, usa siempre el vestido del color que te guste.

La anciana le trajo otra taza de té, pero Alejandro no quiso aceptarla. Le sonrió lo mejor que pudo, y luego, zigzagueando, atravesó el pasillo, interminable como un puente sobre el mar.

Alejandro se tiró en la cama del hotel, sobre el montón de ropa, y al amanecer supo que estaba en su cuarto en La Habana. Al abrir la ventana vio las olas golpear el malecón, el agua triturarse contra el hosco cemento: se había desatado un temporal. En la radio la canción de Roberto Carlos, las voces en el fondo, presagiaban una vida distinta —dinero, celebridad, romance. Y no se sorprendió cuando tocaron a la puerta para decirle que la mujer del cuarto de enfrente estaba muerta. No muerta, aclaró el policía uniformado, sino asesi-nada. Al parecer el crimen había sido obra de un borracho. Y con buenos modales le dijo que él era el único sospechoso. Y que debía acompañarlo.

Por supuesto, esposado.

LA AUSTRALIANA

a Juan Abreu

El nieto ha entrado hablando inglés; lo sigue una muchacha rubia que ni siquiera ha dado los buenos días. Ambos han mirado a la anciana con una curiosidad condescendiente, y han atravesado la sala con pasos rápidos, dejando tras de sí una ríspida estela de humo, mentol y loción de lavanda. Luego se han encerrado en la habitación a escuchar música, pero esta vez han mantenido el volumen del tocadiscos a un nivel razonable; a pesar de su juventud e indiferencia, no han olvidado que la abuela que teje en el balance prefiere el silencio, o al menos los sonidos amortiguados.

Por la puerta del balcón la mañana de Sidney reparte una claridad peculiar sobre los muebles, despertando ocultos esplendores en el barniz, y el aire que reaviva las plantas no es ni frío ni caliente: esta temperatura recuerda el otoño de Madrid, o el invierno de Cuba. Pero el olor de este sitio es diferente. El cuarto de Madrid siempre olía a comida, y en la casa de Camagüey las flores llenaban las habitaciones de un aroma penetrante, sobre todo en primavera. Aquí, en el apartamento de María Teresa, las cosas huelen a recién estrenadas, lo que ofrece la falsa impresión de una vida que acaba de empezar. Que sin lugar a dudas no es la de ella. Ahora es octubre en Australia, donde las estaciones aparecen al revés que en el resto del mundo que ella conoce: el verano apenas comienza, y no es posible quejarse del clima. Además, ¿en qué idioma se quejaría esta anciana sin patria? María Teresa ha estudiado inglés inútilmente en la escuela nocturna del *downtown*, y los goces de la conversación ya no están a su alcance.

La artritis dificulta la labor del tejido, y no es hora todavía de preparar el almuerzo. Por otro lado, las cartas a Cuba han sido contestadas, y el sobrino de Miami le debe respuesta desde hace meses. ¿Acaso deberá escribirle de nuevo? Pero no, María Teresa no tiene ánimos hoy para escribir cartas. Tampoco quiere ver esas figuras que hablan cosas incomprensibles en el televisor. Y los pocos libros en español en el estante ya han sido releídos innumerables veces.

Curiosamente, uno lleva su nombre en la portada, y no se trata de una coincidencia: en otra época creyó ser escritora, y este único libro se editó en la Cuba del año cincuenta y siete, antes del triunfo de la Revolución —una novela de corte sentimental, algo más seria que las llamadas *novelitas rosa*, pero impregnada de femineidad y romanticismo. María Teresa se propuso imitar a *Jane Eyre*, o quizás a *Rebecca*; le fascinaban las escenas del retorno de Jane, cuando se encuentra a su amante ya ciego, o el incendio de la mansión donde Rebecca sufrió los tormentos de la incertidumbre. Quiso trasladar, con un toque realista, estos dramas intensos a la campiña cubana; pero la atmósfera victoriana, los magnos palacetes, perdieron vida en los potreros de Camagüey, y en sus bohíos cargados de miseria las heroínas malgastaron su elegancia. La crítica literaria cubana se negó a comentarla, condenándola con su indiferencia; el público tampoco se interesó en comprar aquel folleto de carátula verde, y los quinientos ejemplares, o terminaron en manos de familiares o amigos, o simplemente corrieron la suerte de los libros no leídos: los latones de basura, los cuartos de desahogo, las cajas saturadas de polvo y humedad, los juegos de los niños, el fuego.

Los veinticinco años transcurridos le habían mostrado a María Teresa que su supuesta vocación fue sólo un capricho, una aventura que luego se diluyó en la marea de sucesos cotidianos; una mera travesura que ahora le provocaba una benigna sonrisa cuando confesaba: *una vez yo escribí una novela*. Y el ver su nombre impreso ya tampoco le causaba orgullo: más bien le parecía el de otra persona.

Ahora, al cabo de su vejez, el azar le había llevado a Australia, donde sólo se hablaba el idioma de Charlotte Brönte y Daphne Du Maurier, y María Teresa se lamentaba de que la admiración por estas dos mujeres no le hubiera despertado el interés por el inglés en aquellos años, cuando todavía podía aprender algo nuevo. Pero para *adivino Dios*, terminaba diciendo, y retomaba el tejido inconcluso, o sumergía los vegetales en el agua burbujeante de la olla. El sofrito de la carne requería tenacidad, pero luego el olor en la sartén compensaba el trajín; lástima que en el pequeño cuarto de Madrid hasta la ropa oliera a ajos y a especias, y el pasillo de la pensión pareciera empapado de manteca rancia.

Hoy la dueña le entregó una carta de Cuba. Trazos gruesos recorren, con ominosa oscuridad, los papeles rayados. Su primer esposo murió de una larga enfermedad, en la soledad de la única

caballería de tierra que el gobierno le había dejado, después de despojarlo del resto de la finca que adquirió con años de faenas y de esfuerzo brutal. La carta, firmada por la que fue la cuñada de María Teresa, se extiende en pormenores: la ceguera que padeció en los últimos tiempos, la miseria a la que se vio reducido, su estado de depresión y abandono. Hay en toda la carta un aire de acusación, como si la hermana del difunto la considerara culpable de algo; como si el divorcio ocurrido hace treinta años fuera el causante de semejante final. María Teresa se ha pasado la tarde llorando, y ha pospuesto la visita con una amiga al museo del Prado, donde esperaba hallar, en los cuadros de Velázquez, una grandeza como la que ya no existe en el mundo; la imagen de Ernesto ciego y agonizante en el portal de *Las Mercedes* le ha quitado toda curiosidad por el arte. Además, el invierno ya se percibe en el octubre madrileño, y quizás el frío de esta noche la lleve temprano a la cama.

Pero ahora el nieto ha salido correteando del cuarto, con los ojos afiebrados, la cara radiante, los cabellos revueltos. Es decir, que la pareja no se está limitando a escuchar música. El muchacho da unos pasos de baile reclamando bocadillos de queso, mientras enlaza por la cintura a la anciana y la obliga a seguir el ritmo de la canción.

—¿No te gustan los Little River Band? ¿O es que te vas a estancar con los Bee Gees? Los Little River Band son mil veces mejores, ¿entiendes?

—Parece que ustedes no les prestan mucha atención. Y no pienso que soy boba, ya te sentí el olor a whisky. No sé cómo esa muchacha puede besarte con esa peste. Pero bueno, la de ella debe oler igual.

—Baja la voz —dice el muchacho riendo—, ella entiende un poquito de español. Ahora mismo le estaba dando una lección.

—¡Qué descarado eres! No respetas que tu abuela esté en la casa. Y a esta hora de la mañana.

—Ni una palabra a mami —dice el nieto y la besa ruidosamente en la oreja, y cargado de latas y sandwiches entra de nuevo en la habitación.

Afuera la enredadera del portal se ha secado, a pesar del esmero de la nueva ama de casa, que distribuye el ocio entre la lectura y las plantas. Pero sus pensamientos divagan de continuo —casarse con un viudo implica un riesgo. Porque a los treinta y dos años de edad, con un divorcio a sus espaldas, María Teresa había tentado una vez

más la suerte: Enrique era quizás el hombre que esperaba. Se trataba de un hacendado medianamente culto, de modales desenvueltos, todo lo contrario de Ernesto, que a pesar de su buen corazón siempre fue un campesino bruto.

Pero este segundo matrimonio de María Teresa iba camino de repetir el fracaso, en parte porque llenar el vacío de una esposa difunta es tarea ingrata, y también porque ella no había nacido para ser la segunda en la vida de nadie. Nunca encontraría a alguien que se ajustara a sus deseos, pensaba, ya que siempre somos los segundos, o los terceros, o los quintos, y esto en el mejor de los casos; el primero se pierde en el intrincado bosque de la infancia, o como ella supo verlo en una frase de su novela: *el primero es Dios*. Pero es inútil luchar contra un ser eterno, o más bien, contra el misterio de algo insuperable, y para más, desconocido. Y con el tiempo la enorme casa de Vista Hermosa, con sus jardines frondosos, su lujo rústico, sus ventanales, se le ha hecho tan insoportable como la finca *Las Mercedes*, donde acompañado por sus perros de raza Ernesto espera obstinadamente su regreso.

A los cuatro años de casada la muerte de Enrique la liberó.

Desde entonces los hombres pasaron a ser siluetas de fondo, nombres, espectros con una voluntad de placer o esperanza, pero incapaces de brindar desenlaces concretos, por tratarse de seres incorpóreos, marcados por un pasado confuso donde se movían mujeres que reían o lloraban, tardes de sol, horas dilapidadas en juergas, muecas frente al espejo.

Y en el jardín cultivado con sus propias manos, María Teresa descubrió su falsa vocación de escritora, pero a la vez un deseo más genuino: su soledad exigía una creencia, una fe en lo sobrenatural. Los momentos de desorden, pensó, se corrigen con impregnarse de mezquindad, o con aceptar un orden superior al razonamiento. Al día siguiente visitó la iglesia por primera vez en diez años, y sin llegar a devota se acercó, si no a Dios, al menos a una idea que de vez en vez le provocaba calma.

Por otro lado, los himnos evangélicos enriquecen este borroso misticismo. ¿A quién no conmueven la belleza de los Salmos? "*Junto a los ríos de Babilonia, allí nos sentábamos a llorar y recordar a Sion...*" Sólo que ahora esas palabras se escuchan en inglés, y el ritmo galopante de la batería deforma por completo la melodía original. El nieto le ha aclarado que se trata de un grupo jamaicano que reside en Alemania. O sea, los versos del salmista están en boca

de unos negros, grabados en el país donde se intentó aniquilar a la raza judía. Expresan el lamento de los forzados a abandonar su patria, pero también la esperanza de un posible regreso. María Teresa hubiera podido escribirlos. Y para su asombro, la música ha impregnado de una feroz alegría este cántico. La joven pareja debe estar bailando a sus compases: los sonidos secos sobre la alfombra delatan el vigor de la danza.

Detenida en su labor por la fatiga, María Teresa se sienta en una silla de la cocina, mientras en el fregadero se alza imponente el montón de loza sucia. Ella nunca imaginó que en el exilio se vería rebajada al papel de criada. Tras la ventana, la noche de Madrid se ilumina con un haz de colores; las bocinas de los coches resuenan estruendosas; abajo, en la acera, el gentío camina de prisa entre risas y frases donde cimbra la vida. Ella ama este país, a pesar de este oficio indigno; pero ya sus hijos se encuentran en Australia, donde piensan hallar una suerte mejor, y ya se habla del futuro viaje de ella a ese remoto continente.

Pero de las cartas que llegan de Cuba no es posible esperar una buena noticia: ahora al sobrino lo han encarcelado por escribir poemas contra el gobierno. ¡Qué muchacho tan loco! Desde niño se destacó en la escuela, y fue el único de la familia que leyó su novela completa; pero en la universidad se echó a perder con los malos *juntamentos*, se metió en líos de política, terminó expulsado, y por último se entregó a la bebida; siempre con amigos de mala facha, y ni siquiera una novia decente —para al fin acabar en un calabozo y soportar sabrá Dios qué sufrimientos, qué torturas. Y todo por gusto, porque nadie va a cambiar nada en Cuba, y menos con versos y papeles. Ramón dice que lo llevaron esposado de Camagüey a La Habana, y que todavía no le han permitido recibir visitas. Por lo que ahora, el cartero andaluz de risa exuberante ha pasado a ser, para María Teresa, un mensajero aciago.

Pero en medio de tanta desolación aparece un refugio: la iglesia. Aunque desde jovencita prefirió el ritual católico, y la escenografía de íconos y altares le atrajo siempre más que la desnudez de los templos protestantes, María Teresa se ha convertido en una fiel asistente de los cultos bautistas. Desde el púlpito el pastor la mira con ojos amables, como si le agradeciera su presencia. Es un hombre cuarentón, pero bien conservado, y ella sabe que desde hace cinco años permanece soltero. Su esposa lo abandonó por "prácticas mundanas", según el propio testimonio de él. Extraña forma de

nombrar la infidelidad. Y no cabe duda de que se ha fijado en María Teresa, una viuda aún joven, con fines algo más que cristianos.

Ella se siente halagada, pero a la vez deprimida; ya está segura de que a estas alturas no puede unir su vida con la de ningún hombre, y menos con la de un fanático: y éste evidentemente lo es. A la larga ha elegido quedarse en la quietud de la sala, la de Cuba, la de Madrid, la de Sidney. Ahora invoca a Dios desde el balance, cuando el nieto y su amiguita de turno lo permiten. Pero en la mañana de hoy no cuenta con esa suerte.

En este instante los jóvenes se han sentado en el sofá a ver televisión, y luego se besan con rapidez cada vez que creen que ella no los observa. El hermoso cabello de la muchacha le cae sobre los hombros, y su rostro perfecto no lleva maquillaje; pero sus ojos reflejan un vacío sin límites; no muestran siquiera la euforia o inocencia propias de su edad; es más, hacen dudar a veces de la existencia del alma, y por lo tanto, de la misma existencia de Dios.

Con discreción y benevolencia, María Teresa los ha dejado solos tomados de la mano en el sofá púrpura, y se encamina al balcón, donde la mañana de Sidney derrama una claridad cegadora sobre el muro y las plantas. El esplendor del día declara que la vida en los calabozos no es eterna. El roce de la luz ha reverdecido las hojas, y aún la enredadera seca se ha teñido de un tinte refulgente: este brote de vida hace confiar en la resurrección.

Porque la muerte de Enrique, María Teresa lo acaba de saber, es una fábula. Vista Hermosa ha vuelto a ser, con sus jardines y amplios ventanales, el sitio donde ella siempre quiso vivir, aunque la sombra del primer amor empañe el gozo de la compañía. Enrique se sacude las botas en el portal, y luego, jugueteando, besa las manos enrojecidas de la mujer que recién acaba de fregar la loza.

Y ahora María Teresa ha entrado sin tocar por la puerta principal de la casa de *Las Mercedes*: espera salvar a Ernesto de una agonía solitaria. El está sentado bajo el follaje del enorme algarrobo, rodeado del cacareo de las aves que se agudiza tras la cerca del corral. Sus ojos enfermos apenas distinguen los objetos más cercanos, y el perro salta a su alrededor mientras él se levanta al escuchar los pasos que se acercan, y trata en vano de reconocer la voz que lo saluda. Porque han pasado treinta largos años.

—Nos vamos —dice de pronto el nieto, y la pareja se despidе cautelosa, entre murmullos, con un caminar blando. El amor compartido los ha llenado de amabilidad, y María Teresa inclina la

cabeza con una sonrisa cómplice, admirando de cerca su juventud y belleza.

—Pórtense bien, muchachos —les dice, aunque ella acepta el escaso valor de la conducta cuando hay otras cosas más importantes en juego.

¿Qué es esa intensa claridad que incendia el frente de la casa? Es una luz amarillenta que cubre la pintura, y desde lejos cualquiera pensaría que las llamas consumen las ventanas y puertas; pero no, es sólo el reflejo del sol sobre la fachada de la antigua mansión; y María Teresa se dirige al interior de este minúsculo apartamento en las afueras de Sidney, y riendo a solas se pone su bata más fresca, porque es octubre y el verano ha comenzado en Australia.

DOS ACTORES

a Rogelio Quintana

¿Era La Habana distinta a Camagüey? Pasado el túnel de la bahía, un aguacero empañaba los cristales del ómnibus escolar. Tras la cortina de agua, el Paseo del Prado se recortaba contra el cielo sombrío como una masa uniforme de piedras y árboles. Marcos Manuel levantó la ventanilla y el aire mojado le empapó la cara. Era un amanecer del año sesenta y cinco. Una imitación de lluvia primaveral cercaba la capital de la isla. A los ojos del muchacho campesino, el burdo telón que oculta la esencia de las cosas debía abrirse a partir de ese instante.

Años después, comprendió que no hay telón ni esencias. Las matemáticas se le escaparon, envueltas en su halo impenetrable de ecuaciones y cifras. La física le parecía hermosa, pero la vida nocturna de La Habana le atraía más. La química fue una guía de fastidios. La literatura resultó punzante, y por ello, gravosa e insertible: un obstáculo más en un mundo de obstáculos. Sólo quedaron las cuartillas borrosas, los números mal hechos.

En las aulas saturadas de calor, la retórica de los maestros se volvía irritante. Las arengas políticas se mezclaban como un estribillo a las pausas del aprendizaje. Por suerte los alumnos cultivaban la complicidad: una pajarita de papel que aterrizaba en un pupitre hacía al mundo salir de su bostezo. Marcos Manuel se esforzó en sus exámenes, pero no alcanzó a ser un buen estudiante. Divagaba entre las nociones primitivas del bien y del mal. Le gustaban las muchachas y los muchachos. Añoraba su ciudad natal, pero quería conocer el significado del universo, de la historia, del pecado. Pretendía hurgar en las razones de la muerte, pero a la vez gozar de la vida disipada —y poco de esto le parecía posible en su lejana provincia. A su edad ignoraba que el conocimiento menosprecia los lugares, y se ciñe a un sitio muy pequeño: la persona. Y entretanto las preguntas brillaban ante su rostro, como el reverso de las cartas frente a un jugador.

¿Era La Habana diferente a Camagüey? Lo era. ¿Era el catolicismo mejor que el protestantismo? No lo sabía. ¿Y el materialismo que el idealismo? No estaba seguro. Por otro lado, ¿llegaría el socialismo a borrar el capitalismo de la faz de la tierra? Prefería ignorarlo. Los años de revolución habían dejado una estela de dudas, y pese a las apariencias, la juventud cubana le rehuía a estas cuestiones. Cuando uno se ve obligado a *comer* política, se harta fácilmente de ella. Y a Marcos Manuel lo habían forzado a mastigarla y tragarla desde su niñez. Se explicaba que el joven tratara de evadirla. Pero no era una tarea sencilla. No, no lo era.

En esos años Elías Almarales le reveló el mundo del teatro. En una estrecha sala de la Habana Vieja, Elías ensayaba *Aire Frío*, de Virgilio Piñera, con un grupo de aficionados. Faltaban actores, dinero, materiales básicos para el decorado, vestuarios, luces. Pero Elías, con sólo veintidós años, intentaba ser empresario, actor y director. Buscaba los recursos por su cuenta. Achataba su pelo rizado con una boina, sonriendo mientras daba órdenes. En el escenario iluminado con una opaca lámpara, sus palabras y movimientos prolongaban un hecho ilusorio; luego la pesadez de las cortinas y la fatiga cotidiana le recordaban a los presentes que la simulación tiene también sus límites.

Terminado el ensayo, los dos amigos se dirigían al malecón de La Habana, donde sentados en el muro discutían de religión y poesía. No mencionaban el destino singular de su patria, y, por razones diversas, tampoco aludían a los temas sexuales. Eran diálogos largos y confusos, adornados con cierto patetismo: el tenue patetismo de la juventud, ajeno al verdadero drama de los hechos, al severo dibujo de la realidad que luego los años trazan diligentes.

Al llegar la medianoche, la lancha de Casablanca cruzaba la bahía, y los muchachos saltaban a las maderas de la borda, chancando entre sí, golpeándose con falsos puñetazos. Una tabla crujía bajo la bota de Elías, pesada como una piedra. Lo siguiente es sólo un fragmento de su historia.

I

—¡Qué calor!

Así comenzaba la obra de Virgilio Piñera. Para colmo, el calor en la sala superaba al de la ficción. La actriz en el papel de Luz Marina

se empolvaba las mejillas sudadas a cada interrupción del director. Pero Marcos Manuel, que conocía la pieza de memoria, y desconfiaba del resultado final de los ensayos, no esperaba el final del primer acto.

Además, los dos ventiladores frente a las lunetas no aliviaban la humedad pegajosa, y los invitados curiosos no cesaban de fumar: el humo y el sudor servían también de excusas para abandonar la sala. En el tablado la familia inventada se consumía entre quejas, se regodeaba en proferir insultos. Elías dirigía y a la vez representaba a Oscar, el poeta frustrado. Sus versos perdían fuerza en boca de la hermana: "*El pez de la torre nada en el asfalto...*" El rostro de la joven, envejecido por el maquillaje, poseía cierta gracia, pero la voz era chillona y desagradable, y en vano Marcos le repetía a Elías que si esa actuación no se perfeccionaba, la puesta en escena iba a ser un fracaso.

—Es el personaje más importante. Y esa tipa no tiene ni siquiera una dicción clara.

—La dicción se aprende —contestaba Elías— El caso es que Elina siente el papel. Lo demás ya se le pegará poco a poco.

—Aparte de lo que tú le pegas a las nalgas, yo no veo qué otra cosa —le decía Marcos Manuel, malhumorado.

—Tú lo que estás es celoso —se reía Elías, arreglándose la boina— Ahora hace falta saber de cuál de los dos.

Marcos terminaba por sonreír.

—Como director más te valdría meterte en un cabaret. Allí por lo menos te acostarías con las mujeres del elenco sin cargo de conciencia.

Elías había conseguido un turno para comer en un restaurante chino, y a las dos de la mañana los manteles, que a nadie se le hubiera ocurrido cambiar a esa hora, brillaban bajo la grasa. Entre las copas de agua y los platos humeantes la conversación no amainaba un segundo, salpicada de citas, de ostentación febril. El camarero los miraba con sorna, tomándolos por un par de maricas. En las otras mesas unos borrachos alborotaban, zarandeando sin cesar los brazos. Una energía humana se desplazaba en el sucio local, en forma de voces y gestos, poderosa y vibrante. Luego la zona de La Rampa semejaba un desierto bajo las turbias luces de mercurio: sólo algunos afeminados deambulaban desorientados, mientras un grupo de trasnochadores discutía frente a un club nocturno sobre una

propina, que según uno de ellos no se debía haber dejado, a causa de la insolencia de los cantineros.

—Vámonos antes de que llegue la patrulla —dijo de pronto el más sensato de los bebedores.

Y sin hacerse esperar, el Ford gris y blanco, con la lámpara rojiza girando en el techo, apareció en la calzada. Sin embargo, no se detuvo al pasar junto a Elías y Marcos, que, aliviados, doblaron con rapidez en la próxima esquina: Elías nunca llevaba carnet encima, y aquello de *director de un grupo teatral de aficionados* siempre despertaba recelo en los policías, como si el oficio en sí evocara un proyecto subversivo. El joven había amanecido en un calabozo varias veces, a causa sobre todo del cabello largo, ceñido por la boina. En una ocasión un teniente le preguntó si él se creía francés, a lo que Elías le contestó:

—Oui.

Y el chiste le costó un juicio popular por burlarse de las autoridades.

Pero esta noche los muchachos se sentían felices con caminar en paz. Una luna llena blanqueaba la calle y parte de la acera. En ese momento un taconeo vigoroso comenzó a repicar a sus espaldas. Dejaron pasar a una morena con una estola roja, que de repente se volvió para gritarles:

—¡Tengan cuidado, jovencitos! ¡Miren que un día les va a pesar! —y luego se perdió por los recovecos de un callejón. Las luces de un ómnibus la iluminaron por un instante, haciendo resaltar sus caderas, cuyo ritmo recordaba una danza; su pelo despeinado parecía una peluca.

—Esta es como Casandra, la esclava de la tragedia griega —dijo Elías—, nada más que huele desgracias.

En el parque de San Lázaro descubrieron a Eulogio, enredado en una discusión con un grupo, y bebido como de costumbre.

—¡Rimbaud y Verlaine! —exclamó al ver a sus amigos—. Vamos, ¿no van a invitar a un trago a este viejo poeta? Sé de buena tinta que la Taberna Checa todavía está abierta, y que a uno de los camareros le gustan mis versos.

Al otro día Marcos no se levantó a tiempo para la clase de Latín. Sabía que iba a perder el derecho a examen por falta de asistencia, pero prefirió dormirar otro poco. Sus sueños eran vehementes, duraderos, y en la viveza de sus argumentos Marcos encontraba un sucedáneo luminoso para lo que, en general, resultaba una pálida

vida. O lo que él consideraba como tal. El ruido del mar vibraba en las persianas, induciendo en el soñador una historia que tenía lugar junto al océano, con una cueva, una mujer desnuda, un animal marino. Al levantarse, Marcos decidió que un día como éste —el cielo era espléndido, sin la mancha de una nube— no debía malgastarse en la escuela. Entró en la habitación del ruso Kostia, que por ser extranjero se le permitía disfrutar de un cuarto solo, pero en su litera encontró a una muchacha arrebujaada en las sábanas. El cabello largo lo engañó: era Norberto, un estudiante de Sociología.

—Ni me hables —le dijo Norberto—, tengo fiebre y me metí en el cuarto del soviético. Aquí nadie viene a molestar.

—¿Dónde está Kostia?

—No sé, no vino anoche. Seguro que se quedó con esas deportistas que están en el Hotel Presidente. Si sigue así lo van a mandar a Rusia. Tú que eres su amigo debías darle un consejo.

—Y a nosotros, ¿quién nos va a aconsejar? —preguntó Marcos, sentándose en el borde de la litera.

Los dos jóvenes se quedaron juntos toda la mañana. Cerraron las ventanas y le pasaron el pestillo a la puerta. Es extraño como el día puede convertirse en noche. La delgada línea de luz en la persiana rota no parecía la claridad del sol, sino una lámpara inoportuna en la densa penumbra. Al mediodía ambos se separaron sin decirse una palabra.

Elías no esperaba ver a su amigo a las dos de la tarde.

—¿Qué tú haces aquí a esta hora? —le preguntó asombrado.

—No quise ir a clases.

—A ti te pasa algo.

—Nada. Esta mañana me acordé de ti.

—¿De verdad? Eso me hace sentirme el artista más feliz de La Habana. Anda, pasa y no alces la voz, Elina está durmiendo en el cuarto.

Los libros atestaban la sala. Marcos Manuel se sentó en un balance, con los ojos fijos en los diseños de los mosaicos.

—Prepárame algo de comer —dijo al fin, y miró de reojo a su amigo, que lo observaba con curiosidad.

—Lo que diga el señorito. Tengo huevos en el refrigerador, y un poco de arroz de ayer. Si el señorito se digna a hacer la cola de la tienda, creo que me tocan cuatro plátanos. Si no los compro hoy pierdo el derecho.

—Díle a Elina que vaya a buscarlos.

—Déjate de malacrianzas. ¿Por qué no vas tú? Esta mujer está con dolor de cabeza desde por la mañana, y tú lo que haces es faltar a clases y recitarme versitos de amor. Porque "esta mañana me acordé de ti", me sonó como un verso.

—También podía haber dicho "el pez de la torre nada en el asfalto" —dijo Marcos, tratando de sonreír—. Vamos, cher Artaud, dime qué quiere decir esa imagen.

—¿Qué interpretación quieres, la marxista o la freudiana? Pero por lo que veo, esta tarde Freud tiene la última palabra. Anda, ve, yo también tengo hambre. La libreta de la comida está encima de la fiambarrera.

—Si no hay ensalada no puedo comer —dijo Marcos, pero de pronto la sonrisa se le volvió una mueca. Se levantó y caminó hasta la ventana, y bajando la cabeza se echó a llorar.

—Pero esto sí que es grave —dijo Elías conmovido, y le pasó la mano por el pelo— ¿Cuál es el problema?

En ese instante Elina salió del cuarto.

—¿Qué le pasa a mi niño? —preguntó, cerrándose la blusa— ¿Qué le han hecho a mi chiquitico?

Por último Marcos bajó a la tienda. Un tumulto reñía en el mostrador. Una mujer, que se quejaba de dolor en los pies, pedía que la dejaran comprar primero. En realidad tenía las piernas hinchadas, y las venas resaltaban bajo la piel como los ríos en un mapa. La cara del dependiente enrojeció cuando Marcos se quejó del tamaño de los plátanos. Eran tres ejemplares de un color enfermizo: Elina se burló de la ineficacia de Marcos como comprador mientras los freía en la sartén tiznada.

Luego, mientras comían, Elías le acariciaba los muslos a la joven por debajo de la mesa, y Marcos Manuel, fingiendo que no advertía el movimiento, señalaba algunos detalles del montaje de la obra, atragantándose con los tostones mojados en la yema.

La tarde enrojecía los cristales de la fiambarrera, alumbrando las copas cubiertas de polvo. Por un rato los tres guardaron silencio.

Cuando Elías comenzó a fregar los platos, dos de los actores del grupo llegaron con la noticia de que la *Dirección de Cultura* había prohibido montar las obras de Virgilio Piñera: acusaban a éste de contrarrevolucionario, o algo por el estilo. Ninguno precisó la acusación, y al final todos dudaron de que fuera verdad.

Pero meses más tarde, mientras Marcos se estrenaba en labores agrícolas, a Elías se le comunicó oficialmente el decreto.

El grupo de aficionados también llegó a su fin —la sala de teatro pasó a las milicias.

II

Marcos Manuel, que nunca había cortado caña, se apocó al golpear con el machete la primera planta del surco.

—Yo pensé que era más fácil —le dijo a Rogelio, que ya había avanzado algunos metros.

—No te desanimes, Supermán, que adentro no tienen *Kryptonita*.

Y el novato volvió con fuerza a la carga. Hizo un picotillo sobre la paja verde; la caña se doblaba, rebelde, como un muñeco de goma, resistiéndose a ser cortada en dos. La vaga claridad que precede al amanecer alumbraba benigna la densa plantación. Un frío impertinente endurecía las manos. Pero Marcos, que no quería hacer el papel de inútil ante sus compañeros, agitaba con desdén la mocha, como un espadachín venido a menos. Tres días más tarde, cuando se hizo patente que el joven no aprendería a cortar, lo pusieron de acomodador encima de los camiones.

—Baudelaire tampoco hubiera sido un buen cortador —bromeó el Jefe de Brigada, que era también estudiante de Letras.

—Si no fueras jefe te mentara la madre —dijo Marcos—, deja a Baudelaire tranquilo, y dime cómo tengo que poner las cañas en este puñetero camión.

A las pocas horas se movía como si hubiera nacido en el vaivén del montón resbaloso. El hombre que operaba la alzada colocaba las cañas con cuidado, pero aún así le golpeó una costilla a Marcos con las tenazas antes de finalizar la jornada.

—Eso te pasa por no estar mirando —le dijo el campesino—. ¿Hay que llevate al hospital?

Y Marcos Manuel, ofuscado por el golpe y enojado consigo mismo, se agarró la portañuela.

—Esta es la que hay que llevar —le contestó.

El guajiro le dijo que esa se la metiera ahí mismito, y que mejor se fijara en las tenazas de la alzada, en vez de estar comiendo mierda. A lo que el muchacho no respondió, porque en el fondo era cobarde. El campesino, acostumbrado a los arranques de mal hu-

mor de los estudiantes, que trabajaban obligados, ya sabía cómo lidiar con ellos. Y este flaco parecía de lo peor, se dijo el hombre; para colmo, bocón. Por suerte ya las pilas de cañas se habían acabado, dejando en el terreno una inservible alfombra de hierbas y de paja.

Al descender el sol tras los surcos torcidos, las voces se alzaron en el comedor sin paredes. El rector de la Facultad de Humanidades aprovechó la hora de la comida para decir que las metas no se habían cumplido, y que los campos tenían que quedar limpios, costara lo que costara. Al terminar la perorata, el tintineo de las cucharas resonó en la barraca: el metal se acoplaba en un ritmo. Algunos bromistas habían improvisado un estribillo sobre la ración diaria de harina, y la canción cayó como un aguacero sobre las palabras del rector.

Pero luego, cuando sólo las moscas zumbaban sobre las mesas, Marcos Manuel, que llevaba varios días sin bañarse, se sentaba indolente frente al plato. El mejunje le sabía a agua arenosa. Pensaba en Elías con frecuencia. Sus manos magulladas lo hacían sentirse más viril, pero a la vez le estorbaban a la hora de escribir, o masturbarse. En ocasiones pensaba también en su propio futuro: sólo imaginaba un largo espacio en blanco, como un remoto país que uno sabe que no visitará.

Una noche trajeron una grabadora gigantesca, pesada como un mueble, para festejar una fecha patriótica. Las muchachas de la Escuela de Biología fueron invitadas al baile. Marcos se quedó acostado en la litera, totalmente vestido: a última hora había decidido no ir a la fiesta. Empapado en sudor, trataba en vano de leer a Dashiell Hammet. Los altoparlantes repetían las melodías de moda, mientras alguien repiqueteaba un tambor, imprimiéndole a la música una cadencia de conga. Los estudiantes coreaban desafinados: las barbas, los cabellos grasientos, las ojeras coreaban.

Luego de madrugada los celebrantes decidieron ir a la costa. A las muchachas se les prohibió unirse al grupo. Casi todos se habían emborrachado, porque el jefe de zona, en contra de las reglas, había traído unas botellas de ron como estímulo (hacía tres meses que se hallaban en el campo, y la zafra del año setenta no avanzaba) y de pronto Marcos Manuel se animó a acompañarlos.

En un camión transportador de caña, recorrieron las carreteras de Matanzas a una velocidad suicida. Al amanecer entraron en la Ciénaga de Zapata. A ambos lados del camino, la hierba pantanosa

resplandecía con la salida del sol. El agua verdosa se colmaba de arbustos extraños, de malezas obstinadas en prosperar en charcos rebosantes de cieno y fetidez. Marcos se sintió feliz en el nuevo paisaje, y los ruidos del campo —el concierto de insectos, de pájaros, de seres invisibles dispersos en la vegetación— le evocaron el gozo de la simplicidad.

Llegaron a una cafetería turística en Guamá, una alta casa de guano alzada sobre el pantano; una mujer de pelo lacio y cobrizo los atendió con una sonrisa nerviosa. Mirándola de cerca, era evidente que usaba una peluca. Al bajar los muchachos al camino, ella gritó desde la puerta:

—¡Tengan cuidado, jovencitos! ¡Miren que un día les va a pesar!

Pero sólo Marcos pareció escucharla. El ruido del camión apagó sus gritos.

En el viaje de regreso los trasnochadores cabeceaban, apoyados unos sobre otros, ajenos a la falsa planicie que temblaba bajo el herbazal, mientras Marcos le señalaba al chofer las peculiaridades del camino; una euforia infantil le había robado el sueño. Acechaba los cocodrilos que a veces cruzaban la cinta de asfalto. Sus pensamientos, sus deseos se opacaban frente a la naturaleza que se desperezaba, rebosante de luz. En el poblado de Jagüey Grande, donde una bruma aguachenta lavaba las fachadas, algunos madrugadores los saludaban agitando la mano: Marcos les contestaba con regocijo. Vistas con rapidez y a una cierta distancia, las personas emanaban una bondad natural, una simpatía que reconfortaba. A la salida del pueblo se sintió empequeñecer frente a la inmensidad de la llanura. Llegó al albergue, se tiró en la litera, y a los pocos segundos se quedó dormido. Pero sus sueños concretaron temores humillantes: se encontraba descalzo frente a una multitud; su madre se había escapado con un desconocido (sus compañeros de aula comentaban con mofa la noticia); Elías lo abochornaba a él, a Marcos, gritándole desde el escenario una palabra atroz.

Esa misma tarde los paseantes fueron citados a una reunión: se les acusaba de "acto de indisciplina sin precedentes". Los sancionaron a trabajar turno doble durante dos semanas, domingos incluidos: dieciséis horas diarias sin descanso. Nadie se atrevió a protestar, pero el lenguaje de las caras bastaba.

Terminada la asamblea, el profesor de Historia del Arte, que apreciaba a Marcos Manuel, lo llamó aparte para decirle:

—Tu caso me preocupa. Yo sé que no te falta inteligencia, pero

un joven sin ambiciones como tú no va a ninguna parte.

Marcos miró aquellos ojos acuosos, rodeados de bolsas diminutas, y le dijo en voz baja:

—Le agradezco su preocupación, pero con usted puedo ser franco. Ser ambicioso en este país quiere decir ser hijo de puta, y yo no he nacido para eso.

A los dos días amaneció en la enfermería del campamento, con fiebre y convulsiones. Sudó sobre la sábana empercudida una semana, y al recuperarse se dio cuenta que su sufrimiento era en parte el del payaso, que se alimenta de su papel de víctima. Pero los gritos en las gradas, se dijo, los rostros en la oscuridad, la risa de los que se regocijan con la torpeza o la fatalidad de otros —todo había terminado por repugnarlo. Sí, pensó frente al espejo, su adolescencia reclamaba una acción, un gesto decisivo.

Y volvió a acomodar cañas sobre el camión, hasta que aquel período en el campo llegó a su fin. Pero Marcos Manuel había decidido modificar su suerte, aunque el intento le costara la vida.

III

Como casi todas las calles de La Habana Vieja se parecían, era mejor empezar por una calzada: Zuleta. Elías, que hoy domingo tenía una absoluta necesidad de disminuir su frustración caminando sin rumbo, la recorrió completa, deteniéndose por último frente a una tienda de ropa, cuya vidriera exhibía dos maniqués rotos: a uno le faltaba una mano, al otro un brazo y parte de la espalda. Luego se encaminó a casa del pintor Ardoza, para decirle a éste que el teatro en Cuba estaba condenado. Pero primero entró en una cafetería de Teniente Rey, donde tuvo que esperar dos horas para tomarse una pálida sopa adornada con una rebanada de pan.

De allí se dirigió a Compostela, escrutando los rostros de los transeúntes. Pero Elías, que era miope, y que había perdido las gafas el día anterior, sólo alcanzaba a ver expresiones borrosas, y paredes y adoquines sucios. Su infancia había estado poblada de ensoñaciones, de personajes fantásticos que se movían y respiraban a su alrededor con la misma soltura que su propia familia: Peter Pan, Pulgarcito, los animales de Walt Disney, entre otros. Su vista escasa no interrumpía su rol de visionario. Podía, con los ojos abiertos, invocar seres inexistentes, obligarlos a actuar de acuerdo a

su capricho, e incluso, a solas en la azotea, crear sus voces: roncadas para los malos, finas para los débiles, melodiosas para sus favoritos. Luego, ya en plena pubertad, se había habituado a la energía que transmiten los cuerpos femeninos al dejarse poseer; pero el inventar personajes y escenas, participar en ellas, seguía siendo su afán secreto, su modo más eficaz de ser él mismo.

Siguió recto hasta el cuarto de Ardoza. Este pintor imitaba a Van Gogh, pero sus cuadros semejaban grandes manchas de diarrea. Al abrir la puerta le aclaró a Elías que se sentía agripado, con dolor de garganta. El ya conocía la noticia sobre la prohibición de la obra, y en última instancia, no le importaba demasiado el destino del teatro cubano, mucho menos el de sus dramaturgos.

Acostada en el sofá, una jovencita leía en voz alta los versos de un poeta habanero de moda, que describía los misterios de *Elegguá*. Era curioso, pensó Elías, que a los dioses del folklor no se les persiguiera en Cuba, como se perseguía ahora a otros dioses más renombrados. Tampoco el poema ensalzaba a *Elegguá*, sino a *Ochún*: la reina del río pedía venganza, en las palabras torpes del versificador. Pero sólo el amable cuerpo de la muchacha se movía con coherencia sobre los cojines que continuaban su función a fuerza de remiendos. Elías se sintió excitado, no por los versos, como es de suponer, sino por aquella imagen apetecible, cuyos senos se marcaban con tal nitidez bajo la tela que hasta un cegato como él podía apreciarlos.

—Esta declamadora es mi novia —dijo el pintor, cohibido.

De nuevo en la calle, Elías se reprochó el haber visitado a aquel hombre, que respaldaba la endebles de su arte con una falsa militancia política. El recuerdo de la figura femenina lo trastornó por unos minutos, pero luego se disolvió en los desperdicios de la acera. Qué pobreza de espíritu en todas partes, pensó con amargura. Pero no era el momento de juzgar a nadie, se dijo de inmediato. ¿Acaso sabía él mismo lo que quería? Marcos Manuel le había dicho: "La ambigüedad es un refugio cómodo, pero se paga caro".

Y aunque no podía precisar sus preguntas, sabía que hoy precisaba de respuestas. Subió al ómnibus empujado por la multitud: el olor a sudor de la gente apiñada en la escalerilla se le pegó en el cuerpo.

Ya en Buenavista, atravesó el portal de la cuartería, con sus cordeles de ropa zurcida, hasta llegar a la puerta de José Fontanela. El artista se mecía en un balance con tercos movimientos, arrullan-

do al niño que lloraba en sus brazos. Las extrañas esculturas dominaban las paredes y el piso. A Elías siempre le sobrecogía la belleza de aquel recinto abigarrado de objetos.

El viejo canoso había convertido su vivienda en una galería: no escatimaba, para crear sus raros artefactos, ni las escobas, ni los bastidores oxidados, ni la vajilla rota, ni las cabezas de los muñecos con que habían jugado sus hijos, ni los fragmentos de muebles, ni el propio polvo acumulado sobre las cosas. Aquel era un arte de expiación. José Fontanela sacaba sus figuras tomando como base sus escasas pertenencias. Quizás esa era la única forma de hacer una obra genuina, pensó Elías. Por lo demás, resultaba difícil escucharlo. Era un hombre viril e impaciente, impregnado de una obstinada fe, como un Tolstoi primitivo. Su conversación se volvía a veces discordante y confusa. Al oírlo hablar de teosofía, Elías no pudo reprimir un bostezo. La esposa de Fontanela —que se movía entre el mobiliario como una escultura más— le brindó un café aguado, y, después de tomarlo, Elías se marchó con el pretexto de una cita. Pero este breve intercambio le devolvió el ánimo: los árboles le parecieron verdaderos árboles al salir de la ciudadela.

En el número 2020 de la Calzada del Cerro, una figura alta, inclinada sobre la reja de un balcón, alzaba la mano como si amenazara. Elías la interpretó como un augurio. Luego, al pasar por la casa de Alicia, la última mujer con quien había vivido antes de conocer a Elina, recordó que el padre de ésta había muerto, y que él ni siquiera la había visitado para darle el pésame. Pero la gente se resigna pronto, pensó: las condolencias tardías resultan ofensas.

Se bajó en el Parque Central, con la vaga esperanza de encontrar a Elina, con quien se había peleado el día anterior. Pero en los balcones poblados de pañales no vio ningún rostro familiar. Se conformó con observar la neblina de las fachadas, hasta llegar a la escalera de su edificio. Marcos Manuel estaba sentado en el primer peldaño.

—¡El cortador de caña! —gritó Elías—. Yo te esperaba para la otra semana.

Marcos le sonrió débilmente.

—Vine aquí a descansar un rato, porque estoy molido. Han sido unos meses del carajo. Me voy para Camagüey esta noche —y añadió luego— y también me voy de la universidad.

—No te lo creo —dijo Elías—. Tú no estás tan loco.

Subieron hasta el apartamento, el brazo de cada uno sobre el

hombro del otro. El anochecer se apoderaba subrepticamente de sus rostros y gestos. Ambos tropezaron con muebles, con cortinas, pero Elías se negó a encender la luz.

—No me interesa seguir estudiando —dijo Marcos— Pero prefiero no hablar de eso. Mejor cuéntame cómo la has pasado tú.

—Lo primero que te voy a decir es que estos hijos de puta me jodieron la puesta de *Aire Frío*. A esta gentuza se le ha metido entre ceja y ceja destruir a Virgilio. A él, y a todos los artistas de talento.

—Me lo figuraba —dijo Marcos, desatándose los cordones de los zapatos, sin dejar de mirar a su amigo sentado en la penumbra—. ¿Y tú, qué piensas hacer ahora?

—Me imagino que seguir de actor en otro grupo, el mío se disolvió. Hasta nos quitaron el local —dijo Elías. Y después de un breve silencio, le preguntó a su vez— ¿Y tú, qué vas a hacer? Aparte de dormir un par de horas, claro. Las ojeras te cogen toda la cara.

Marcos Manuel se tocó las mejillas, y dijo:

—¿Yo? Ser lo mismo que he sido hasta ahora. Un espectador.

—Tú siempre con tus imprecisiones —se rió Elías—. Pero acuérdate que aquí los espectadores van a terminar en la letrina.

—Me faltaba decirte que me voy de Cuba. Voy a ser un espectador fuera de Cuba. Me voy de este país lo antes posible, en una lancha, o en lo que sea.

Unos golpes suaves sonaron en la puerta. Elías prendió la lámpara antes de abrir. Elina, con el pelo recogido en una trenza, besó con efusividad a Marcos.

—¡Ya yo pensaba que no te íbamos a volver a ver! Bueno, por lo menos te has bronceado.

—Pero tiene que dormir. Mírale bien la cara.

—Sí, pobrecito, se está cayendo de sueño. Marcos, ¿estuviste en la ciénaga? ¿Te gustó aquello?

—Allá estuve. Fue como conocer el fin del mundo.

Luego se dejó conducir por la pareja hasta la habitación. Las frases amables lo arrojaban como una mortaja. La funda olía a humedad, pero el calambre en sus piernas desapareció cuando las acomodó bajo las sábanas. Delante de él se extendían la llanura de su provincia, el hambre de lealtad, los deseos insatisfechos.

Al recostar la cabeza en la almohada sintió una leve pesadumbre, pero el sueño la disipó de inmediato. Un rato después se dio cuenta de que la oscuridad lo cercaba.

—¡Qué calor! —gritó la actriz principal, sacando a Marcos de su densa modorra. Este se levantó de la luneta, y tambaleando se dirigió a la puerta, cuyo picaporte en forma de mano aprisionó la suya. Después de un forcejeo, se vio de repente en el medio de un campo, sintiéndose henchido de un vigor inaudito, y al mismo tiempo ingravido, como si flotara. Más allá del cañaveral, bajo un cielo saturado de nubes, una mujer taconeaba por la carretera desierta. En el aire ondeaban los avisos de Casandra. Pero el joven saltó a tiempo a las tablas de la lancha, y la sombra del agua lo acompañó por el resto del viaje.

LA CALANDRIA (Líneas de un retrato)

a Reinaldo Arenas

Aparecía bajita junto a los frascos de conserva de fruta, alineados sobre el mantel, a la sombra de un árbol. Explicaba a las guajiritas cómo se le da el punto a la pulpa de tamarindo, aquella masa carmelita y compacta que cubría el interior de la vasija, pero las manos le temblaban al echar las cucharadas de azúcar. El zumbido de un insecto servía de contrapunto a su voz agitada.

Más tarde, al terminar la clase de bordado, la maestra de la Escuela del Hogar Rural despidió a las alumnas, y caminó hasta el batey del central con su paso corto, con la torpeza de las campesinas que no quieren serlo. Una vaga presunción, un orgullo inofensivo se movía en los pliegues de su falda.

Salía de su casa a los quince años, una muchacha ni fea ni bonita, y sobre la piel sudada del caballo se dirigía a la finca de su tío Ramón. Las nubes plumizas cruzaban el cielo de abril. Una de ellas imitaba la forma de un caballo. Avergonzada de sus pantalones de montar, la jovencita espoleó el vientre de la bestia, mientras su primo Agustín le gritaba nombretes desde el corral.

Cuando Carmen se graduó de maestra sus padres lloraron en silencio, sin distinguir entre la buena suerte y la fatalidad, como es frecuente en la gente de campo. Ambos se emocionaron al ver a la hija subir al tren en la estación de Camagüey, azorada, vacilante frente al fulgor lejano del futuro. Los vagones de carga pasaron primero con un ruido espantoso, y luego el coche de pasajeros puso en la despedida un olor a comida rancia. Desde la ventanilla un niño vomitó sobre el andén, y una mujer le limpió la boca con un gesto de fastidio, renegando de la maternidad.

—Cuidate, Carmencita —le dijo Virginia a la hija cuando el tren comenzó a moverse—, cuidate y no dejes de escribir.

El padre se tocó el sombrero sin decir una palabra, con los ojos húmedos y el rostro ladeado. La hija vio en una fuga nublada la calle República adoquinada de una punta a la otra, luego la fábrica de vinagre, luego el barrio de Beneficencia, luego los algarrobos y

los cedros, y por último se quedó dormida. Al atravesar el río Jatibonico, el traqueteo del tren la sacudió con violencia: se despertó asustada.

Camino del batey, con los libros bajo el brazo, se encontró con el mismo hombre de todas las tardes, que la esperaba sentado en la baranda del puente. Ella no le hizo caso a las groserías que él le dijo. Qué cochino es, qué puerco, fue lo que pensó al escucharlo; pero lo olvidó por completo al entrar al baño y echarse agua tibia con el jarrito esmaltado, mientras tarareaba una ranchera. Por su voz melodiosa, alguien, en una fiesta, la había apodado *la calandria*. Carmen había cumplido los veintidós años, y nadie le había conocido un novio. Arregló las sábanas de la cama, y se tiró un rato antes de comer, en la densa penumbra, pero esta vez no pudo dormirse. Quería casarse; dejar de ser maestra.

Al novio lo encontró tres años más tarde, en el central Júcaro, al sur de Ciego de Avila. Por lo demás, es duro ver cómo la gente que uno quiere envejece: los padres se habían arrugado de repente, se quejaban de reumas y de achaques, y la propia Carmen ya no estaba tan joven. Pero al menos el novio reunía condiciones, aunque tampoco era un muchacho —Eduardo pasaba de los treinta.

¿Por qué un hombre así no se ha casado todavía? ¿Por qué dejó la carrera de médico y se ha enterrado en el campo? No quiere oír hablar de política: le da lo mismo Batista que Grau San Martín. Llega del cañaveral con la camisa sudada, se prepara un trago en la cocina, y observa de reojo a la maestra hogarista, que aunque es bajita tiene el cuerpo bien formado. Ella parece tímida, pero su conversación, coloreada con sombras de rubor, es armoniosa como una melodía. Al montar a caballo no se le ve con miedo; primero mira fijamente los ojos del potro, que con docilidad agacha la cabeza. Hoy ella ha atravesado la siembra de verduras, luego ha doblado por el camino real, y desde la ventana, con el vaso de ron en la mano, Eduardo la mira galopar más allá del portón, y piensa que esta tarde llueve de lo que no hay remedio.

Pero en La Habana todo es distinto —porque a La Habana fue a refugiarse la calandria. Eduardo le hizo un hijo y luego no quiso casarse. La calzada del Cerro parece interminable, y recorrerla a pie no hace ninguna gracia. Por suerte los portales protegen de la lluvia y el sol. Pero los rostros ocultan historias peligrosas, la oscuridad se filtra por los peinados y la ropa. Los vendedores de billetes de lotería, los pregoneros de flores, de viandas, de perfumes y de

baratijas, expresan en sus cantos intenciones perversas, usan sus clamores para provocar humillación o miedo. Y ahora el grupo de hombres cuchicheando en la acera examina a la mujer con un niño en los brazos. Tiene tipo de guajira, comenta uno de ellos, pero sabe disimularlo bien. No es fea la muy cabrona. Lo malo es que tiene un aire de desgracia.

En la casa de huéspedes nunca le hicieron preguntas. Las sombras se deslizaban huidizas en el comedor común, las flores envejecían en los búcaros, y en la escalera sólo asustaba el paso rápido de un gato. Al niño lo cuidaba la abuela, que había venido sola a la capital, porque “si alguien se enterara de esto en Camagüey me muero de vergüenza”. Y los meses pasaron en aquel cuartucho que las dos mujeres odiaban, tendiendo pañales en el balcón, buscando alivio en un tejido insulso. Sólo el niño parecía estar contento de la vida a su alrededor.

—Se casó y se divorció —dijo Virginia al llegar de nuevo al barrio—. Con la mala suerte que el maldito tuvo puntería, y aquí tienen al muchacho. Pero ha salido lindo y sato como no hay dos.

—¿Y Carmencita? —preguntaban las vecinas—. Ya no da ni los buenos días.

—Es que está enferma de los nervios —explicaba Virginia—, ha sufrido mucho con el divorcio.

—¿Pero dónde se casaron, en La Habana? —preguntaba alguna desconfiada—. ¿Cómo es que ese hombre no vino ni a conocer al suegro?

—Porque es un desgraciado, por eso. Nunca pensé que mi hija se fuera a casar con un hombre así.

Pero las ventanas del cuarto tienen rejas, y Carmen mira la luz del día a través de ellas. Porque todas las ventanas de los cuartos tienen rejas. Muchas mujeres lloran durante la noche, y de día los médicos hablan en voz baja, envueltos en disfraces como conspiradores. Ayer una jovencita apareció desangrada en el baño. Sólo el parque detrás del edificio resulta tranquilo, con sus figuras de Blanca Nieves y Pinocho en tamaño natural. Nadie sabe por qué han puesto esos pedazos de cartón en este sitio, si no se ven niños por ninguna parte. Por las mañanas las caras ojerosas evitan mirarse entre sí, y por las tardes, en los días de visita, Virginia viene con el nieto hasta el banco donde Carmen está siempre sentada, con los ojos fijos en la vida simple de las plantas. Ha llovido por el mediodía, y el olor a humedad sube de la tierra como un vapor. Pero todo

es preferible a estar adentro, oyendo los gritos de las enfermas con camisas de fuerza en la sala de *las de cuidado*. La madre y la hija no saben de qué hablarse, y el muchachito de tres años corretea por el parque. Un día se lastimó una rodilla al tropezar con una piedra, y Virginia le dio una nalgada.

Hacer un buen tejido no es cosa fácil. El zumbido de un insecto sirve de contrapunto a la voz agitada de la maestra. ¿Qué quieren decir esas caras que yo no conozco? Las campesinas observan los labios de la mujer bajita, y las agujas de tejer se mueven en las manos oscurecidas por el sol. Luego el hilo reemplaza al estambre, y las gruesas agujetas ceden su sitio a finísimas y radiantes saetillas. El mantel ha quedado bordado después de una semana: son unas frutas verdes y amarillas, con un adorno elaborado en un amarillo más oscuro, casi dorado. No se sabe bien cuál es la fruta, aunque de cerca parece una toronja. Y a la pulpa del tamarindo no se le debe echar demasiado azúcar. Tiene que quedar un poco dulce, pero también un poco amarga.

¿Qué quieren decir esas caras que yo no conozco? La mañana entró por las rejas de la ventana, alumbrando las conservas de fruta, que sobre el mantel muestran unos colores brillantes: rojo, carmelita, y amarillo dorado. También tejieron un abrigo de punto blanco y azul. Quizás el niño tenga una vida feliz. En el potrero de la finca de Ramón se pudren los mangos. Una mancha de sangre se agranda en el mantel, consume la tela con avidez rojiza, pero hoy no es posible quitarla: se lavará mañana. Los ojos de las bestias son diferentes a los de las personas. La hierba del campo susurra un canto obscuro. En el terraplén dos hombres viraron la cabeza cuando ella pasaba, rieron groseramente al pronunciar su nombre.

Y la calandria dejó de cantar.

PARA JUGAR A LA RULETA RUSA

a Roberto Pérez de Agreda

Desde hace tres días no cesa de llover, y ahora el jeep zigzaguea, temblequeante, sobre el viscoso fango. Ni aún el Chino, que es chofer de experiencia, puede evitar que las ruedas resbalen, trazando unos surcos dementes en el barro, derribando los matojos al lado del camino.

—Lo de estos carboneros no tiene nombre —le dijo el Chino a César—. Cuando no es una cosa, es otra. Y si el accidente fue como ellos dijeron, no sé para qué carajo tenemos que ir a San Felipe. A mí qué me importa que el imbécil de Bernardo se pegara un tiro. Dime tú, ¿qué tiene que ver eso con asambleas y cambios de jefatura?

César trataba de quitarse los emplastos de lodo que se habían pegado como carnosidades a la piel de sus botas. En la radio del jeep, el cantante ciego, la voz de moda, entonaba una balada: una historia de despechos, de infidelidad.

—Jugando a la ruleta rusa, ¡a la ruleta rusa! ¿Tú te imaginas? —dijo el Chino, y esquivó un charco del camino, adentrándose por un instante en la hierba—. Estos carboneros no tienen madre. Pero no sé, a mí ese número de la ruleta rusa me huele a cuento. Figúrate, son cuarenta hombres y tres mujeres viviendo como bestias en ese Plan de Carbón. A lo mejor se fajaron por una hembra. ¿Qué tú crees? Hasta la cocinera, la madre de Tomás, que es una vieja bruja, tiene una bola de candela allá abajo.

—No sigas, Chino —dijo César—, la policía investigó y dijo que era un accidente. Ahora no te quieras hacer el Sherlock Holmes, para revolver la cosa. Si ellos dicen que estaban jugando a la ruleta rusa, deja que todo el mundo se lo crea. A nadie se le hace daño con eso, y así se evitan complicaciones.

—Sí, tú siempre echándole tierra a todos los enredos. Pero ahora que hay que escoger un nuevo jefe, a mí me toca elegir entre esos animales.

Porque la Dirección de la Empresa Forestal había decidido que después del asunto del muerto, el jefe del Plan no podía ser el

mismo. Reinaldo Ramírez era un tipo flojón, a pesar de sus seis pies de estatura, dijeron. Y el Chino estaba encargado de buscar el sustituto.

—Tú los conoces mejor que yo —dijo el Chino—. Tú trabajaste con ellos hace un año.

—Fueron dos meses nada más —dijo César.

—Algo es algo, ¿no?

Dos meses no son suficientes para conocer a nadie, pensó César, ni siquiera dos siglos. Pero siguió escuchando la canción en silencio. La canción, o la lluvia, daba igual. Expulsado de la universidad por razones políticas, sin encontrar trabajo en ningún sitio, había terminado de obrero en aquel Plan de Carbón, al norte de Camagüey, hacía ya más de un año. Al cabo de dos meses lo trasladaron a un aserradero en la ciudad. Pero nunca el camino se había enlodado así, ni siquiera con las lluvias primaverales. Ahora este temporal, que desbordaba los arroyos y aniquilaba las siembras, parecía anular también la muerte de aquel hombre cuya rebeldía César siempre había admirado en secreto.

Cuando César subió al camión de San Felipe por primera vez, un año atrás, todavía era de noche; las caras de los trabajadores no se distinguían en la yerta penumbra. Una brisa gélida se colaba entre los cuerpos. Varias cabezas con sombreros se asomaban por las puntas de una gruesa lona, y un viejo llamado Bigote se arropaba con un saco de yute. La brigada se reunía en el parque Finlay, y las risas y los cuchicheos se mezclaban con la música del alto parlante de la terminal de ómnibus.

—Dentro de cinco minutos sale la guagua para Nuevitas —decía una voz de mujer en el alto parlante, interrumpiendo la música.

Y Bigote gritaba:

—¡A esa voz la conozco yo!

—Suena como si tuviera un tolete en la boca —decía uno de los arrebujaos en la lona—. Por eso Bigote la conoce.

El ruido del camión al salir silenciaba las carcajadas. El vehículo se estremecía al cruzar la línea del ferrocarril. Y César esperaba el momento cuando pasaban por la Avenida Artola (donde una vez, una tarde...) para ver si en el portal del 245 seguía la luz encendida. Como si la luz de una lámpara pudiera renovar su fe. Pero la madera cubierta de sombra era sólo eso: unas tablas oscuras. Un gallo cantaba en un patio, y otro respondía desde una tapia. El

camión levantaba, con su paso estruendoso, una capa de arena.

Luego el amanecer alumbraba trémulamente las lomas de Cubitas. Las torres de radio se perfilaban en la claridad verdosa. Una de ellas tenía tres luces rojas. El día quizás sería después ardiente, pero en la madrugada el aire cortaba: los cuerpos en el camión buscaban calor entre sí. Por suerte, a esa hora, el olor de los hombres todavía no se había vuelto agrio.

Cuando pasaban frente a la poceta del acueducto, una mujer les hizo señas desde la caseta del guardia, gritando algo incomprensible, agitando los brazos; tenía el cabello suelto, la mirada extraviada, el vestido roto. Pero el chofer siguió de largo, sin prestarle atención, y el polvo alborotado por las ruedas tapó en pocos segundos su figura.

Pegado a un costado de la cama del camión dormitaba Bernardo. Una barba de tres días le sombreaba el rostro.

—Yo soy el caso perdido de la carbonera —le dijo luego a César—, porque yo no me callo la verdad. Yo no le tengo miedo a los jefes, ni a los guapetones, ni al gobierno, ni a nadie. Yo digo lo que tengo que decir, y punto —y más tarde añadió— Todos los hombres son mentirosos, todas las mujeres putas. Pero así y todo la mayoría lleva algo bueno dentro —y escupió saliva mezclada con tabaco.

Al frenar el camión algunos cayeron de rodillas sobre la lona. Por el cielo cruzaban unas nubes doradas, ralas y misteriosas.

—Pero a ti te revienta que el cabrón le pegaran un tiro —dijo ahora el Chino, mientras esquivaba otro charco—, por eso no quieres que diga que lo mataron. Tú eres un muchacho raro, tú piensas que es mejor que el hombre se disparara él mismo. Ahora dime por qué.

—No jodas más, Chino. Bernardo era noble, pero bruto, y cuando se daba tragos hacía cualquier locura. El siempre hablaba de la ruleta rusa, decía que los hombres se habían vuelto cobardes, que nadie hacía nada por demostrar que, después de todo, la vida no tenía tanta importancia. Yo sé que el tipo tenía cojones para hacer cualquier cosa, era un loco, un idealista a su manera, y también un jugador. La suerte es que cuando yo trabajaba allí nadie tenía un arma.

Pero ahora esta lluvia ofusca el significado de su muerte, piensa César, lo disuelve en cascadas, en torrentes, en zanjas donde flotan animales ahogados. Si el sol secara este lodazal, sería distinto,

piensa. Si esta tierra estuviera cuarteada agradecería tal vez un sacrificio de sangre. No que ahora todo se precipita en un caudal acuoso que arrastra ramas, alambres, sabandijas, desvaneciendo toda huella, toda señal. Pero al menos aún es de día. Agua y oscuridad, piensa, eso sí sería el colmo.

Ahora, en medio del diluvio, César recuerda las noches secas de San Felipe, en las que él, un estudiante venido a menos, se sentaba a la luz del candil a observar a los carboneros jugar al dominó. Los mosquitos oscurecían la llama, pero los hombres no le prestaban atención al enjambre que zumbaba sobre sus cabezas, resistente, infinito. La risa de Bernardo se alzaba cortante sobre los golpes de las fichas: un jugador intenso, un hombre dispuesto a perder o a ganar. El premio era el ron tibio de la cantimplora. O una palmada en el hombro. O el mejor de todos, despertar la envidia en los otros jugadores. Pero al final todo daba lo mismo —¿o no?

Una noche, después de cinco partidos, César se fue a dormir a casa de la cocinera, la madre de Tomás, que lo mimaba como a un hijo, y por la madrugada, al disiparse la tiniebla del sueño, vio a la vieja inclinada sobre él, manoseándole el cuerpo. El se hizo el dormido y se enroscó en la sábana. En ese instante Tomás tosió en la sala, y la mujer se levantó de un salto, dejando un olor a ajo sobre el cuerpo de César, que se secó el sudor con el mosquitero agujereado, por donde entraban en bandadas los bichos. Dio vueltas en la cama, deseoso, pero a la vez hastiado. Insomne. Con ganas de masturbarse, pero también de huir. Se asomó a la ventana y vio, del otro lado de la cerca, un horno humeante, un promontorio de leña enrojecida, alrededor del cual Bernardo vigilaba, azuzando las brasas, rezongando, espantando los insectos con un sombrero. Una débil claridad se extendía por el cielo, tras las columnas de humo, más allá del manglar. Era verdad entonces, pensó César, la vida no tenía importancia. Y se volvió a dormir escuchando el crepitar de la leña.

—Eladio no sirve —dijo ahora el Chino—. Es buen trabajador, pero no es comunista.

—Pero ahí tienes a Rodolfo. Se las da de dirigente sin serlo. A ese lo podrías aprovechar.

—No sé, no sé —dijo el Chino—. Qué jodienda, esta agua. Ya no veo ni cojones. No podemos seguir.

La lluvia emborronaba la sierra, enturbiaba los campos. El cami-

no parecía reblandecerse más con cada tramo que avanzaban bajo el compacto aguacero. El Chino aparcó el jeep junto a una barraca abandonada. Corrieron hasta el albergue, jadeantes, y después de exprimir la ropa el Chino dijo:

—Voy a echar una siesta. Si tú no vas a dormir, despiértame cuando escampe.

Pero, ¿cómo se puede dormir en este sitio? Sólo una bestia como el Chino puede roncar así, tendido a lo largo sobre el piso agrietado, entre piedras mohosas, mientras el agua repiquetea en el zinc. Los rincones hieden a excremento. César se recuesta a la pared de tablas que se estremece con el vendaval. Sentado en la mesa del comedor, Bernardo juega con un revólver treinta y ocho —pero en verdad el arma no parece un juguete. Le hace señas a César para que se acerque. No hay que tenerle miedo a la muerte, dice, y la lluvia arrecia sobre el terraplén. Ni tampoco hay por qué aguantarlo todo, prosigue en voz baja, mientras el zinc y la madera cantan. Acuérdate que al final siempre queda una apuesta, tal vez una venganza. Y el muchacho sabe que ya el agua ha apagado los hornos, y que la leña se desmorona sobre la hierba sucia.

Después que las balas han sido contadas, es necesario aplacar la tormenta. Aplacarla, no —dice la voz—. Acabarla del todo. Las cosas sólo significan algo en la sequía y la luz. Y César, con botas relucientes, recorre el camino de San Felipe en este mediodía de espléndido verano. No importa si a mitad de la jornada una mujer aparece agitando los brazos, gritando palabras que nadie entiende. Nadie sabe tampoco lo que hay cuando uno cruza ese puente de hierro: la poceta del acueducto blanquea inerte bajo el sol. La gente dice que si no llueve pronto va a quedarse sin agua, pero qué importa si a Camagüey no le llega el agua. En realidad, estos pueblos hace ya tiempo que viven sin agua. El fuego, alimentado por la sequía, devoró los pinares y los montes, y en las sabanas ni la maleza crece: ahora Bernardo puede jugar al fin con su artefacto.

Pero también el Chino debería despertar, apurarse en cumplir su misión: los carboneros, tiritando, empapados de pies a cabeza, no entienden que alguien termine así. No es un sustituto lo que esperan, sino una explicación que embellezca la inutilidad de las cosas. Pero no hay tal, dice la misma voz tras la cortina de agua.

Porque se trata, sin duda, de un mal chiste, de una broma cruda e irrazonable: la lluvia no va a cesar jamás, y en medio de los tragos nadie sería capaz de matar a Bernardo. Ni la gente debería tampoco

de jugar con su vida. Porque las pasiones no tienen por qué arruinar a los hombres: ni el deseo, ni la envidia, ni la voracidad.

César cabecea: luego abre los ojos, sobresaltado; de nuevo cabecea. El jeep dio dos vueltas completas en el fango, y el Chino ha decidido que con este mal tiempo no pueden llegar. Pero César, en su esfuerzo por remover las aguas, lo apremia, le suplica que sigan, y en la mesa del comedor, entre cantimploras vacías y fichas de dominó y barajas, todavía brilla el revólver cuando ellos entran — no es fácil adivinar si tiene una bala en el directo. Bernardo está sentado mostrando sus dientes blancos en la cara embarrada de tizne. Una cinta de sangre le cuelga del ojo derecho, y le atraviesa la mejilla donde un músculo no ha dejado de temblar.

ANA VUELVE A CONCORDIA

a Lourdes Tomás

I

¡Viajar de nuevo a Cuba! Han pasado ya quince años de exilio, quince largos años; nieve en New York, polvo, infinidad de polvo en Arizona, sequía en California, hambre en Texas, desempleo en Puerto Rico, viento en Chicago, estrechez en New Jersey, y por último sudor, pero también relativo bienestar en Miami.

Y ahora un giro inesperado de la política ha permitido lo que jamás pareció posible: los desertores de la Revolución, los *apátridas*, pueden viajar de nuevo a Cuba a ver a la familia, a las viejas amistades; a sentarse en la cama matrimonial —en caso de que exista—; a tomar agua de tinajón o de pozo; a visitar a la vecina de enfrente que les hizo la vida imposible, pero que hoy se recuerda como a una mártir o a una santa; a llevarle el vestido a Cusita, o a la Negra, o a quien le sirva; y a demostrar también que, a pesar de las vicisitudes del destierro, la cartera está llena de dólares, y uno dispone al menos de cuatro mudas de ropa nuevas y tres pares de zapatos.

Pero Ana no fue tan afortunada como el resto de los viajeros: en la aduana de Camagüey, la mujer encargada de revisarle el equipaje sólo le permitió pasar la mitad del calzado y de la ropa. Era una empleada puntillosa, con los labios pintados de un rojo ofensivo; una mueca de intolerancia le deformaba el rostro. Era evidente que no estaba de acuerdo con la política de "buen trato" a los visitantes, y adoptaba una actitud severa con aquellos que, sólo unos meses atrás, habían sido considerados en Cuba como los ejemplares más despreciables de la raza humana.

Ana intentó sobornarla con una cadena de oro que le llevaba a una sobrina, pero la mujer rechazó la prenda como si se tratara de una culebra viva.

—No aceptamos regalos, señora —le aclaró con voz firme—. Y la cadena se queda con sus otras cosas. No está permitido pasar ningún tipo de joyas, aunque sean de fantasía como ésta.

—Esto es oro, compañera —se apresuró a decir Ana, recordando la expresión olvidada que se emplea en Cuba para designar a un semejante.

—¡Peor entonces! —gritó la mujer—. Y no me llame compañera, que compañeros son los revolucionarios. Ponga la cadena aquí, junto con las otras pertenencias que le vamos a devolver cuando se vaya, y apúrese, abra la otra maleta. Mire cómo hay gente esperando.

Y con destreza procedió a decomisar un sinnúmero de baratijas: cintos de hombre, cuchillas de afeitar, sobres de sopa en polvo, un pomo de aspirinas —como si aquí no las tuviéramos, comentó— una grabadora portátil, bolígrafos, peines, y un vestido de novia, con una leve mancha grisácea en el velo.

—Pero esto es el colmo —dijo la empleada—, no me diga que se vino a casar, porque nadie se lo va a creer.

—Es para la boda de mi sobrina —contestó Ana—. Me lo mandó a pedir en su última carta. Déjeme pasarlo, por lo que más quiera. Fíjese que es de uso, no vale nada, pero a ella le va a encantar. Mire, tiene hasta una mancha.

—Ya la veo. Pero así y todo, está prohibido. ¡Un traje de novia! ¡Qué locura!

—¿Es locura casarse aquí en Cuba? —preguntó Ana, dominando su voz—. ¿También eso es locura? ¿Usted, no se ha casado todavía? Porque ya tiene edad de tener nietos.

—No se haga la graciosa. Y no me venga con impertinencias, que le he dejado pasar más de la cuenta.

Y con un gesto perentorio le ordenó continuar hasta la puerta de salida, donde el sol alumbraba las arecas. Del otro lado de la cerca que rodeaba la pista de aterrizaje, una multitud ansiosa se agolpaba en espera de sus familiares o amigos. Pero también, entre el gentío, se adivinaban policías vestidos de civil, agentes de la Seguridad del Estado, y meros curiosos que no perdían oportunidad de soltar una broma.

—A una mujer le confiscaron un anillo que traía metido allí mismo, en sus partes —dijo uno en voz alta—, cuando la pasaron por el detector de metales el timbre parecía que se iba a romper, y no la dejaron irse hasta que dijo dónde tenía guardado el regalito.

Por supuesto que eso era una asquerosa mentira, pensó Ana al escucharlo. Ella nunca pasó por ese detector. Y se llevó la mano de inmediato al seno, donde escondía el reloj para su hermano Germán,

que había salvado del registro de aquella sabandija. Luego buscó ansiosa un rostro conocido tras la cerca, hasta que un militar le indicó un ómnibus que esperaba por ella, en cuyas ventanillas los pasajeros desaparecían tras los abultados equipajes.

—Yo no quiero ir al hotel —dijo Ana—. Mi familia vive cerca de Vertientes, y lo que necesito es un taxi que me lleve para la estación de trenes.

—Tiene que ir primero al hotel, señora —dijo el militar con amabilidad, pero dando a entender que se trataba de una orden.

—Pero el tren...

—Por aquí, señora —y la tomó por el brazo—, mientras más rápido suba al ómnibus, más rápido podrá ver a su familia.

Una hora después Ana se vio en una sala de recepción, con una copa de vino en la mano, escuchando un discurso de bienvenida que un hombre de cabello entrecano pronunciaba con cortesía.

—Se parece a aquel político, Eduardo Chibás —le susurró una vieja al oído de Ana—, lo único que le falta es decir "Vergüenza contra dinero".

—Mientras no haga como Chibás, y se pegue un tiro cuando acabe —bromeó Ana, a quien el vino había puesto de buen humor, haciéndola olvidar la bochornosa escena con la empleada de la aduana.

Pero tuvo ocasión para un nuevo disgusto, cuando en la estación de ferrocarril le comunicaron que el tren para Santa Cruz del Sur, el único que pasaba por Concordia, había salido a las cuatro de la tarde, y que el siguiente no salía hasta por la mañana.

En la sala de espera de la estación, rebosante de público, el humo y el olor a sudor espesaban el aire como la harina a un caldo. En toda la noche los viajeros no le quitaron la vista de encima, pues la ropa y el equipaje la delataban como "una de esas que vienen por la Comunidad". O sea, una de esas gusanas que se fueron hace una pila de años, y que ahora vienen disfrazadas de mariposas para restregarnos en la cara que en los Estados Unidos se vive mejor.

Pero luego en el tren Ana desatendió la gente, y ahora tras la ventanilla se materializaba el batey del central Vertientes, encogido, sí, esmirriado, desierto. Dios mío, cómo cambian las cosas en quince años. La fría claridad del amanecer desnudaba las calles, mientras el tren temblaba sobre los gastados rieles. La tienda de Manolo, la panadería, la Escuela del Hogar Rural, todo había desaparecido para dar lugar a una unidad militar, cercada por

severos alambres de púas. El parque continuaba en el mismo sitio, pero los árboles lucían canijos, y los bancos eran de un cemento gris y rugoso.

Más adelante, la luz irreal de la mañana se filtraba por el techo del viejo aserradero. Era el único lugar que se conservaba exacto. Los troncos de algarrobos sudaban rocío en el patio, y las negras maquinarias de cortar la madera reposaban en medio del polvo. El tren pasaba junto a la nave central del aserrío, penetrando con su traqueteo el silencio de muerte de las tablas. En el cepillo el tío Andrés había dejado dos dedos de la mano derecha, pero sobre el aserrín ya no se veían manchas de sangre. Ana se persignó al ver la fachada de la iglesia, despintada y musgosa, y en la estación buscó de nuevo un rostro familiar. Pero sólo reconoció la chimenea humeante del central y las casas montadas en pilotaje. En un portal una anciana barría, con la calma de las personas viejas. Al cabo de diez minutos el tren siguió de largo, internándose en la tediosa llanura.

San Blás, Aguilar, Antón, La Belén, Dos Amigos. No cabía duda, le habían llevado el bolso. Y eso que no lo había soltado ni un instante. ¿Es que se había quedado dormida? Los pasajeros a su alrededor negaron haberlo visto, y una campesina cargada de cajas y animales domésticos, entre ellos un gracioso pato de plumaje azulado, comentó escéptica:

—Yo monto en este tren todos los días, y a mí nunca me han llevado nada. A lo mejor usted dejó el bolso en Camagüey, y se hace la idea que se le perdió ahora.

—Me consta que lo traía —dijo Ana, a punto de llorar—. Alguien me lo robó, esto no se va a quedar así. Aquí tiene que haber un policía.

—Oigan a la gusana —comentó un hombre en el pasillo—, se hace la importante con sus porquerías del Norte, y viene a decirnos ladrones a nosotros, que estamos echando el resto en este país para que Cuba vaya adelante.

El miedo se disfraza con diversos atuendos. Algunos pensaron que el silencio podía tomarse como complicidad en el delito, y de todas partes del vagón empezaron a escucharse murmullos, frases en voz baja, que poco a poco subieron de tono hasta convertirse en exclamaciones:

—¡Vendepatria!

—¡Gusana!

—¡Qué se vaya a olerle las nalgas a los yanquis!

—¡Aquí no se te ha perdido ni un carajo!

Hasta que el conductor intervino para calmar a la gente, apelando también a la fórmula oficial del "buen trato", y rascándose la portañuela, como si este gesto le diera mayor convicción a sus palabras. Ana optó por callarse y renunciar al bolso: en definitiva, pensó, las cosas de valor —el reloj de Germán, el monedero con los dólares, los documentos— abultaban todavía el corpiño, encima de los latidos precipitados de su corazón. Y las dos maletas se encontraban a salvo bajo sus piernas.

Y pensar que éstos eran sus compatriotas, su gente, se dijo Ana. El comunismo los había convertido en animales. Pero en el odio circundante percibió miradas de callada simpatía. Sí, todavía quedaban personas, sólo que tenían miedo de defenderla, incluso dirigirla la palabra. Y con este pensamiento tranquilizador volvió la cara hacia los potreros desolados, la árida sabana camagüeyana, donde los animales pastaban con desgano, y trató de ignorar los cuchicheos a su espalda.

La finca de don Tomás Sánchez Mena, o mas bien la que fue, con su casa principal donde Mercedes la viudita había dado luz a un chivo, según el cuento que había oído cuando niña; el arroyo de las Guásimas, siempre seco en verano; la poceta del Angel, ahora un charco de agua sucia, donde abrevaban tres reses flacas; el monte de Ceiba Mocha... ¿No era aquí donde estaba el monte? ¿Pasado el puente de Altamira? Pero claro, ya no podía haber monte. Estos comunistas habían talado todos los árboles. Talado, quemado, dinamitado, vaya usted a saber. ¿Y qué eran esas nuevas casas en la que fue la finca Santa Rosa? Seguro que una granja, sí, una cooperativa. No se veía mal, había que reconocerlo. Por lo menos de vez en cuando ellos hacían algo que valiera la pena. Claro, era lógico que algo les saliera bien, en medio de tanta miseria y basura.

Llegaron al paradero de San Cristóbal, el último antes de Concordia. Ana sintió que la sangre le afluía al rostro, pero esta vez no por la humillación, sino por el paisaje chato, interminable, partido en dos por la cerca de piñones que delimitaba la finca que una vez fue de su padre. La alambrada que unía la hilera de matas había perdurado en su memoria. El frondoso mangal, más allá del poblado, colocaba una franja de intenso verdor en el potrero. Ana, sujetando con la boca unos ganchos mientras se arreglaba el cabello en desorden, olvidó en ese instante los agravios, y sin darse cuenta

dejó caer un pañuelo de seda, que rodó con la ligereza de una lágrima sobre las plumas del pato, luego sobre un saco de yute repleto de naranjas, y por último terminó en el bolsillo de la campesina, que acariciaba la cabeza del animal con la indiferencia de una reina.

II

—Una masita nada más. Una nada más.

—Y ese pedacito de pellejo que está tostado como una galleta. Anda, vieja, que tú siempre fuiste tragona.

—Me van a matar —dijo Ana—, me he comido el puerco yo sola.

—No hables boberías, que no has comido nada. Y la verdad es que quedó con un punto divino. Todavía Germán se acuerda de cómo asar un puerco en púa. Como en los viejos tiempos.

Pero no había que observar demasiado para saber que éstos no eran ya los viejos tiempos. Las arrugas que plisaban la cara de Germán habían deformado los rasgos que una vez causaron insomnio a las muchachitas del pueblo. Y su esposa Catalina lucía peor que nunca. Claro que siempre había sido una mujer tosca y abandonada: Ana nunca entendió por qué su hermano la había escogido para madre de sus hijos.

¡Y la casa! El piso de la cocina se había desbaratado, y la capa de tizne que cubría las ollas se hubiera resistido a cualquier detergente americano, incluso uno *de marca*. El techo amenazaba con caerse, y la miseria resoplaba hasta en el último rincón. La mesa coja, las paredes averiadas, la fiambarrera con los cristales rotos, el baño tupido, las sábanas remendadas, el juego de sala de mamá hecho pedazos, y el balance de mamá... vacío.

—Murió tranquila —dijo Germán, atacando un pedazo de carne asada—. En los últimos meses no quería salir del cuarto, no quería hablar con nadie. El médico dijo que estaba muy vieja para operaciones, y que era preferible dejar que el cáncer hiciera su trabajito. Figúrate, ya tenía setenta y nueve años.

—Papá, no hables con la boca llena —dijo Eunice, la hija mayor.

—Y a ti, ¿quién te manda a hacerle pasar vergüenza a tu padre delante de la visita? —le dijo Catalina—. Porque estás en la escuela no te pienses que eres más fina que todo el mundo.

—Por favor, yo no soy visita —protestó Ana.

—Hace quince años no eras visita, pero ahora sí —le dijo Germán a su hermana, sin dejar de comer—. Nada más hay que verte. Pareces la mujer de un ricachón. Y Catalina hace bien en hablarle así a la muchacha. Mucho estudio y muchas palabritas raras, pero no hay respeto para los padres. Yo siempre fui un analfabeto, es verdad, pero los viejos eran para mí lo más grande del mundo. Y ni cuando me salieron pelos allá abajo, me dio por llevarles la contraria, o crearme que yo era mejor que ellos.

—¡Papá!

—Tú no cambias, Germán —dijo Ana, con una sonrisa nerviosa—. Eunice, tu padre siempre tuvo ese carácter. Cada vez que un enamorado me venía a visitar por primera vez, yo tenía que darle dinero a Germán para que se fuera a Vertientes a fiestar, porque si no el hombre no volvía. Por poco me quedó soltera por su culpa.

—Como si hubieras tenido tantos atrás de ti. A José Manuel lo agarraste poniendo a San Antonio de cabeza, y haciendo sabrá Dios cuántas cosas más. Hasta yo tuve que pedirle de favor que volviera contigo, aquella vez que se fue con la hija de Emiliano.

—¡Dios mío, qué memoria! —se rió Ana—, pero acuérdate que yo también me sé algunas cosas de tu noviazgo con Catalina...

—Habla —dijo secamente la aludida, fijando los ojos en su cuñada.

—Es mejor que me cuenten de mamá —dijo Ana, bajando la mirada—. Me gustaría saber cómo la pasó antes de morir.

—Ya te digo, tranquila. Ni se quejaba. Se fue consumiendo como una vela.

—Pero siempre preguntando por ti —dijo Catalina, y añadió—. A los padres les hacen falta los hijos a esa hora. *Todos* los hijos.

—Yo hubiera dado cualquier cosa por venir —dijo Ana con voz ronca—. Pero ya ustedes saben que no pude.

—Sí, nos otros sabemos —dijo Catalina, y se levantó de la mesa—. A ver, ¿A cuál de ustedes dos le toca el fregado?

Las dos jovencitas se miraron entre sí.

—No, yo friego, yo friego. Por lo menos déjenme eso a mí.

—Dios me libre que te deje fregar. En mi casa *la visita* nunca friega. Y a estas dos les hace falta acostumbrarse, que ya ahorita están en edad de matrimonio.

—Ahora que me dices matrimonio, ¿por qué Ana María adelantó la fecha de la boda? En su última carta me dijo que se casaba en diciembre. Yo le traía su traje y todo, como ella me lo pidió, nuevo

de paquete, pero esa perra de la aduana no me lo dejó pasar.

—Nada, tú sabes cómo es la juventud de hoy en día —dijo Catalina, mirando de reojo a su marido—. Hoy piensan una cosa y mañana otra.

—Sí, tú sabes cómo es la juventud de hoy en día —repitió Germán, y añadió después de una pausa—. El caso es que la barriga ya se veía a una legua, y si esperamos a diciembre a lo mejor pare delante del notario.

—¡Germán, las niñas!

—¿Y tú crees que ellas no lo saben, idiota? A lo mejor se enteraron primero que tú. Estas son un par de zorritas; mírales, mírales las caras. Pero ya ellas saben a qué atenerse. A la hermana por poco le saco el muchacho a patadas, y la que me venga aquí con otra barriga la mato. Ya lo juré por los viejos, que en paz descansen.

—Anden, muchachitas, a fregar. El polvo de lavar se acabó, así que cojan ceniza del fogón.

—Yo traje jabón y también detergente. Me parece que eso no me lo quitaron.

—No, deja eso para tu ropa. Nosotros nos arreglamos con ceniza y arena todos los fines de mes, y ya mañana llegan las cosas a la tienda.

Cuando los tres se quedaron solos, Ana dijo:

—Germán, los tiempos cambian. Mis hijos también me dan dolores de cabeza. En el Norte las cosas son peores que aquí. Pero uno tiene que entender que ellos son distintos. Nosotros somos de otra época, nos criaron de otra forma.

—Yo no sé como tú criaste a tus hijos, pero a las tres mías yo las enseñé a andar derecho desde chiquitas. Y mira con la que esa me vino a salir. La culpa es de este maldito comunismo. En la beca no la enseñaron a maestra, sino a puta. Siempre se lo dije a esta mujer, que eso de tener a la muchacha en casa del carajo iba a parar mal. Mamá no te dejó salir de la casa hasta que no te casaste. Pero Catalina me echó tierra en los ojos, y mira las consecuencias. No sé cómo no me he muerto de vergüenza, porque Concordia completo se enteró.

—Sí, ahora yo soy la que paga el pato. Como si yo no hubiera querido lo mejor para ella.

—Sí, lo mejor, siempre lo mejor. Por eso mismo. Esto pasó por querer tirarse el peo más alto que el culo. Por querer dar el plante de tener una hija maestra. Tú no sabías ni firmar cuando te casaste

conmigo, pero eras una mujer decente. Y ni Regina ni Ana pasaron del sexto grado, pero por lo menos las dos fueron con el tareco enterito a la boda. Digo, eso creo yo.

—Germán, por favor —pidió Ana—, no me gusta oírte hablar así.

—Así es él, Ana. Ustedes los Hernández no tiene paz con nadie.

—Bueno, Catalina, tampoco te la cojas con la familia completa —dijo Ana—, yo nunca te he hecho nada a ti.

—Mejor no hablemos de eso. Viniste a pasarte una semana nada más, y quiero que te sientas como en tu casa. Lo pasado ya pasó. Así que está bueno ya de discusiones, y hazme el favor de comerte el postre. Estos casquitos de guayaba son los mejores que he hecho en no sé qué tiempo. Fíjate que les eché la cuota de azúcar del mes.

Luego los tres se sentaron en el portal a tomar el café, junto al jardín donde se exhibían los únicos objetos de lujo, recién estrenados, de varios kilómetros a la redonda: las rosas y gladiolos que recibían el cuidado continuo de Catalina. La madera del piso crujía, inoportuna, bajo el peso de los balances. Era la hora de la siesta, y el potrero reverberaba; sólo el vuelo de las moscas interrumpía la fijeza del aire, tórrido y denso. Catalina se abanicaba con una penca estampada con un palmar casi exacto al que se extendía frente a ellos —sólo que la débil claridad que iluminaba el dibujo evocaba el fresco del atardecer.

—Se acabó el ganado —dijo Ana— ¡Cómo ha cambiado esta finca!

—Se acabó el ganado y se acabó todo —dijo Germán—. Nada más quedan tres o cuatro vacas muertas de hambre que no dan casi ni leche. Y este año la sequía es peor que nunca. Hasta Dios se nos ha revirado.

—No metas a Dios en esto —dijo Catalina—. El no tiene la culpa de que esta tierra esté maldita. La culpa es de esta revolución.

—Eso sí es verdad. Pero así y todo, si esto se cae yo soy la primera que vuelvo. No crean que por allá todo es como lo pintan. No hay nada como la tierra de uno.

—Pero la dejaste.

—Qué remedio. Lo hice sobre todo por mis hijos. Pero muchas lágrimas que me ha costado.

—Hay quién dice que esto no dura mucho —dijo Germán—. Pero lo que soy yo, no creo que se caiga más nunca. Y si se cae, lo que viene es peor. Yo conozco a todos esos politiqueros que están

en Miami, y todos son una partida de hijos de puta. Nada, que este país se jodió, y punto.

Ana entró en la casa y regresó con un cigarro encendido.

—Antes no fumabas. Si mamá te viera.

—Ella lo entendería. Son los nervios. Allá la vida es muy agitada, yo siempre estoy a base de pastillas —y aspiró el cigarro con fuerza.

—Por la tarde te voy a hacer un arroz con pollo especial —dijo Catalina.

—No te preocupes por eso, boba. Seguro que Regina me va a obligar a comer en su casa. No sé cómo no se ha aparecido todavía. A lo mejor no tiene un caballo a mano, y se ha mandado a pie hasta acá. Son como tres leguas, ¿no?

Germán y Catalina guardaron silencio. Luego Germán, mecándose con fuerza en el balance, le dijo a Ana, evitando sus ojos:

—Mira, mi hermana, es mejor que te diga que Regina no va a venir, así que ni la esperes.

—¿Por qué es eso? ¿Está enferma? Yo sabía que algo...

—Tu hermana Regina está bien de salud. Es el hijo de perra del marido el que debía morir. Le dijo que si venía a verte no podía entrar más en la casa. Y que ninguna *gusana* se iba a parar en su puerta, ni aunque se lo pidiera el mismo Fidel.

—Pero eso no puede ser —dijo Ana—. Yo he venido de Estados Unidos para ver a mis dos hermanos. Ese hombre es un salvaje —y se echó a llorar.

—No te pongas así —dijo Catalina, y le pasó el brazo por los hombros—. Ya inventaremos algo para que se vean. Aunque te voy a ser sincera, ella también es buena pieza. Yo quiero que tú sepas que la enfermedad de la vieja Ramona me la disparé yo sola. No consideró que la que se estaba muriendo era su madre.

—Pero es mi hermana, Catalina, mi única hermana. Hace quince años que no la veo. ¿Qué le he hecho yo a ese hombre para que se porte así?

—Nada, que estos comunistas no entienden ni de familia ni de nada —dijo Catalina—. Y a ese guajiro bruto si lo ponen en cuatro come hierba.

—Un desgraciado, eso es lo que es. Envidioso y muerto de hambre de toda la vida. Se cree que porque ahora es jefe de zona, los tiene más grandes que nadie. Pero a ese lo agarro yo.

—Tú te estás tranquilo. Ese es un lío de él y de Regina. Tú no te metas. Allá ella si lo aguanta.

—Catalina tiene razón, Germán —dijo Ana, secándose las lágrimas—. Y, además, yo he venido para que la pasen bien conmigo, no para buscarles dolores de cabeza.

—Ay, hija, y gente que ver no te va a faltar, acuérdate que te lo digo —dijo Catalina—, ya verás que cuando se corra la voz que estás aquí, Concordia completo va a venir a esta casa. Hasta de Vertientes se van a aparecer.

—Sí, buscando un blúmer americano. Hasta un pedazo de caca americana te arrebatan de la mano. Pero fíjate, a mí no me interesa a quién le das lo que trajiste, porque lo tuyo es tuyo. Pero a la familia del mierda de mi yerno, no quiero que le des ni un pañuelito. Si hubiera sido por ellos, la muchacha se me queda soltera, con barriga y todo. Esas gentes son peores que las hienas.

—No, lo que yo traje, lo traje para mi familia. Y hablando de eso, quiero que te pruebes los zapatos que traje puestos, Catalina. Los otros de vestir me los quitaron en la aduana, pero por lo menos éstos te los quiero dejar. Yo pensaba dárselos a Regina, pero ya estoy viendo que tú eres la que te los mereces. No creas que son un par de zapatos cualquiera, los compré en *Burdines*, la tienda más cara de Miami. Le vas a dar envidia a todas las guajiras de Concordia.

—Ay, Ana, pero cuáles tú te vas a llevar puestos —protestó Catalina con una sonrisa.

—No te preocupes, yo me voy hasta descalza. ¿Para qué somos cuñadas?

Las dos mujeres se levantaron al mismo tiempo, con esa prisa femenina que se observa cuando hay prendas de vestir de por medio. Y Germán dijo mientras encendía el cabo de tabaco:

—Así que la tienda más cara de Miami. Lo que yo digo, ésta debe tener una guanaja echada en esa casa de Hialeah.

III

Desde el aeropuerto de Miami, sudada y ojerosa, y además inquieta por una súbita erupción en la piel, Ana llamó al trabajo de su esposo. Se negó a creerle a la recepcionista que José Manuel no se encontraba, y exigió hablar con el *manager* de la factoría, a quien ella conocía personalmente: una vez habían pasado una nochebuena juntos.

—¿Cómo es que mi marido no está trabajando? Son las tres de la tarde. No me vaya a decir que lo despidieron.

—No, señora, cómo usted va a pensar eso. Lo que pasa es que se tomó el día libre, me dijo que tenía que resolver unos asuntos. El pensaba que usted llegaba mañana.

—Ah, se tomó el día libre...

—El hombre tiene derecho a un descansito, ¿no? Bastante que trabaja.

—Sí, bastante trabaja. Bueno, gracias, yo llamaré a una de las muchachitas para que me recoja, o si no llamo un taxi. Saludos a su señora, *okay? Bye-bye* —y colgó con irritación.

En ese instante un negro americano se le acercó, mostrándole un reloj que traía escondido en la palma de la mano. Ana retrocedió asustada.

—*No money, no money* —dijo Ana, y marcó el número de su casa con dedos temblorosos.

Una hora más tarde, un *Chevette* marrón se detuvo frente a la puerta de Eastern, donde apabullada por los ruidos del tráfico Ana fumaba un cigarro tras otro. En su impaciencia apenas reconoció a sus dos hijas, que la saludaban desde el interior del vehículo.

—¿De quién es este carro? —preguntó alarmada— ¿A quién se lo pidieron?

—Monta, mami, y pon la maleta detrás del asiento —dijo Ivette, la mayor, sentada al timón—. Después te explico. Fíjate que tiene cuatro puertas, como a ti te gustan.

—Claro, como que a mí siempre me toca ir atrás —dijo Ana, después de los besos apresurados.

—Si aprendieras a manejar, pudieras ir adelante —dijo Lupe, la otra hija, pellizcando el brazo de Ana.

—Ni porque acabo de llegar de Cuba. ¡Qué mal las he criado a las dos!

—Y a Manolito, ¿dónde lo dejas? Pero él es tu niño lindo, todo lo que hace está bien hecho, hasta le...

—¿Cómo está ese muchacho? Estoy loca por verlo.

—Como siempre, muy ocupado con *sus amistades* —dijo Ivette—, hace dos días que no se aparece por casa.

—¿Todavía sigue saliendo con esa americana?

—¿Qué tú crees? Esa no lo suelta hasta que no le saque el último *penny*.

—Qué barbaridad, esa desgraciada no va a parar hasta no meterme al muchacho en las drogas.

—Pero mami, *for God's sake*, Manolito ya no es un *baby*, tiene veintidós años. Si él se quiere quedar *broke*, sin un centavo, *it's up to him*. Dime, ¿cómo la pasaste en Cuba? ¿Cómo está la familia?

—¿Es verdad que aquello está tan malo? Vienes que pareces un *ghost*, una fantasma.

—No voy a hablar de allá hasta que no me digan de quién es este carro. Seguro que lo compró el loco de Frank.

—Frank y yo nos peleamos —dijo Ivette—. Y este carro lo saqué yo de la agencia el lunes. Tú sabes que el *Camaro* ya no servía para nada, y lo dí de *down-payment* para sacar éste. Fue un buen *trade-in*, de verdad que sí.

—¿Un buen qué? —gritó Ana— ¿Te vas a meter en otro pago? ¿Con lo que pasaste para pagar el *Camaro*?

—Mami, por favor, eso es problema de Ivette, no tuyo. Ella es la que lo va a pagar, *right*? No empieces tan pronto con los *damned sermons*. *Jesus, she's a bore!*

—Anda, mami, dime cómo la pasarte, en vez de...

—Qué cosa, no puedo salir de mi casa ni una semana. José Manuel faltando al trabajo, la otra con una deuda nueva...

—Ah, ¿papá no fue a trabajar hoy?

—No, ese tiene que estar metido en casa de esa pelandruja, aprovechando que yo no estaba aquí —dijo Ana—. Seguro que ha estado metido allá toda la semana.

—Mami, qué lengua tienes. Deja a papá tranquilo.

—Sí, ustedes son las primeras que le tiran la toalla. Todo el mundo está contra mí.

—¿Qué le tiramos qué?

—La toalla, Lupe. *You know, that we don't tell on him*.

—Ay, mami, no seas pesada. Cuenta, ¿cómo anda tía Regina? Y casi no me acuerdo de nadie. Anda, vieja, cambia la cara, y cuéntanos de allá.

Ana encendió otro cigarro, mirando por la ventanilla el canal que corre junto a Okechobee Road, con su orilla llena de árboles y de casetas para picnic, donde, sin embargo, nadie se sienta nunca, ni siquiera a disfrutar la sombra en los días soleados. Una ciudad donde las personas sólo se mueven en el interior de los vehículos o de los edificios, como si el caminar al aire libre fuera un crimen, pensó Ana.

—Aquello es horrible. Lo que les cuente es poco. Y yo vengo hasta intoxicada, miren la erupción que tengo en los brazos. ¿Por qué no te fuiste por Poinciana, Ivette? Siempre coges los caminos más largos, como si la gasolina fuera gratis.

—Qué vieja tan protestona. Todavía no has dicho nada de la gente de allá. ¿Y las hijas de tío Germán? Deben tener la misma edad que nosotras.

—Sí, están grandísimas. Todos están bien, si es que alguien puede estar bien en Cuba. Pero con Regina no hablé hasta ayer, el marido no quería que me viera. Es un comunista fanático, un monstruo. Es mucho lo que tengo que contar, pero necesito descansar un poco, estoy que no puedo ni coordinar las ideas...

—¿Así que el tipo no quería que ella te viera? Eso es *depressing*.

—Qué mal me caen esas palabritas en inglés, Lupe.

—Quiero decir deprimente, mami.

—Tú no lo sabes bien. Hay que vivir en Cuba para darse cuenta. Pero ahora díganme ustedes de acá. Seguro que todavía no se ha pagado la renta de este mes.

—Nosotras no sabemos nada de eso. Papá es el que se encarga, tú sabes.

—Otro recargo este mes, ¡otro recargo! Ese viejo no sabe ni dónde tiene la cabeza. La de arriba, por supuesto.

—Pero mami, si él te ha extrañado mucho.

—Sí, me imagino. ¿Y en qué paró la novela de la televisión?

—¿Cuál, la de Rosa? Nada, ahora, Rosa salió en estado de Roberto. Pero todavía no se han casado.

—¿Ah, sí? La pobre, igual que Ana María. Parece que eso está de moda.

—¿Igual que quién?

—Nada, hija, historias de Cuba. Ya les contaré. ¿Y qué más hay de nuevo? ¿Por qué te peleaste con Frank, Ivette?

—Eso también te lo cuento yo después. Ah, ¿tú sabes quién salió en el periódico, en la Crónica Social? Nada menos que la hija de tu querida amiga Asunción.

—¿Esa arrastrada? ¿Y a santo de qué?

—Nada, que cumplió quince años. Y hay que ver todo el *bullshit* que pusieron con la foto.

—¿Todo el qué?

—Ay, toda la habladera de mierda, mami. Tú sabes como son los periódicos.

Al doblar por la calle setenta y cinco del West, se encontraron con dos autos de policía que habían detenido el tránsito. Las lámparas giratorias en sus techos, con sus destellos azules y rojos, resaltaban en la opaca claridad del atardecer. Un murmullo se extendía por la multitud de vecinos, que se agolpaban en las aceras observando cómo los policías registraban a tres jóvenes con un marcado tipo hispano. El contrapunto del español y el inglés le daba un aire de estúpida comedia al aspaviento. Ivette dijo:

—¡Miren eso! Otra vez ese delincuente de René metido en un lío.

—*He's a junkie, you know that* —dijo Lupe— *A goddam punk. I hate his guts.*

—Da marcha atrás y sigue por la Ocho —dijo Ana— ¡Qué vergüenza, ese muchacho! Siempre enredado con la policía. Cada vez que me acuerdo que una vez anduvo detrás de Lupe... Pero a ti nunca te gustó, ¿verdad, Lupe?

—¡Cállate, mami, no me busques! ¿Cómo me va a gustar ese cubano *repentío*? —y añadió en voz baja— *Fucking dopey.*

—¡Lupe! ¡Mire que esa palabrita yo sí me la sé!

—Está bueno ya de pleitos —dijo Ivette—. Mira, aquí estamos, *home sweet home*. Papá no ha llegado todavía, no veo la camioneta.

—Ni el carro de Manolito tampoco.

—No, a ese no le esperes hasta por la madrugada. Si es que viene.

—¡Qué cosa tan grande! Pero bueno, lo que será será. Yo voy a darme una ducha ahora mismo. Hace una semana que me estoy bañando echándome agua con una latica.

—No creo —dijo Lupe— ¿No había ducha allá? *Wow!* Pero entonces es verdad que Cuba *sucks*.

Ana se quitó los zapatos viejos de Catalina al bajarse del carro, y hundió sus pies en el césped empapado por la reciente lluvia. El perro, entre ladridos benignos, jugaba con la falda que Regina le había cambiado a su hermana por la suya minutos antes de la despedida. Ana, cruzando el jardín seguida por sus hijas, se sintió ligera por un instante.

—No hay nada como la casa de uno —murmuró mientras abría la puerta.

Pero al salir del baño, con el cabello envuelto en una toalla, recordó que no descansaría tranquila hasta que José Manuel no llegara, con su débil aroma de perfume ajeno. Ahora en el cuarto se respiraba un olor a limpio; la tenue oscuridad invitaba a acostarse, a olvidar. Pero para Ana ese día no había llegado a su fin. Descorrió

las cortinas para que entrara la luz, y con la seria intención de discutir con su marido, comenzó a maquillarse frente al brillante espejo.

El creyón de labios le supo rancio; la figura en el azogue la mirada alelada. Las cejas subrayaban una expresión hostil. Era inútil, pensó, empolvase, rehacer un rostro que más bien reclamaba sumergirse en la almohada. Detrás de la ventana, presintió de pronto, no había potreros, ni patios, ni calles, ni automóviles — Concordia y Hialeah eran la tierra de nadie. Ana recostó la cabeza al tocador, y poco a poco penetró en el único sitio que le pertenecía: el de su cuerpo protegido por el sueño.

LA FRANJA AZUL

a Alberto Rodríguez
y Luis Felipe Roca

I

No, señor, no me interesa el dinero que perdí. Bueno, yo pienso que nadie mejor que usted lo sabe. ¿Cuánto me dijo que me iba a cobrar por día? Está bien, le agradezco que me dé una tarifa especial. A la larga, incluso si recupero el televisor, cosa que dudo, esta historia me va a costar más de mil dólares. Pero a mí el dinero no me importa. Yo soy un escritor, ¿no se lo dije? O sea, yo necesito comer y vestirme como todo el mundo, además pago un apartamento y un auto, y por supuesto tengo también mis gustos: comprar libros y discos, ir al cine. Sí, ya sé lo que está pensando; no crea que no entiendo su sonrisa. Usted piensa que también tengo *otros gustos*. Pero lo que ocurrió el viernes pasado fue algo fuera de lo común. No piense que me estoy justificando, o dándomelas de santurrón. A mí no me disgusta la idea de pagar por el sexo, pero no estoy acostumbrado a hacerlo. Y algo como esto sólo le pasa a un amateur, por no decir a un imbécil. Un tipo de experiencia jamás hubiera hecho lo que hice yo; por lo menos en eso me dará la razón. Usted debe ser inteligente. En su oficio debe haber encontrado toda clase de bichos raros, ¿no? Espero que mi caso no sea de los más raros. Claro que tengo mis peculiaridades, pero es que yo soy escritor, ¿comprende? Los escritores somos peculiares.

Pero le hablaba del dinero. Yo no le tengo apego al dinero, se lo juro, ninguno. O sea, trabajo duro para ganarlo, porque me hace falta. Como le dije, tengo mis deudas, y también mis gustos. A los escritores nos gustan muchas cosas distintas. Un fabulista francés decía que somos los polífilos, es decir, los amantes de todas las cosas. Y para satisfacer mi polifilia, trabajo como un verdadero animal. No piense que mi trabajo es fácil. ¿Usted creyó que era un trabajo intelectual? No sea ingenuo. Yo no me gano la vida como escritor. Si me dedicara solamente a escribir, me hubiera muerto de hambre. Yo trabajo de noche en un almacén, manejando un maldito montacarga. Pero no me quejo. Trabajo de noche, escribo de día y

los viernes salgo a dar una vuelta: entro en un cine, visito un par de amigos. Vivo una vida tranquila: yo no consumo drogas ni bebo. Quizás algún día le explicaré por qué. En fin, lo importante es que no me interesa el dinero, aunque me cuesta bastante ganarlo. Se lo repito, no me interesan los 450 dólares que tuve que pagar por el televisor, ni tampoco pagarle su dinero para que me haga este trabajo. ¿Cuánto me dijo que era? Le agradezco que me dé una rebaja.

Ahora usted debe pensar que lo que busco entonces es venganza. Se ve que no me conoce en lo absoluto. Yo no soy un hombre vengativo, nunca le he hecho daño a nadie. Aunque le voy a ser sincero, en otra época le hice daño sin querer a dos o tres personas, pero fue más bien un daño emocional o mental. La ironía es que esas personas eran precisamente las que más me querían. Pero que conste, que el más perjudicado siempre fui yo. No me interrumpa, yo sé muy bien que usted no es un siquiátra, y no tengo por qué aburrirlo con estas confesiones. Pero creo que conviene que le dé ciertos detalles de mí.

O a lo mejor lo que necesito es hablar. En Cuba nadie habla por miedo, y ahora en este país, donde uno puede hablar lo que le dé la gana, a nadie le interesa escuchar. Por ejemplo, tengo amigos y amigas, pero ellos, a pesar de que me aprecian, no me dejan prácticamente hablar. Ellos también necesitan que alguien los escuche. Y entonces se desquitan conmigo —porque yo sé escuchar. Si por casualidad mientras están hablando trato de decir algo, desesperado por contar una trivialidad que me ocurrió, de inmediato ponen cara de aburrimiento. O se levantan para hacerme café. O encienden la radio o la televisión. O se tapan la boca para disimular un bostezo. Y todo eso me deprime tanto que prefiero escucharlos. Y hablan y hablan. ¡Si supiera la cantidad de historias que me cuentan! Por suerte yo soy escritor. Me sentiría feliz si pudiera contar la vigésima parte de todas sus historias. Pero la vida es demasiado corta, y cosas como éstas —me refiero a lo que me pasó el viernes por la noche, o para ser más exacto, lo que pasó después del viernes por la noche— acortan más la vida. Perdóneme si le sueno un poco melodramático. Los escritores tenemos ese defecto.

Como le decía, quiero que descarte la venganza. Yo sé que a usted no le interesan mis planes, sino que le pague su dinero. Sé que usted está por encima de los juicios morales. Fíjese que no pongo en entredicho sus principios, sino que me imagino que usted separa la

moral del trabajo. Hace muy bien. Los escritores —los genuinos— mezclan de alguna forma la moral y el trabajo, por eso nuestro oficio sólo trae sufrimiento. Yo no quiero ganarme su aprobación —sé que cuento de antemano con ella— sino explicarle qué me ha movido a pedirle que busque a esa mujer. Sé de sobra también que a usted no le interesan los porqués. De lo contrario se moriría del hambre, igual que si yo me dedicara solamente a escribir. Pero como a mí sí me interesan los porqués, y yo soy su cliente, y le voy a pagar su dinero hasta el último centavo, tiene que soportarme toda esta perorata. O sea, no *tiene*, porque aquí nadie puede obligar a nadie, por suerte para ambos, pero creo que *debe* —es más, yo le pido de favor que me oiga con paciencia.

Y ahora adivino lo que está pensando. Si mi interés no es recuperar el dinero del televisor, ni vengarme, quiere decir que lo que quiero es estar con la mujer de nuevo. Un loco enamorado, ¿verdad? Usted debe haber conocido a muchos, en su oficio esos casos deben ser frecuentes. A pesar de que nunca en mi vida la había visto, y que sólo estuve con ella unas tres horas, puede haber sido uno de esos flechazos de novela. Eso sucede, claro —quizás a mí me ocurrió alguna vez. Pero le juro que ese no es mi caso.

Usted sabe, señor, ¿cómo me dijo usted que se llamaba? Siempre me acuerdo de los nombres, pero hoy tengo un día malo, francamente malo. Claro, Homero. ¡Homero! No sé cómo he podido olvidarlo. Un nombre así no se olvida. Usted debe saber que Homero, el poeta griego, fue el primer escritor de Occidente. Si no hubiera existido tal vez yo no sería escritor —lo que sin duda sería una gran suerte. ¿Usted sabe que según la leyenda Homero era ciego? El no hubiera podido ser como usted, un *private eye*. ¿No es así como le dicen en inglés a los detectives?

Lo que quería decirle, Homero, es que los escritores somos tipos complejos. Complejos y con complejos, por supuesto. Detrás de este asunto de la literatura hay un problema de ego. Espero que sepa a lo que me refiero. Claro, todos los seres humanos tienen ego, y complejos de superioridad e inferioridad, pero en el caso de los escritores este fenómeno llega a ser aberrante. Por ejemplo, el sábado por la tarde, cuando la policía fue a buscarme a mi casa y me contó la historia del televisor, sufrí lo que mi ex suegra calificaba de postración nerviosa —no por el dinero que debía pagar al dueño del motel, ni por verme acusado, sino porque mi ego se me hizo pedazos. Pero no quiero abusar de su paciencia. *Time is money*, es el

lema nacional. Por supuesto que no estoy de acuerdo, pero ya bastante que hice en Cuba el papel de disidente.

Usted quiere que le dé datos, hechos. Hace bien. Lo felicito. Ojalá yo fuera igual. Pero tengo una tendencia innata a complicarlo todo. Quizás por eso me he metido en este embrollo, sin que me importe el tiempo ni el dinero. Claro que esa no fue mi intención inicial. Yo quería... una aventura, ¿comprende? Pero a la vez quería más: quería demostrarme algo de suma importancia a mí mismo. Aparte de que tenía otras razones obvias: no soy casado, y hace seis meses me separé de la que era mi amante. Separar es un verbo muy débil para describir la manera en que decidimos no volver a vernos jamás, y que olvidando todo vestigio de elegancia verbal (y de decencia) nos insultamos durante una semana antes de despedirnos deseándonos mutuamente la muerte. Pero no viene al caso. El viernes por la noche yo necesitaba un contacto sexual, pero también una reafirmación; como ve, todo parte de un problema del ego. Y así fue como bañado, perfumado, antes de comenzar mi única noche libre en toda la semana, me decidí a tentar la suerte. Thomas Mann tiene una frase para definir este tipo de impulso: experimentar al azar. ¿Usted no ha leído *La Montaña Mágica*? El lo dice en latín: *sortem experiri*. Salí de mi casa en el auto sobre las once de la noche; en la radio Barry Manilow cantaba una vieja melodía de amor; las luces de los autos, de los semáforos, de los anuncios de neón iluminaban las anchas avenidas; mi propio perfume (Obsession For Men) me intoxicaba, y de pronto me dije: *sortem experiri*. Entré en una farmacia, amparado por unas gafas oscuras, compré un flamante paquete de preservativos (esos objetos que definen nuestra terrible época) y me dirigí a la calle Biscayne. Desde hacía varios años no recorría la calle Biscayne, al menos, no con esas intenciones. Desde que dejé de beber en el año 83 —porque quiero confesarle, Homero, que durante mucho tiempo fui un borracho perdido— no me paseaba por allí un viernes por la noche.

El resto ya lo sabe, incluso lo ha anotado, y no veo por qué tengo que contárselo otra vez. Quizás usted piensa que he omitido un detalle importante: lo dudo. Yo soy muy quisquilloso con los detalles. Yo soy un escritor, recuerde. Perdón que lo repita tanto: es que yo mismo a veces no lo creo. Cuando un escritor llega a cierta edad y no ha podido publicar siquiera un puñetero libro, empieza a dudar si es escritor o no. En realidad, no lo repito por usted, sino que me lo repito en alta voz a mí mismo.

Ya le dije cómo encontré a la mujer. Yo no hubiera tenido valor de detener el auto aunque ella me hubiera hecho señas. Yo soy un hombre tímido, cobarde, un verdadero pendejo. Aunque no siempre: soy capaz de ir a la cárcel por decir y escribir lo que pienso, como me ocurrió en Cuba, pero no de detener el carro para subir a una prostituta. Así soy yo. Un tipo muy complejo. El caso es que la muchacha estaba frente a una de esas tiendecitas que le dicen *convenience stores*, y en realidad todo me pareció muy conveniente. Bajé a comprar una caja de cigarros y cuando salí ella me pidió fuego. Por su forma de hablar me di cuenta de que era cubana, y me dije: ésta es la oportunidad. Porque uno de mis problemas es que no me puedo acostar con una mujer si no es cubana, ¿qué le parece? Y después de conversar un rato, me di cuenta que no sólo era cubana, sino también *marielita*. Y me dije: ésta es la tuya de verdad. Porque mi mayor problema no es sólo que no me puedo acostar con una mujer si no es cubana, sino que tampoco puedo hacerlo si no es cubana y *marielita*. Usted se preguntará por qué. Déjeme decirle, he analizado mucho este asunto, y he llegado a la conclusión de que detrás de las relaciones sexuales yo busco una comunicación, y aún más, una identificación, y por eso tengo que acostarme con una *marielita*, que es alguien que de alguna forma ha compartido mi pasado, que ha sufrido mis traumas, que entiende mi lenguaje, y no me refiero por supuesto al español, ni siquiera al cubano, sino a algo más abstracto, un lenguaje de señas, una telepatía. Pero a veces me digo que esas explicaciones no son más que lo que Hegel llamaba *la astucia de la razón*; en realidad sólo puedo acostarme con una *marielita* porque en el fondo tengo un complejo de inferioridad, y creo que sólo alguien que ha vivido mis propias experiencias puede aceptarme como soy, con todos mis defectos y mis taras. Como le he estado diciendo, todo parte de un problema del ego. ¿Usted cree que exagero? Puede ser. Los escritores somos exagerados.

Marielita y todo, la mujer era una profesional. Me dijo que se llamaba Susana. Susy, ¿comprende? Con variante en inglés y todo, para comodidad de los clientes norteamericanos. Ya se la describí: alrededor de los veintiocho años, buen cuerpo, pelo castaño corto, ojos pardos, labios finos, dientes perfectos. Me cobró treinta dólares. Me dijo que era un *especial*, que su tarifa oscilaba entre setenta y cien, pero que yo le había resultado simpático, y que además, yo había venido de Cuba por el puerto del Mariel, como ella. ¿Usted ve

lo que digo? Pero en fin, yo a veces también soy un hombre de gran suerte. Usted mismo me ha dado una rebaja de casi un cincuenta por ciento. Y no es que intente comparar su oficio con el de Susy, no me interprete mal: yo siento un gran respeto por los investigadores privados. Sam Spade, el detective de Dashiell Hammett, es uno de mis ídolos.

Susana escogió el motel. Por eso me parece extraño que hiciera lo que hizo, ¿no cree? Claro que yo fui el que se presentó en la oficina (ella quiso esperarme en el auto), el que mostró su licencia, y mi nombre y mi dirección fueron las que el empleado anotó. El resto ya lo sabe. No sé si le expliqué que fueron las tres horas mejores que pasé en los últimos años. Cinco veces en tres horas, ¿usted me entiende, Homero? Usted sabe de esas cosas, y ya yo no soy un adolescente. Se lo juro, no soy un fanfarrón, ni me gusta impresionar con alardes o con fantasías. Yo soy un escritor. Cinco veces, y creo que hubiera podido seguir toda la noche. Ojalá lo hubiera hecho, y ahora no tendría que estar haciendo el cuento. Déjeme decirle, incluso las tres primeras veces fueron seguidas, y eso se dice fácil, pero en la práctica no es cosa muy frecuente. Usted sabe a lo que me refiero. No se lo digo por vanidad, sino porque eso me entusiasma, ¿comprende? Y el entusiasmo provoca confianza y también irresponsabilidad. Yo soy un depresivo, pero de pronto me vuelvo un entusiasta. Esto es muy importante, si quiere comprender los vericuetos de mi personalidad.

Aunque quizás eso del entusiasmo no es más que otra "astucia de la razón". Usted debe haber leído a Hegel, o por lo menos sabe quién es, ¿no? Un genio, el hombre. Uno le perdona que haya sido el padre del marxismo. Pero no se preocupe, no voy a hablar de política. Yo estoy de política hasta la coronilla. Usted es cubano, usted debe entenderme. Perdóneme si su punto de vista es otro. Recuerde que yo soy su cliente, y además, usted parece un hombre comprensivo.

Le menciono "la astucia de la razón" porque a lo mejor le cuento lo de las cinco veces por pura vanidad, y la disfrazo con mi teoría del entusiasmo y la irresponsabilidad. A lo mejor en el fondo se lo digo por ego, por puro ego. ¿No le expliqué que todo parte de allí? Los escritores... pero en fin, no quiero repetírle lo mismo.

No sé si le hablé del televisor. Es absurdo hablar de un televisor en estas circunstancias, pero ya ve, el televisor resultó a la larga el personaje principal de esta historia. La ironía es que yo odio con

todas mis fuerzas la televisión. Yo soy una de las pocas personas en Estados Unidos que no tiene un televisor. Tal vez la única. Cuando dejé de beber, me dije a mí mismo: "O eres escritor, o tienes televisor". Con rima y todo. Y como yo soy escritor, regalé el aparato. Porque el televisor hipnotiza, estupidiza, imbeciliza. Perdóneme si a usted le gusta la televisión. Es lógico que le guste. Quizás los escritores estamos celosos de la televisión, porque la gente prefiere mirar televisión a leer un libro. Quizás sea un problema de celos y de envidia. Y hablo de estupidización para ocultarlo. Allí tiene otra vez "la astucia de la razón". ¿Se da cuenta porque admiro a Hegel?

Pero este televisor del cuarto del motel era algo ineludible. Estaba allí, frente a la cama, gigantesco, en colores. Susana lo prendió tan pronto entramos y luego se negó a apagarlo. Yo me resigné rápido, porque ella puso un canal con películas pornográficas —un canal especial, un cebo del motel para atraer a los degenerados. El televisor, a pesar de lucir como nuevo, tenía un grave defecto: una franja azul a veces cruzaba la pantalla y distorsionaba la imagen. Algo muy molesto, sobre todo en un caso como éste, con imágenes dignas de verse con la mayor claridad. Susana trató de arreglarlo varias veces, pero siempre ocurría lo mismo: cuando las imágenes volvían a adquirir precisión, y los colores se veían espléndidos, y hasta un hombre como yo, que detesta la televisión, disfrutaba a plenitud mirando, la franja azul comenzaba a formarse en la parte inferior de la pantalla, luego se ensanchaba y se movía hacia arriba, deformándolo todo. Por suerte teníamos otras cosas que hacer, aparte de mirar la televisión. ¡Y qué cosas! La mujer era un trompo, un potro sin domar, un rehilete. Y yo, modestia aparte, estuve a la altura de las circunstancias, quizás por primera vez en mi vida. Porque me da vergüenza decírselo, Homero, pero yo he sido una especie de retardado sexual. A los escritores a veces nos pasa eso. El ejemplo más claro es Dostoievsky, uno de los escritores más grandes del mundo, quizás el más grande de todos. Se dice que él no empezó a gozar de sus relaciones sexuales hasta después de los cuarenta. Yo al menos me le adelanté en cuatro años.

Quizás, por sentirme tan satisfecho de mí mismo fue que caí en la trampa. Porque no podía quedarme toda la noche, y la habitación no había que entregarla hasta las once de la mañana. Susana sabía que no me podía quedar, eso fue lo primero que le dije. Yo vivo solo con mi madre, una anciana enferma, y a ella le da miedo pasarse toda la noche sola. Soy hijo único, ¿me entiende? y tengo una

dependencia emocional de ella, lo que los siquiátras llaman un complejo de Edipo, que era a la vez un monarca de la antigua Grecia, con una historia horrenda que prefiero no contarle ahora, si es que usted no la sabe, para no deprimirlo todavía más. El caso es que yo, un Edipo moderno, decidí volver a mi palacio antes que amaneciera, feliz por haberlo logrado cinco veces. Homero, usted debería interesarse un poco más en la literatura: eso lo ayudaría en su trabajo.

Le dije a Susana: "Mi amor, me quedaría toda la noche, pero me tengo que ir". Claro que no le dije nada de mi mamá, para que no fuera a pensar que soy un tipo flojo, de esos que aquí le dicen "mamma's boy". Aunque después de las cinco veces, no creo que ella pensara que soy un tipo flojo. Pero por si acaso no le dije nada. Me imagino que ella pensó que era un hombre casado. Entonces, con el rostro más inocente y la voz más dulce del mundo, me dijo: "Mi vida, ¿me puedo quedar a dormir aquí? Vivo con unas amigas y hoy viernes por la noche aquello es un desastre, gente entrando y saliendo todo el tiempo. Y yo estoy tan cansada... Me has dejado muerta, mi cielo" (Esto último me lo dijo guiñándome un ojo, ¿comprende? La zorra apeló a mi ego, ¿usted ve lo que le digo?) "Yo entrego la llave en la oficina antes de irme", añadió, "Pienso dormir hasta las diez".

Ahora dígame, Homero, ¿qué hubiera hecho usted en mi lugar? No tenía ninguna excusa para negarme. A no ser que le dijera: "Mira, Susana, no puedo dejarte aquí, porque si te robas algo —por ejemplo, este televisor— me lo van a reclamar a mí, ya que tienen mi nombre y mi dirección". Por supuesto, no podía decirle eso; es más, ni siquiera pensé que ella pudiera hacerlo. Por eso me sorprendió tanto cuando la policía llegó el sábado por la tarde a mi casa, con la denuncia del dueño del motel. ¡Qué tipo tan hijo de puta! Lo primero que me dijo cuando me vio fue: "O me traes el televisor, o me pagas 450 dólares, o vas preso". ¿Se da cuenta, 450 dólares por un televisor defectuoso? Pero ni discutí, le hice un cheque allí mismo. Como le dije, para mí el dinero no significa nada. Fíjese que ahora estoy dispuesto a pagarle para que me busque a la mujer. Porque déjeme decirle, se la tragó la tierra. Llevo cuatro días y cuatro noches buscándola por todo Miami. Pedí incluso una semana de permiso en mi trabajo, de permiso sin pago. Pero a mí me da lo mismo el dinero. Se trata, sobre todo, de un problema del ego. ¿Cuánto me dijo que me iba a cobrar por su

investigación? Sí, ya me dijo que me iba a dar una buena rebaja, pero yo no soy rico, y esa cantidad que usted pide me parece alarmante. Es más, no creo que pueda reunir esa cifra. Usted debe entenderme, hasta los escritores nos vemos obligados a veces a regatear un precio, porque después de todo, vivimos en un mundo de rapiña. "It's a jungle out there", dicen aquí. No una selva, diría yo, sino una guerra a muerte donde el escritor debe tomar de vez en vez las armas, si no quiere desaparecer.

II

Miami, Enero 27

Mi querida Gertrudis:

Estoy seguro que te acuerdas de mí. Yo soy el hombre que hace cuatro meses se pasó contigo tres horas en un motel de Miami. O sea, sé que esto no te dice nada, porque debes haberte pasado muchas horas con muchos hombres en muchos moteles de Miami. Quizás si te digo que hicimos *aquello* cinco veces durante las tres horas, tengo más chance de que adivines quién soy. Pero a lo mejor has estado con otros hombres que lo han hecho cinco veces —tal vez incluso más— en tres horas. En este país hay tantas vitaminas, pastillas estimulantes, hormonas y de cuanto puede haber, que quizás eso pasa con frecuencia. Me molestaría saber que es así, porque yo voy a recordar esas tres horas por el resto de mi vida, y no es justo que para ti haya sido una noche como otra cualquiera. En fin, si te digo que estoy seguro que te acuerdas de mí, es porque yo soy el hombre del televisor.

¡Qué horrible suena eso, el hombre del televisor! Es horrible, porque da la casualidad que yo detesto la televisión. No voy a explicarte por qué, ya que me tomaría demasiado tiempo, y calculo que con las exigencias de tu oficio no dispones de mucho, pero sólo te diré que tiene que ver con mi vocación. Yo soy escritor, ¿no te lo dije? Tal vez por eso me he decidido a escribirte esta carta.

Lamento que te hayas mudado para New Jersey. Si sigues trabajando en lo mismo, me imagino que el frío debe ser un obstáculo. Y tú no estás acostumbrada a ese clima. No te imagino frente a un *convenience store* bajo la nieve. Además, no creo que aparezcan muchos clientes con esa temperatura tan cruel.

Otra cosa que lamento es que no me hayas dicho tu verdadero

nombre. Susana jamás podrá estar a la altura de Gertrudis. Tienes el nombre de la poetisa más grande que dio Cuba, Gertrudis Gómez de Avellaneda. Aparte de la poesía, parece ser que ella se dedicaba también a una labor semejante a la tuya, claro que a su manera, y con las limitaciones propias de su condición social y su época. Y si lo que te preocupa es la traducción de tu nombre al inglés, porque sé que debes tener en cuenta a tus *customers* norteamericanos, quiero decirte que Gertrude suena fenomenal. Es más, tienes el nombre de una de las escritoras más grandes que ha dado este país: Gertrude Stein. Es cierto que la señorita Stein tenía inclinaciones distintas a las tuyas, y prefería lo que algunos llaman los placeres de Safo, pero no bromeo si te aseguro que este asunto de la literatura está ligado, muy pero muy ligado, a tu audaz profesión. Yo sé lo que te digo, yo soy escritor. El escribir lo que uno piensa y siente, el poner de algún modo la vida de uno sobre el papel, sin pudor ni vergüenza, es también una forma de venderse, y lo que viene a ser peor, los escritores no sólo vendemos nuestro cuerpo en el sentido de la dedicación, sino también la mente, los secretos, el alma. No es una profesión, sino una enfermedad. Te lo juro, si uno compara un oficio con otro, el tuyo tiene más ventajas, y no me refiero solamente a la parte económica.

Ya que menciono la parte económica, también te reprocho tu falta de sinceridad. Si lo que necesitabas era dinero para mudarte a New Jersey —eso fue lo que me dijo tu abuelita, a quien con gran pesar tuve que contarle la historia completa, claro que sin entrar en detalles, y quien además tuvo la amabilidad de darme tu dirección y tu nombre correcto— no tenías que haber hecho lo que hiciste. Parece mentira, un televisor defectuoso. Porque recordarás que a cada rato una franja azul estropeaba la imagen. Me imagino que lo debes haber vendido, cuando más, en cien dólares. Yo te hubiera dado esa cantidad si me la hubieras pedido. Si te dijera cuánto me ha costado esta historia del televisor, pensarías que te miento. Baste decir que si voy a sumar todos los gastos, el total alcanza para dar cinco viajes a New Jersey en avión, ida y vuelta.

No me interpretes mal: a mí no me interesa el dinero. Los escritores por lo general no tenemos una idea precisa del valor de las cosas. Es la acción, si se quiere, lo que me afecta. Esto tiene que ver con un problema del *ego*, una palabra latina que quiere decir *yo*. Lo que quiero decirte es que este asunto ha afectado a mi *yo*. Pero si digo *yo* no suena exactamente igual a si yo digo *ego*. Los cristianos

primitivos tenían un *yo*, pero no tenían *ego*. Aunque claro, los cristianos primitivos que vivían en Roma y hablaban latín, tenían obligatoriamente un *ego*, porque así es como se dice *yo* en latín. Pero no era un *ego-ego*, sino un *ego* que quería decir *yo*, sin otras consecuencias. Es lo que llaman una diferencia semántica.

En fin, Susana, o mejor dicho, Gertrudis, yo quisiera encontrar-me contigo otra vez. Quisiera serte franco, no es que esté enamorado de ti, mucho menos quiero pedirte cuentas por el robo. Deseo estar contigo otras tres horas, tal vez cuatro. Se trata también de este problema del que te hablaba (o sea, el problema del E.) Si no me entiendes, no importa.

Te envío mi dirección y mi teléfono. Tu abuelita me dijo que pensabas pasarte unos días en Miami. Espero que me avises sin falta. No te arrepentirás.

Te quiere y te recuerda,

C. (El hombre del televisor)

III

Padre, perdóneme, pero hace tanto tiempo que no me confieso que se me ha olvidado lo que uno dice primero. Espere un segundo, no me lo diga. Tengo muy buena memoria, ¿sabe? Yo soy escritor, y el escritor que no tiene buena memoria está perdido. Lo que pasa es que estoy un poco nervioso, y además agotado. Esa caja que traje pesa tanto que casi no puedo respirar. ¿Está bien allí donde la puse, arriba de ese banco? Allí no creo que le moleste a nadie, y por lo visto a esta hora no hay misa. No se preocupe, lo que traigo en esa caja es un televisor. Quiero donarlo a la iglesia, si es que usted me lo acepta.

Ya me acordé. Yo digo: *Ave María Purísima*. Usted dice: *Sin pecado concebida*. Y entonces yo debe decir el tiempo que hace que no me confieso. Me da una vergüenza terrible, padre, pero hace más de veinticinco años que no lo hago. Ni siquiera puedo recordar qué edad tenía. Pero no se asuste, no le voy a contar todos los pecados que he cometido desde entonces, sería como leerle en voz alta los siete tomos de *En Busca del Tiempo Perdido*. Espero que a usted le guste la literatura, ¿no, padre? El sacerdote y el escritor tienen en algo en común: ambos aspiran a la redención. Claro que ustedes

llegan a ella *virtute, non verbis*. Por la virtud y no por las palabras. Yo estudié un poco de latín en la universidad. ¿Cómo se diría en latín *por las palabras, y no por la virtud*? A mí siempre me han confundido las declinaciones.

Para entrar en materia, le diré que mi pecado principal es el de Lucifer: la soberbia. Claro que he pagado muy caro esta debilidad. Para hablarle en términos concretos, porque soy un hombre con una incurable tendencia a la abstracción, y quisiera superar esa falla, mi último acto de soberbia me costó más de mil dólares. Solamente ese televisor, que forma parte de ese acto, me costó 450 dólares. El televisor, déjeme ser sincero, no vale esa cantidad, porque tiene un defecto: a veces una franja azul cruza la pantalla y deforma los colores y la imagen. Hay momentos en que se ve nítido, radiante, con una visión perfecta y unos colores precisos. Pero cuando uno menos lo espera llega la franja azul y lo echa a perder todo. Espero que el arreglo no le cueste demasiado, e incluso quizás usted tiene algún técnico de televisores entre los fieles de la parroquia que se lo haga de gratis. Yo creo que ese debe ser uno de los oficios más comunes en Estados Unidos, porque aquí todo el mundo tiene un televisor.

Todo el mundo menos yo. Porque ese televisor, a pesar de que ando con él auestas, no es mi televisor. O sea, pagué por él, mejor dicho, me obligaron a pagar por él, pero no es mío. Ese televisor pertenece a mi ego, y yo estoy tratando de librarme de mi ego. Por eso estoy aquí, padre. Para que usted me ayude a destruir mi ego. Además, regalar algo que me costó 450 dólares puede ser también un acto de caridad. Y la caridad es la llave. Así decía Rimbaud. Usted por supuesto sabe quién es Rimbaud. Usted es un hombre que ha estudiado. No sabe qué placer es para mí conversar con alguien como usted, aunque me perdona si soy yo solo el que hablo.

Déjeme decirle, Rimbaud es el escritor más soberbio en la historia de la literatura. El ego de Rimbaud, ese sí que era un ego. Sin embargo, fue él quien dijo: la caridad es la llave. Pero parece que nunca pudo encontrarla, y se quedó afuera. Usted sabe la vida tan terrible que vivió, y la muerte tan terrible que tuvo. Aunque dicen que al final se arrepintió de todos sus errores y murió en paz. Eso lo dijo su hermana Isabel, que era la única persona que él amaba, y que además era católica como usted.

Claro que sé que regalar un televisor no me va a dar la llave de la caridad. Usted sabe lo que dijo el apóstol Pablo sobre la caridad.

"Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta". Suena prácticamente inalcanzable, ¿no? Pero regalar un televisor puede ser el comienzo. Por algo hay que empezar, pienso yo.

La persona que me devolvió este televisor —porque aunque el televisor no era mío, me lo devolvieron; es una historia larga de contar— lo hizo porque según ella "yo era un infeliz y un atronado". ¡Qué golpe para mi ego! Se llama Susana, o Gertrudis, para el caso es lo mismo. Vive en New Jersey, dedicada a un oficio muy parecido al de escritor, sólo que mejor remunerado. Pero hace poco estuvo de visita en Miami. Ella vivía aquí cuando la conocí, pero de pronto decidió mudarse. Las mujeres son así. Para serle franco, se mudó para New Jersey al otro día de haberme conocido. Espero que esa decisión no haya tenido que ver conmigo; de lo contrario, sería otro golpe para mi ego. Pero no, no voy a pensar que se mudó por mi causa, porque eso sería otro vericuetito de mi ego: pensar que una mujer se muda de una ciudad porque me conoció. Esa sería una forma de creermi importante, aunque fuera en sentido negativo. El ego es engañoso, está dominado por lo que Hegel llamaba "la astucia de la razón". Usted debe haber leído a Hegel, ¿no, padre? Es verdad que en cierto sentido fue un ateo, pero no se le puede negar el mérito de la genialidad. Yo soy un hombre que admira la inteligencia.

Volviendo a esta mujer: me llamó hace dos semanas por teléfono y me dijo: "¿Quién habla, C.?", y yo digo "Sí, habla C.". Y ella me dice: "¿C., el hombre del televisor?" Y de inmediato supe que era ella. Porque hay una sola persona en el mundo que sabe que soy el hombre del televisor, y es ella. Y le dije: "¿Eres tú, Gertrudis?" y ella me contestó: "Yo no me llamo Gertrudis, yo me llamo Susana. A mí no me importa cuántas escritoras se llamen Gertrudis. El nombre mío es Susana. Su-sa-na". Y yo, en un tono muy conciliatorio, le dije: "Está bien, Susana. Susy, no sabes lo feliz que me hace tú llamada. ¿Cuándo te puedo ver?" Ella me dijo: "No me puedes ver, porque dentro de una hora salgo para New Jersey. Pero te voy a dar la dirección de una amiga mía para que pases a recoger el televisor". Yo le iba a decir que no quería el televisor —y era verdad: yo detesto la televisión— pero pensé que la única forma de verla era seguirle la corriente y anotar la dirección de la amiga, con la esperanza de que ella estuviera allí todavía cuando yo pasara.

Pero no estaba. Sin embargo, la amiga me dio el televisor. Ese mismo que está allí en esa caja, encima de ese banco. Susy no me

dejó ni siquiera una nota. La amiga me dijo: "Susana me dijo que te entregara el televisor, dice que es tuyo. Ella lo trajo para acá el mismo día que se mudó para New Jersey y me pidió que se lo guardara, pero ahora cuando vino de visita me dijo que si tú venías a buscarlo te lo diera". "¿Qué más le dijo?", pregunté, y en realidad no debía haber preguntado nada. "¿Qué más me dijo?", me espetó la mujer, y usted debería haber visto su cara. "Pues chico, me dijo que tú eras un infeliz y un atronado". ¡Un infeliz y un atronado! ¿Se da cuenta, padre, qué golpe para mi ego? Pero ese es el último de una larga serie de golpes, y la mayoría de ellos tiene que ver con este televisor. Sin embargo, yo insistí, porque el ego es muy obstinado. "Pero ella debe haberle dicho otra cosa", sugerí. Y ella me contestó, impaciente: "Pues no, no me dijo más nada". "Yo pensaba que Susy había vendido el televisor", le dije. "No, hombre, no", me dijo ella. "¿Quién carajo va a comprar esa mierda?". Así mismo, padre. Un televisor por el que pagué casi 500 dólares. Pero a mí el dinero me da igual. Volví a insistir: "¿Está segura que no le dijo más nada de mí?". Y me dijo: "Ya te dije que nada, viejo. Tú seguro que también viniste por el Mariel, ¿verdad?". ¡Otro golpe para mi ego! Allí mismo me di por vencido. En realidad, padre, lo que yo estaba esperando es que aquella mujer me dijera: "Sí, Susy me dijo también que tú lo habías hecho cinco veces en tres horas". Porque el ego siempre está buscando reconocimiento.

Déjeme explicarle, padre, qué quiere decir eso de las cinco veces. Espero que no me lo tome a mal, porque a fin de cuentas esto es una confesión. Todo empezó con una frase en latín de Thomas Mann: *sortem experiri*. Una de las pruebas del buen gusto de la iglesia católica es su veneración por el latín. El caso es que un viernes por la noche, hace ya varios meses, yo decidí *sortem experiri*, y me fui a la calle Biscayne. Usted está familiarizado con el pecado, padre, de tanto escuchar historias de pecadores: usted debe saber a qué yo fui a la calle Biscayne. Ahora bien, no quiero que me tome por un vicioso o un degenerado. Es cierto que durante muchos años fui un borracho perdido, y aprovecho para confesárselo así, de pasada, aunque ya nunca bebo. En Cuba me emborrachaba y me quedaba dormido en las aceras, y la policía me llevaba a veces a dormir al calabozo. Pero no bebía por vicio, sino porque quería huir de mí mismo y también de las personas que amaba. Bebiendo huía de Cuba, del gobierno, de mi familia, de la literatura —pero sobre todo huía de mí mismo y de las personas que amaba. ¿Usted me entien-

de, padre? Era una enfermedad del ego. Y ese viernes por la noche fue el ego, no fui yo, el que dijo: *sortem experiri*. Fue el ego el que me llevó a Biscayne, donde conocí a esta mujer que se llama Gertrudis o Susana —para el caso es lo mismo. Y ella me llevó a un motel.

Yo no sé, padre, si usted ha estado alguna vez en un motel. O sea, no se ofenda, yo sé que usted no ha estado en un motel en la circunstancia que estuve yo. Este era un motel con pretensiones, un motel casi de lujo, con un techo de espejos y una cama de agua. Una *waterbed*, ¿comprende, padre? No sé si usted alguna vez se ha acostado en una *waterbed*, pero al menos debe haberlas visto anunciadas en la televisión, a no ser que usted sea como yo, que detesto la televisión. También había, por cierto, un televisor frente a la cama —ese mismo televisor que está adentro de esa caja, allí, sobre ese banco.

Susana y yo nos acostamos en la cama de agua y nos pusimos a mirar la televisión, porque estaban dando un programa bastante interesante. No le voy a explicar qué tipo de programa, padre, pero cuando digo que un programa de televisión es interesante, es porque es interesante de verdad. Pero el televisor tenía un defecto, una franja azul, ¿no se lo dije, padre? y nosotros nos dedicamos a hacer otra cosa. Y *esa cosa* la hicimos cinco veces, ¿ya me entiende, padre? La hicimos cinco veces en tres horas.

Ahora bien, yo sé que usted no sabe demasiado de eso, padre, pero cinco veces en tres horas es prácticamente un récord. Al menos para mí. Y eso a pesar de que el movimiento de la cama de agua me ponía muy nervioso, y más nervioso me ponía el techo de espejos, que por todos los medios evitaba mirar, porque si por casualidad me detenía a observar cómo lucía desnudo, no llego, no digo yo a cinco, ni siquiera a una vez. Porque yo padezco de lo que en inglés llaman un *low self-esteem*, es decir, un concepto muy pobre de mí mismo. Un asunto del ego, ¿ve lo que le digo, padre? Pero me las arreglé para mirarme de reojo nada más, así, como quien no quiere las cosas, tal vez un par de veces, y me dediqué a mirar a Susana, que en realidad sí era algo que valía la pena mirar. Y así fue como llegué a la quinta ronda. Y mi ego estaba a punto de estallar de gozo.

Pero fíjese, padre, el ego es insaciable: yo estaba contentísimo con las cinco veces, y más porque las tres primeras fueron una detrás de otra, casi sin pausa —en fin, no quiero entrar en detalles técnicos, pero resultó algo así como una proeza— y, sin embargo,

yo comencé a querer otra cosa, esto es, que mi virilidad fuera más desarrollada. No es que yo sea un *subdesarrollado*, padre, pero soy un hombre normal, lo que en inglés llaman *average*, y con una mujer como Gertrudis el *average* a veces no resulta suficiente. Y entonces mi ego comenzó a sufrir de nuevo. Pero allí apareció "la astucia de la razón" y me puse a pensar que la cantidad no importa, sino la calidad. Y que el hombre puede ser derrotado pero no vencido. Y que el revés hay que convertirlo en victoria. Frases de esas. Y al final puedo decirle que esas han sido las tres horas más felices de mis últimos años.

Claro que no contaba con el problema del televisor. Mire, padre, yo no quiero contarle qué pasó con el televisor: eso es secundario. Gertrudis desapareció y el televisor desapareció, y tuve que pagarle a un detective para que descubriera dónde estaba Susana, y al fin por medio de él conseguí la dirección de su abuelita, que a su vez me ayudó a ponerme en contacto con ella. No porque me interesara el televisor, por el que tuve que pagar casi 500 dólares, ni tampoco, y eso es lo más difícil de creer, porque me interesara realmente la mujer. Es que el episodio del televisor me había desbaratado el ego. Y fíjese que estoy hablando de un televisor defectuoso.

Entonces caí en un período de depresión y angustia. Escribí cartas que no fueron contestadas, prosas existenciales, sonetos al suicidio. Perdí mi trabajo, me dejé crecer la melena y la barba. Los escritores pasamos por estas crisis. Claro que después escribimos sobre ellas. *Littera scripta manet*, dice el proverbio latino. La palabra escrita queda. Pero hay un día en que uno llega a odiar la literatura.

Mi problema, padre, es que mi vida es como ese televisor: a veces los colores están en su sitio, las imágenes son fieles y brillantes, pero cuando menos lo espero llega una franja que lo distorsiona todo. Y cuando me he acostumbrado a la idea de que las imágenes siempre estarán deformadas, de que los colores nunca podrán distinguirse entre sí, sino que permanecerán mezclados en una obtusa e irritante amalgama, entonces la pantalla se aclara y todo vuelve a ser nítido y resplandeciente. Pero por muy poco tiempo. Y yo sé que Rimbaud tenía razón, sé que la llave es la caridad.

Por eso quiero empezar por algo, por ejemplo, regalar algo que me ha costado mi dinero. No es que el dinero me importe, se lo juro. Pero usted puede ayudarme, iluminarme. Quizás usted piense que exagero un poco, y en eso tiene razón: los escritores somos exagerados. Es una enfermedad, se lo repito. En conclusión: yo no quiero

olvidarme del televisor ni de Gertrudis, lo que quiero es olvidar mi ego. Aquí la gente dice que uno es lo que uno come. *You are what you eat*. Eso nos condena a la voracidad o a la abstinencia. Pero uno debe ser precisamente lo que uno no come. Basta de ego. Ayúdeme, padre. Oriénteme, padre. Aconséjeme, padre. Sálveme, padre. Absuélvame, padre. Libéreme, padre. Libéreme, sí. Libéreme de mi egocentrismo, de mi necesidad de amor y reconocimiento. ¿Usted me entiende, padre? Yo soy un escritor, es decir, un hombre desesperado.

EL ARMAGEDÓN

a Daniel Fernández

—Sí, a mí también me gusta Víctor Hugo. Hace unos meses releí *Los Miserables*, una novela estupenda. Pudiera releerla otra vez, es un libro del que no me canso.

—Pero tiene partes aburridas.

—Claro, como todo libro, y más si tiene muchas páginas. Ese que usted me dijo, *Los trabajadores del mar*, también a veces se vuelve lento.

—A mí lo que más me gustó fue el final.

—Sí, el final es lo mejor. Es muy hermoso, y también muy cruel, ¿no cree usted?

—Es una lástima que en este lugar no permitan libros.

—No, aquí la crueldad no le hace concesiones a la belleza, ni por equivocación. En realidad esto es un método muy viejo, el método de llevar a la gente más allá del límite, a ver qué pueden sacarle. No es nada novedoso.

—¡Qué triste que tengas que hablar así, con la edad que tienes! Porque tú debes andar por los veinticinco. Pero te sabes expresar muy bien.

—El mes pasado cumplí los veintiocho. Pero el problema mío es que lo único que sé hacer es hablar. Y hablo bastante mierda, la mayoría de las veces.

—Pero tú me dijiste que escribías, y que imitabas de lo mejor a Hemingway. Y además eres un muchacho inteligente. Yo me di cuenta a los diez minutos de entrar aquí, y ya llevo tres días. ¡Quién me lo iba a decir! ¡Tres días en esta pocilga!

—No creo que usted esté mucho más, por lo que me ha contado. Posiblemente la próxima vez que lo llamen sea para llevarlo a la cárcel para esperar el juicio. Porque no espere fianza en una causa política. Eso se queda para los delincuentes.

—Pero ya yo les expliqué a ellos que la causa mía no es política. Aunque yo no soy imbécil, yo sé que están tratando de convertirla

en política para pedirme por lo menos diez años. De esta gente hay que esperar cualquier cosa. Ya yo estoy curado de espanto.

—Tiene razón. Pero el caso suyo no es tan grave. Aunque yo pensaba que el mío no era grave tampoco, y ya usted ve, llevo aquí casi dos meses.

—¡Dos meses entre estas cuatro paredes! En dos meses aquí cualquiera se vuelve loco.

—Bueno, yo no he estado solamente entre estas cuatro paredes. Me han cambiado cinco veces de celda. Primero estuve en la diez, después en la dieciseis, después en la siete, después en la veintinueve, y ahora aquí. Mire, en la veintinueve sí estuve medio loco. ¿No le conté lo de la cuchara? Es que me da vergüenza. Allí yo estuve solo como una semana, y a los cuatro días me puse a cantar. Necesitaba oír algún sonido. Claro que hubiera preferido *otro sonido*, pero qué iba a hacer. Llevaba la cuenta de cada canción que cantaba. Canté ciento cincuenta y siete canciones, algunas hasta en inglés. Al principio me mandaban a callar, me mandaban al carajo, me amenazaban, pero después se aburrieron. El oficial que me interrogaba no quería hablar conmigo en esos días. Me había dicho que solamente iba a hablar conmigo después que yo firmara un papel. Un papel que decía una mentira.

—¿Qué mentira?

—Nada, una estupidez. Querían que yo dijera que un amigo mío también había leído la novela que dio lugar a esta jodienda. Que yo le había dado a leer la novela. Pero esa estupidez le costaría a mi amigo que lo metieran aquí, y yo no quiero verlo en esta ratonera. Aparte de que no es verdad que él la leyera... Pero bueno, le iba a contar lo de la cuchara. El oficial esperaba que yo le mandara a decir que iba a firmar, y yo no podía aguantar el silencio ni las conversaciones que inventaba, ni tampoco podía dormir, y me pasaba todo el tiempo cantando...

—¿Pero ciento cincuenta y siete canciones? Yo nunca pensé que una persona pudiera saberse esa cantidad de canciones...

—Yo tampoco. Pero el caso es que me las sabía bastante bien. Y quiero que sepa, después de eso hice un inventario general, y me sé más de cuatrocientas.

—¡Cuatrocientas canciones! Yo ni sabía que había cuatrocientas canciones. Nosotros cantamos muchos himnos en el Salón, pero no pasan de cincuenta. Y yo nunca me he aprendido de memoria más de diez.

—Eso es sin contar los himnos. ¿No le dije que fui evangélico hasta los quince años? Yo me sé como cien himnos. Pero no quería cantarlos en ese momento, no quería ni acordarme...

—Yo creo que en el fondo tú eres medio ateo. Me dijiste que sí, que crees en Dios, pero a veces hablas de una forma...

—No, usted está equivocado. Yo creo en Dios. Pero esos himnos me recordaban algo que quería olvidar. La música revive muchas cosas. En fin, lo que le decía, que ya yo iba por la canción ciento cincuenta y siete cuando me trajeron la comida, y de pronto me vino una idea, así, como de la nada. Como no tenía hambre, metí la cuchara por la rejilla y rompí el bombillo, y empujé la punta hasta el socket. Fue una idea muy estúpida.

—Lo que yo digo. Si creyeras en Dios no hubieras hecho eso.

—No, en esos momentos no creía en Dios. Luego me arrodillé y le pedí perdón. Ya le dije, yo estaba medio loco...

—Pero te desmayaste...

—No, nada, cuando rompí el bombillo sentí un corrientazo, nada del otro mundo. Fue una cosa muy estúpida. Pero después de tantas canciones ya yo no sabía ni lo que estaba haciendo. El guardia abrió la puerta y me dijo riéndose que si volvía a hacer esa gracia iba a comer con la mano.

—A ti lo que te falta es un nuevo encuentro con Dios. Yo sé que Jehová nos ha traído aquí con ese propósito, para que te acerques a El por medio de mi mensaje. Estamos viviendo en los últimos tiempos...

—Usted no lo va a creer, pero ya yo tuve aquí un encuentro con Dios. Se lo digo en serio. El último día en la veintinueve me lo pasé cantando himnos. Después el oficial me mandó a buscar y me dijo que no tenía que firmar ese papel si yo no quería. Y entonces me pasaron a esta celda.

—¿Qué le habrá pasado al otro muchacho que estaba con nosotros? ¿Cómo se llamaba, Pedro?

—A saber si se llama Pedro. Aquí muchos inventan un nombre. Todo el mundo piensa que los otros son infiltrados, y nadie confía en nadie al principio. En la celda diez un hombre estuvo casi quince días sin decirme cómo se llamaba. Era una buena persona, que había caído en una trampa. Estando aquí le avisaron que el padre se había muerto, y por fin lo llevaron escoltado al velorio. Estaba muy ojoso, pero siempre sonreía. Digo, si a eso se le puede llamar sonrisa. Yo trataba de mirarlo lo menos posible. Cuando entramos

en confianza, me confesó que había pensado que yo podía ser un chivato, y se disculpó muchas veces, siempre con la misma sonrisa.

—Pues para que tú veas, yo nunca he pensado eso de ti. Tú no pareces un chivato, sino más bien un poeta.

—Bueno, después de dos meses en este lugar cualquiera parece poeta. Pero se lo agradezco, porque la cosa que yo más quiero en el mundo es ser poeta. Pero uno de verdad, no uno de esos farsantes que se ven ahora donde quiera, oportunistas, vendidos, dispuestos a hacer cualquier cosa por publicar un librito pendejo. Yo le agradezco su confianza, a mí usted tampoco me parece un infiltrado. Aunque en el fondo, para serle sincero, no me importaría si lo fuera —en ese caso sólo me daría asco. Lo miraría como una araña, o una rana, o uno de esos bichos...

—Yo pienso igual de esa calaña, pero pueden hacer mucho daño, tienen poder para destruir. Aunque si uno confía en Jehová, no hay por qué temer a los enemigos. Tú deberías leer la Biblia otra vez. Leerla en serio, estudiarla a conciencia, con la guía de...

—Yo leo mucho la Biblia, es mi libro favorito.

—¿Pero crees en lo que dice?

—Yo no pienso en la Biblia en términos de verdad o mentira. Su profundidad está por encima de eso, y además, es un libro hermoso, un...

—Es la Palabra de Dios.

—Pero no se olvide que fue escrita por hombres. Lo que sí reconozco es que tiene una inspiración divina, por llamarlo de alguna...

—Allí está el error de ustedes, los intelectuales. Complican demasiado las cosas. La Biblia dice que estamos en los tiempos finales, y ustedes a lo mejor lo toman como una metáfora. ¿Metáfora, así es como se dice, no?

—Sí, es posible que lo que usted quiera decir sea metáfora. Pero conmigo se equivoca, yo no me considero un intelectual. Ni siquiera confío mucho en el intelecto.

—¿Y en qué confías tú?

—No le sé explicar. Confío en que un día saldré de aquí, por ejemplo.

—Vamos, esa es una evasiva. Pero es una lástima que un joven como tú no se prepare para el juicio final. Y el día está allí mismo, a la vuelta de la esquina, te lo garantizo. Las señales de los tiempos se ven...

—Perdone, pero vamos a cambiar el tema. De algo tenemos que hablar, pero a mí no me gustan las polémicas, ni religiosas, ni políticas, ni de ningún tipo. Yo respeto a los Testigos de Jehová, creo que son una gente valiente, como usted mismo ha demostrado. Yo admiro mucho la valentía, la admiro sobre...

—Tú también eres valiente, pero cuando hiciste eso de la cuchara se te salió lo de cobarde.

—Sí, tiene razón. Es extraño, porque siempre he pensado que soy muy cobarde, y en ese momento me sentí valiente. Personalmente, no tengo nada contra la cobardía, mientras ésta no haga daño a otras personas, fuera del propio cobarde. Pero la cobardía es fea, muy fea. Yo estoy tratando de ser lo más valiente que puedo, porque no quiero sentir repugnancia de mí mismo. Eso es terrible, sentir asco de uno mismo después de haberse portado como un cobarde. No creo que Judas se matara por cargo de conciencia, sino por repugnancia.

—En parte eso es verdad. Pero el suicidio también es soberbia, es tomarse uno la atribución de Dios. Y cuando llegué el día...

—¿Está seguro que se aprendió la dirección de mi familia? ¿Y el nombre de mi tío? Acuérdesse que usted seguro se va primero que yo, y quiero que me haga el favor de escribirles una carta. Por favor, no deje de hacerlo, ellos tienen que estar desesperados, sin saber si...

—No me queda más remedio que reírme. Tienes arte para cambiar la conversación. No, muchacho, no hay quién te convenza. No te preocupes, me lo sé todo de memoria, ya te lo he repetido una pila de veces. Yo también tengo buena memoria. Aunque no para aprenderme ciento cincuenta y pico de canciones...

—Vale la indirecta. Pero usted tiene que entender mi situación. Mi familia no sabe de mí, no sabe ni siquiera que me trasladaron de Camagüey a La Habana. A lo mejor piensan que estoy muerto, usted sabe cómo son la gente del campo, todo los asusta. Yo quiero que usted le diga...

—Sí, ya sé lo que tengo que decir, que no te han golpeado, que estás comiendo bien, que esperas que todo se resuelva pronto, y que le digan a tu mamá que te llevaron para Angola, y que no te dieron chance a despedirte. Esa es una buena historia, ¿pero tú piensas que ella se la va a creer?

—Sí, mi madre tiene mucha voluntad para creer. Por creer de-

masiado, por tener tanta fe, hoy está como está, frustrada, decepcionada de todo.

—Tú hablas como si estuvieras contra la fe.

—No, yo admiro la fe, la admiro sobre todo. No me entienda mal. La fe es un don extraordinario, pero puede resultar dañina. Mire también el caso de nuestro país. El pueblo de Cuba se jodió porque una vez tuvo fe.

—No hables tan alto. A lo mejor el guardia está detrás de la puerta. O puede ser que tengan grabadoras.

—No creo que aquí haya grabadoras. En estos seis metros no tienen dónde ponerlas, ya nos hubiéramos dado cuenta. Y los guardias se ven demasiado imbéciles para poder repetir lo que uno habla. Pero tiene razón, no es bueno hablar así. Aunque ellos saben lo que uno piensa, no se engañe.

—Yo lo que pienso es que el fin está cerca, y mi deber es decirlo. No entiendo nada de política, ni tengo nada que ver con política. Yo estoy aquí por decir que el mundo se va a acabar.

—Pensándolo bien, no es tan mala la idea. Pero no, no me burlo de usted. Vamos, cambie esa cara. Ya le dije que soy un creyente a mi manera, y además, respeto su opinión. Pero no podemos estar tan serios; un chistecito de vez en cuando no viene mal. Si nos ponemos solemnes esto no hay quién lo aguante.

—Pero *La Palabra de Dios* sí hay que tomarla en serio. No se puede relajear lo sagrado. Aunque tú no quieras, me vas a oír un momento, hazme el favor de no interrumpirme. Fíjate, la Biblia dice que los ángeles van a venir con un sonido de trompetas. Allí está, en el Evangelio de San Mateo: allí dice que los que están en la ciudad van a querer huir a los montes. Y pobres de aquellos que no están en el número de los redimidos. (Son muy contados los que están, óyeme bien, son poquiticos). Pero tú todavía estás a tiempo. Mira que los impíos van a ir directo al fuego, no va a haber clemencia, no va a haber piedad. La Biblia habla bien claro. Dice que allí entonces será el lloro y el crujiir de dientes...

En ese instante la puerta se abrió con estrépito. Un guardia de rasgos aindiados dijo con sequedad:

—Dos once tres setenta y ocho, recoja.

—Eso quiere decir que no regresa. Recuerde lo que le dije. Le deseo muy buena suerte.

—Yo deseo que te arrepientas de tus pecados, y también que te den pronto la libertad. Pero acuérdate que aquí en esta tierra nada

importa. El reino de los cielos se acerca.

—No hable más porquería, y apúrese en recoger sus cosas —dijo el guardia—. No estamos para sermones.

—Eso mismo piensa este muchacho. Bueno, ha sido un placer conocerte, a pesar de las circunstancias. Y Víctor Hugo fue un gran escritor. Me alegra que a ti también te guste.

—Lo mismo le digo. No se olvide de mí.

Cuando se cerró la puerta, el que quedó en la celda miró fijamente el bombillo tras la rejilla negra. Luego contó los cuadritos de hierro. Pero al rato decidió que necesitaba distraerse de otra forma. Podía cantar el repertorio de los Beatles. Sí, esa era una gran idea. Y por supuesto, comenzaría por la melodía que los hizo famosos. La letra era sencilla, y él la recordaba completa. El título de la canción era "Love me do".

EL REPARTIDOR

a Reinaldo García Ramos

La cocina del restaurante judío, a pesar de las ollas de piel carbonizada, resultó la más limpia. Una mujer gruesa lo saludó en inglés, mirándolo con ojos inquietos tras los cristales montados en oro. Luego le dijo:

—¿Tú vienes de la *Hartfield*, no?

Abel sonrió con timidez. Era lo primero que hacía al llegar a un sitio: sonreír. Dijo que sí con la cabeza, y entre resuellos trajo las cajas de comida *kosher*. Por nada se aceptarían allí los alimentos inmundos que los *goys* disfrutaban, y sin embargo, él era un *goy*, ojeroso, con un tenue temblor, y la sonrisa vacilante del que trata de mostrarse cristiano.

¿Salió de Cuba con esa sonrisa? Era probable, pero no podía asegurarlo. Su presente desgastaba otros tiempos.

(El haitiano se puso hoy unas gafas oscuras. También se estrenó una camisa de cuadros, y manejaba el montacarga con desenvoltura, observando de reojo a su amigo, el repartidor de víveres.

—Ha pasado un año ya —pensó Abel— Y sigo sin entenderlo.)

El peso de las cajas lo doblaba. Abel, empapado en sudor, mal-dijo en español las carnes enlatadas, pero al final le sonrió de nuevo a la mujer judía, que firmó la factura entre los vapores de la cocina, con la solemnidad de quien firma un tratado de paz. O un testamento. Al extenderle el documento a Abel los dedos de ambos se rozaron deliberadamente. Tal vez él debía intentar perderse en ese escote, entre esos senos húmedos, maternos; o baja la falda estampada donde unos muslos enérgicos parecían reclamar obediencia. Pero el chofer lo apremió desde afuera para que se apurara, y él regresó al camión hablando algo entre dientes, estrujando el papel. A su alrededor la marea de inmigrantes olfateaba el interior de tiendas estrechas, enfrascándose en pugnas del lenguaje. Cubanos, haitianos, jamaicanos, colombianos, puertorriqueños, venezolanos, centroamericanos, asiáticos, componían en las aceras una fauna

agresiva, se disputaban el derecho de imponer su idioma, su acento peculiar.

Jimmy, el chofer negro, un poco bebido, resumió su punto de vista:

—*I hate this shitty, this goddamned place! Shitty downtown!*

Sí, lugar maldito, mierdero, pensó Abel, mientras se miraba en el espejo retrovisor. Su rostro, se dijo, le daba un nuevo aviso: las líneas de la simpatía corren parejas con las del resentimiento. Y ensayó su sonrisa junto a la calle rebosante de público que se reflejaba también en el azogue.

En el recorrido de la semana siguiente, se enteró que aquella mujer judía se había cortado las venas a causa de un pequeño escándalo (el cocinero de pelo enharinado no quiso explicar más) y ahora se encontraba recluida en un sanatorio.

El chofer no conocía los barrios nuevos del oeste de Miami, y esa tarde se perdieron en Medley, en medio de un bosque circular. Jimmy sacó entonces la botella de whisky.

—Nos perdimos —dijo con un suspiro.

Más tarde, animado por los tragos, habló de su mujer.

—Es buena, pero muy interesada. Nada más habla de dinero. Quiere andar como una princesa las veinticuatro horas del día. No quiere beber ni fumar hierba, lo que le gusta es lucirse, pavonearse. Y a la hora del asunto, a veces ni se mueve, sino que se queda tiesa como una muerta. Dime, hombre, ¿quién puede querer a una mujer así?

Abel calló, prudentemente.

—Un imbécil como yo. Un estúpido, *an asshole*.

El ayudante lo miró divertido, y luego se distrajo con el paisaje encartonado de Medley. El whisky quemaba su garganta. Barrios improvisados, hechos de prisa, pensó; barrios sin historia, fabricados para albergar gente desarraigada, cuyo presente y futuro se medían por un puñado de billetes verdes. Las casas se alzaban como líneas de tempera sobre el papel grasiento del mediodía.

Qué extraños son los canales del sur de la Florida, pensó Abel. En sus orillas los pinos crecen desordenadamente, y un poco más allá las planicies asoman. Claro que las sabanas de Camagüey son más llanas. Esos potreros de mi provincia, recordó, lo cubrieron todo durante treinta años. Las matas de guayaba se doblaban sobre las cercas con sus brazos pelados. Pero a la larga se desvanecieron,

dando lugar a raras variedades de sombra. Como esta sombra de los pinos sobre el agua del canal, tan profusa que parece teñir la corriente.

A la entrada de Miami, cuando cruzaban frente a una valla gigantesca que celebraba las virtudes de una marca de cerveza, Abel se vio a sí mismo en un bar de su pueblo natal. Una caravana de camiones desfilaba frente a la ventana abierta. Era media mañana, y, recostado al hombro de María, Abel bebía cerveza con jugo de tomate. Ambos se habían emborrachado la noche anterior, y apenas habían dormido: una pareja escuálida, de manos inseguras. En ese instante unos tipos desconocidos insultaron a María, y él, de cobardón, le zafó el cuerpo al asunto. Con un gesto borró el pellizco en el seno, las groserías gritadas con una voz gangosa. Luego llevó a la muchacha a su casa, y la madre de ella le rogó que por favor dejara tranquila a su hija. Que por favor no viniera a buscarla más. Era una anciana nerviosa, con los ojos aguados. La dentadura se movía adentro de su boca. El trató de explicarle que era María la que no lo dejaba tranquilo, pero la vieja no quiso escuchar. Porque en realidad nadie quiere escuchar, se dijo Abel: las personas sólo necesitan hablar. Sin embargo, ahora los ruidos del tráfico y las canciones canturreadas por Jimmy, le mostraban una nueva forma de silencio. Al final de las filas compactas de vehículos, el sol poniente descendía rojizo, entre frágiles nubes que se disolvían sobre el mar.

Llegaron al almacén casi al anochecer. El haitiano ya se había marchado, y en los pasillos vacíos las botas resonaban como alda-bonazos. Las luces amarillas dibujaban unas letras confusas en las cajas, tal vez un mensaje expresado en clave, pero Abel, apresurando el paso, pensó que ya no le interesaban las palabras.

Esa noche el repartidor soñó que visitaba a Cuba por unos breves días. En el sueño todos sus amigos habían muerto. Sólo una figura, monstruosamente gorda, se mecía en un balance en el portal de la casa de sus tíos, bajo la luz opaca de una lámpara. Las calles de su barrio estaban recién asfaltadas: unas trenzas de vapor flotaban sobre el chapapote. Abel se detuvo bajo una ceiba enorme, en cuyas ramas escandalizaba una multitud de pájaros, y un viejo que cruzaba la calle le gritó:

—¡No vayas a decir ese nombre!

Y un chaparrón de vidrio descendió de las ramas del árbol.

Al otro día, a la salida del restaurante judío, un mendigo en la

acera le recordó ese sueño. Se preguntó si significaría algo. Pero tú no eres quién para descifrar los sueños, se dijo luego. Tu nombre no es José, ni fuiste esclavo en Egipto. Tu esclavitud ha sido otra.

Luego un olor a frituras saturaba la calle Ocho del *Southwest*, mientras hacían la ruta a través de la Pequeña Habana. Unos cubanos sentados bajo el toldo de una cafetería discutían de política, gesticulando entre tazas y tabacos. Arreglaban el mundo, revolvían el café, con manos cubiertas de sortijas. Sobre una mesa, las fichas de dominó parecían hechas de corteza de árbol. Pero no, pensó Abel, él había visto esas fichas hacía más de diez años en la finca de su tío Raúl. Estas eran de un plástico pulido, con la fría elegancia de un juego de salón. La diáspora cubana se extiende como la judía, se dijo. Y ahora los haitianos entran tímidamente en la escena. Agitan un barco de papel, un pedazo de tela pintarrajeada. Llegan a la costa con un gran aspaviento de manos.

Pensar que un solo individuo ha cambiado la vida de tantos hombres, pensó Abel. La única vida de la que disponen. En Europa hubo varios semejantes. En Asia también. En cada continente. En cada época se renueva el sacrificio en el altar de los pequeños dioses de la Historia, pensó luego; falsos dioscecillos, con su doctrina de sangre, sudor y lágrimas, mientras la muchedumbre suspira en la sombra.

Te estás volviendo un depresivo, se dijo, y se rió bajito. Un depresivo y un retórico. Las frases que se te ocurren son de tercera. Y la comparación con los judíos anda rodando desde hace tiempo. El americano de la oficina se lo había dicho un día: *You guys are the jews of the Caribbean*. Ustedes son los judíos del Caribe. Claro que el hombre se refería a la tacañería, a la habilidad para ganar dinero, y al ostracismo propio de las razas maltratadas.

En el trayecto de Key West se quedó dormido; despertó en el puente de las siete millas. El verde de los cayos brillaba bajo el sol. El mar tejía con diversos azules una labor caprichosa de estambre. Las crestas de las olas se hinchaban como una falda acampanada. Abel se turbó al ver de nuevo a Key West y sus pelicanos, sus calles empedradas (también como Camagüey), su enjambre de barcos, sus lugares fantasiosos y su rostro irreal. Especialmente irreal cuando Abel desembarcó al llegar de Cuba, con olor a sudor y vómito, y pensó: Esto no puede ser Estados Unidos. En aquel instante un viejo saltó al muelle con las piernas cubiertas por un vendaje sucio. Luego se colocó detrás de Abel en la cola de la comida. Repetía algo

sobre un nombre, un nombre que no debía decirse, hasta que el muchacho le pidió que se callara. Los edificios de madera, contruidos junto al agua, se erguían como un boceto apresurado.

Pero un año más tarde Key West le pareció bastante real, cuando la dueña de un restaurante lo insultó por haber roto dos pomos de salsa de manzana, al descargar el saco de azúcar en la cocina.

—*Now I gotta clean this mess, dummy* —le dijo aquella mujer de mediana edad, vestida de negro y con un largo cigarrillo apretado en los labios. Y en voz baja añadió— *Stupid Cuban*.

Abel se sintió más sorprendido que humillado, y no atinó a contestarle. Pero esa noche le fue difícil dormir.

(El joven haitiano miente, no cabe duda. Nunca estuvo casado en Chicago, ni su madre vive en Queens en New York, ni su padre tiene una plantación cerca de Port-au-Prince. Vive obsesionado con las apuestas, es un jugador que despilfarra el sueldo en carreras de perros, en cifras, en sueños sin sentido. Sin embargo, hay algo verdadero en él, pensó Abel. Familiar y verdadero. Quizás es su modo de hablar y de mirar. Quizás es su torpeza de refugiado. O el signo de un pasado miserable. O quizás sus gestos te recuerdan a alguien, alguien de aquel país que una vez consideraste tuyo.)

Las autopistas al atardecer, si no fuera por la congestión del tráfico, resultarían agradables para pasear, aventurarse en el gozo de la velocidad, cambiar a cada segundo los paisajes inmóviles tras las ventanillas; sí, todo es mejor al atardecer, se dijo, incluso acostarse con alguien a quién uno desee. Pero yo estoy sudado y jodido, pensó luego, hace meses que no me acuesto con una mujer que signifique algo para mí, este camión no tiene un *fucking* aire acondicionado (las malas palabras en inglés suenan bastante bien, después de todo), y ni siquiera el tráfico avanza: a pie llegaríamos más rápido. Pero tengo que dejar esta puñetera costumbre de hacerme la víctima. ¿Hasta cuándo vas a seguir cogiéndote lástima?

El chofer salvadoreño lo miró de reojo.

—¿Hablando solo, amigo? *Take it easy*.

—No me jorobes. Pon al menos el radio.

—¿Vos fumás mariguana, no?

—La he probado.

—¿Y por qué no fumás en vez de beber, viejo? —le preguntó José, mirando la lata de cerveza en las manos de Abel—. La hierba

no te da goma, no te quita el hambre, ni te jode los nervios como el alcohol.

En la ruta anterior José le había contado parte de su vida. A los doce años se había escapado con su hermano a Honduras, pero el hambre los hizo regresar. A los quince se arriesgó hasta México, luego cruzó la frontera del Norte, y terminó preso en California por robar una tienda con un grupo de jóvenes chicanos. En la cárcel soñaba con un gato siamés que le devoraba parte del rostro. Fue deportado a México, donde cayó de nuevo preso por una pelea. Salió en libertad a los diecisiete, y regresó a El Salvador a tiempo para enterrar a su padre. Su madre se había convertido en una anciana irreconocible, que rezaba en su cuartucho frente al altar de un santo. José volvió a Estados Unidos, recorrió Texas, parte del oeste con sus praderas, y por último se enfrentó a New York. Al llegar el invierno estaba de vuelta en El Salvador, esta vez con la idea de quedarse para siempre. Pero a los pocos meses comprendió que ya no soportaba su patria —según él, no soportaba ya ningún lugar. Eligió entonces Miami, porque no le parecía ni Estados Unidos ni la América Hispana. Ahora se inclinaba sobre el timón con la voracidad de un hombre que desea consumir grandes cantidades de espacio en un ínfimo tiempo. Un sueño irrealizable, pensó Abel. Al menos en ese instante, cuando sólo el apretar el claxon era la única señal de poder que podía llevarse a cabo.

Un mes más tarde, Abel salió otra vez con el negro Jimmy en un recorrido por Medley, y ambos se rieron recordando cómo se habían perdido. No hubo whisky esta vez: Jimmy le había prometido a su mujer que no iba a beber más. Pero al final del día olvidó la promesa y estacionó el camión al fondo de un bar en el barrio negro. Abel había superado el temor a estos sitios —había aprendido que a los ojos de los negros americanos él no era un blanco, sino un *Cuban, just a Spanish dude*— y además, la compañía de Jimmy lo envalentonaba.

En el bar, casi vacío, frente a una opaca mesa de billar donde un jugador solitario empujaba con pereza las bolas, ambos bebieron en silencio. El traganíckel sólo tenía música *soul*, y Abel puso canciones viejas de Ottis Redding. Al rato, en la penumbra llena de aire enrarecido y música estridente, Abel recordó sitios semejantes en aquella *otra parte del mundo*. Pero las escenas pasadas habían perdido vigor en su memoria, disueltas en el orden ambiguo de los años que pasan. Luego en la calle soplaba un fuerte viento. Era el día de

Halloween, y de algunas ventanas colgaban máscaras. Unas putas negras, de cuerpos ostentosos, les hacían señas desde la esquina.

—Otro día, otro día —rió Jimmy, mientras el camión se estremecía al arrancar. En ese instante un amolador de tijeras pasó tocando una melodía confusa: era un silbido, unas notas agudas que cruzaban la tarde.

Abel llegó al almacén con la euforia que sentía cada viernes antes de recibir el pago; más tarde, en el baño, con el cheque doblado en el bolsillo (sólo un papel, unos números, se dijo), pronunció su nombre en alta voz, recordando una película francesa. No seas ridículo, se dijo de inmediato. Trata de comportarte como un tipo normal.

Al salir por la puerta encontró al haitiano, que ansioso anotaba algo en un block de bolsillo. Abel lo saludó con afecto, pero no obtuvo respuesta. El día anterior habían discutido por una simpleza, y ahora el muchacho se negaba a hablarle. Con el rostro contraído en una mueca, el joven mulato se alejó en el montacarga entre las hileras de cajas, guardando celosamente la pequeña libreta, donde tal vez apuntaba las cifras que le concederían las riquezas, el triunfo.

Ya en el auto, Abel pensó en comprar una cerveza para levantarse el ánimo, pero luego decidió seguir hasta su casa. Allí iniciaría con calma su sesión nocturna de tragos. Al otro día debía trabajar cuatro horas extras.

En el primer semáforo que lo detuvo pensó que todos los días iba para su casa. Una casa sin esposa ni hijos. Donde sólo lo esperaban el ruido de los platos que la madre fregaba en la cocina y el murmullo de voces en el televisor. El vehículo de atrás sonó la bocina: Abel le hizo un gesto obsceno con la mano.

Esa noche de Halloween el viento agitaba las cortinas de la sala. De repente unos niños disfrazados se asomaron por la ventana gritando: "*Trick or treat!*", pidiendo regalos y golosinas, pegando sus rostros maquillados contra el cristal, y la madre de Abel se levantó asustada del balance. Esa noche dejó la luz de su cuarto prendida; Abel tampoco apagó la lámpara al lado de su cama. Muchas personas conservan este hábito en todas partes. En su casa de Cuba, sin embargo, él dejaba la luz de la cocina, que iluminaba oblicuamente su habitación. En la penumbra sus sueños y deseos eran palpables como un cuerpo a su lado. Claro que entonces su cuarto no tenía una lámpara. Sus tíos preferían dejar la luz del portal, como los chilenos de la casa de enfrente, donde ahora el

perro no cesa de ladrar, encadenado a una puerta de rejas.

En la primera hora de la mañana, camino del trabajo, es curioso ver esas luces aún prendidas, se dijo Abel, y esos portales de inmigrantes donde la luz natural y la luz artificial conviven, sí, se dijo, las razas y el lenguaje tienen su propio brillo, su propia oscuridad —pero luego sus pensamientos se volvieron confusos a medida que aclaraba el día.

EN EL ASERRADERO

a Augusto León

Robar es fácil. Uno quiere tener lo que tienen los otros. Es más: uno quiere tener lo que no tienen los otros. Eso de la bondad, la igualdad, la misericordia, es puro cuento: el deseo de poseer y distinguirse supera lo demás. Y no se trata de pecado, ni de error, ni de simple maldad —es sencillamente el intento de satisfacer al único acompañante fiel a lo largo de los años: uno mismo.

En el aserradero se planeaba un robo en el mes de diciembre. Basilio se había hastiado de aquella casa que se caía a pedazos. Los horcones apenas sujetaban la armazón podrida, y las viguetas, con sus docenas de huecos y hendiduras, parecían coladores. El caso de Fermín no era tan grave: la lluvia le había desbaratado una puerta, y, además, un amigo tornero le iba a fabricar un bate de majagua. Esta madera tiene una fibra hermosa, que después de aserrada cobra unos tonos entre verdes y azules. Fermín buscaba provocar la envidia de un vecino beisbolero.

Los motivos de Papito resultaban más vagos. No es que al muchacho le gustara robar por robar; pero le interesaba el dinero, no por el valor de lo que se puede comprar, sino por el orgullo de exhibir los billetes; un fajo de pesos, decía, gana más simpatía que la mejor sonrisa. Y el pie de cedro se vendía a un precio exorbitante en bolsa negra, como si fuera oriundo del mismísimo Líbano. Ya el gramilero había apartado con discreción varias tablas de a dos pulgadas, y antes de terminar el día las cubrió de aserrín, junto a la cerca del aserradero. Una mujer corpulenta que tendía la ropa en su patio lo sorprendió en el hecho. Pero Papito le guiñó un ojo y le hizo un par de muecas, y la testigo terminó sonriendo, porque el muchacho tenía una cara agraciada. También andaba sin camisa, y su torso irreprochable brillaba bajo el sudor. La fealdad aviva el hambre popular de justicia, pero la prestancia física lo adormece como un brebaje: por esta vez, el gramilero quedó a salvo.

Ahora el carro de la sierra, en medio de un estruendo, avanza con el tronco; con un hondo chirrido, el filo de la hoja corta la

madera como si fuera queso; sólo que la corteza deforma las tablas, y es necesario reducir el grosor: el gramil perfecciona el trabajo. Luego la corteza muere en la canteadora, donde el viejo Guzmán, amparado por un ancho sombrero, le ha gritado a Papito que detenga el aparato, que la carretilla de los cargadores se rompió otra vez. Una blasfemia (¡me cago en Dios, me cago en Lenin!) circula por el aire, manchando al mismo tiempo las dos lámparas del mundo moderno: el comunismo y la religión. Papito, bajándose del gramil con su pantalón deshilachado, le dice a Guzmán que se deje de palabrotas, que todo el mundo sabe que él es un cobardón: hasta tu mujer, le dice riendo, te pega los tarros. Luego llega hasta la partidora de pino, cuyo traqueteo estremece los hierros, y le dice en el oído a Basilio:

—Esta noche.

Luego se vira hacia Fermín, que empuja un tablón de cedrín en el cepillo, y le repite las dos palabras lentamente, sin articular sonido, como si le hablara a un sordo. Fermín asiente con la cabeza; pero Basilio, que es nervioso de nacimiento, se hace el que no entiende, y mira a Papito de un modo que delata lo que piensa. Y lo que piensa es que no sabe si va a hacerlo o no.

Papito sabe leer las miradas: la circunstancia exige una demostración de fuerza. Se acerca de nuevo al mulato bajito, y remedando un alarido de samurai exclama:

—¡La carretilla se rompió! ¡Viva la empresa forestal!

Y después de brincar y patear en el aire, como tipo que sabe de judo y de karate, agarra a Basilio por los hombros, y le dice, con los ojos serios:

—Fíjate que el sereno de esta noche es Ramón. Tú eres el que lo conoces mejor. Y tú vas a hablar con él.

Luego regresa a la nave de la sierra, saltando. Al llegar frente al viejo Guzmán da unos pasos de baile, al son de una música que tiene en su cabeza. Se quita el cinto y se lo enrolla en el cuello, sacando luego la punta de la lengua, virando los ojos en blanco.

—Cada loco con su tema —murmura Guzmán, y se sienta en un banco, bajo las aspas de un gigantesco ventilador. Las virutas se enredan en su pelo. Comienza a cabecear, a deslizarse por una arena tibia, hasta que la sierra arranca con un bramido. La carretilla se desliza de nuevo por el patio; tres hombres, con las bocas tapadas por pañuelos, la mueven resoplando, profiriendo obscenidades que mueren en la tela amarrada en el rostro. Un remolino de aserrín

cruza entre las naves, nublando las temblorosas máquinas, las pilas de madera, los cuerpos agobiados por el ajeteo.

Al sonar el pito de las cuatro, Fermín corre a lavarse al cuarto de herramientas. El agua color caoba deja en sus brazos unas vetas rojizas. El cepillador muestra con vanidad una masa de músculos bien cortados, pero cuando se agacha, el dolor en la cintura le recuerda que ya los años han trastornado sus huesos.

Y Ramón, el sereno, vive en un rancho pobretón; la sala tiene piso de tierra. Un chiquillo se encarama en una silla para encender la radio, y el hermano mayor, que ha heredado el carácter de su padre, lo golpea en la cabeza. Cuando Basilio toca a la puerta, los alaridos se oyen en el portal. La puerta se mece con un vaivén, colgando a medias del marco gracias a unas maltrechas bisagras. Ramón sale frotándose los ojos.

—Eh, ¿qué te trae por aquí? —le pregunta a Basilio. Pero no lo invita a pasar.

—Nada, que esta noche es el turno tuyo, y vamos a aprovechar —le dice Basilio, sacudiendo el sombrero, sin mirarlo de frente— Papito le va a pedir el camión a su hermano. Y también hablamos con Fermín.

Ramón se rasca la cabeza.

—¿Qué me van a dar?

—Una buena tonga de caoba —contesta con rapidez Basilio—. Unos mil pies. Te la dejamos aquí en el patio.

—¿Aquí? ¿Tú estás loco? Este viejo de al lado es un comunista de los malos, un comecandela. Mira, ni hablar de eso.

—Tú dirás.

—En casa de mi suegra. Tú estuviste allí una vez, ¿no?

—Sí, yo sé donde es —dice Basilio—, pero avísale que a eso de las dos de la mañana le vamos a caer por allá, para que no se asuste.

Poco antes de las once, Papito se despidió de su querida, sin cumplir esta vez el acto capital, que ella demandaba noche a noche entre sábanas olorosas a perfume barato. Ya en la calle una brisa invernal le erizó los vellos. Pasó por su casa a recoger un abrigo, y la madre le dijo desde la cama:

—Acuérdate que mañana tienes que trabajar.

—¿Tú crees que eso se olvida? —dijo Papito. Se abrochó el corduroy, se aseguró de que de su cuello colgaba la medalla de Santa Bárbara (protectora de sus devotos), y silbando se dirigió a

casa de su hermano. A lo temprano había caído una llovizna, y un semillero de charcos blandaba la calle.

—Casi no tiene gasolina —le dijo el hermano—. Cuando vendas la madera, lléname por lo menos el tanque con ese socio tuyo del garage. En la Empresa los bonos de combustible se han puesto del carajo.

—Te voy a traer mil bonos, y un tanque de cincuenta y cinco galones, para que los tengas de reserva —dijo Papito—, pero mira no te equivoques y te los tomes cuando te curdes. Cuando se te calienta el bemo, tú te pones peligroso.

—Si te cogen preso, les digo que tú me robaste el camión. Que me llevaste la llave cuando yo estaba durmiendo.

—Lo que tienes que hacer es ganarte esta noche a mi cuñada. Ella es la que va a declarar en el juicio. Si no le haces un buen trabajito, ella me va a apoyar, ¿no es verdad, Patricia? Va a decir que la idea fue tuya. Que tú fuiste el cerebro del asunto.

Los baches sacudían el viejo Ford; los hierros sonaban como si se cayeran al fango. Cuando se detuvo frente a la casa de Fermín, el camión patinó en la tierra empapada, amenazando el rosál al lado de la cerca.

—¡Cuidado con mis matas, tú, loco! —gritó desde la ventana la mujer de Fermín.

—Todavía es temprano —dijo Fermín—. Entra, Papito, para que tomes un poco de café.

Papito miró de arriba a abajo a la mujer que trajinaba en la cocina, tarareando una canción, haciendo sonar las chancletas de palo. Pero se trataba de una mulata flaca, y lo que era peor, tenía las uñas de las manos sucias. Fermín trajo el café y dedujo por la expresión del muchacho que éste no estaba acobardado.

—Me preocupa el tipo que está de guardia con Ramón —dijo Fermín.

—¿Quién, el oficinista? Ese tipo no abre la boca, viejo. Para mí que es medio anormal. Siempre anda con un libro bajo el brazo, y cuando uno habla con él parece que está pensando en otra cosa.

—Hay que cuidarse de los anormales. Esos a veces son los peores.

—Yo sé lo que te digo, compadre. Con ése no hay problema.

Ya en el aserradero las formas de la noche se habían apoderado del patio. Un viento frío le sacaba silbidos al zinc. Los gruesos troncos, dispersos tras las moles de tablas, parecían cuerpos deca-

pitados, animales deformes agazapados en la sombra. De una casa vecina llegaba un pasodoble: las castañuelas sonaban como dientes. Un olor a café recién tostado saturaba el aire.

El oficinista se aburrió de conversar con Ramón el sereno, y caminó hasta la línea del ferrocarril, seguido por el perro lleno de pulgas. Había escrito unos versos que empezaban diciendo: "La escasez en el alma agobia más que la escasez de cosas materiales...", y luego los había roto, por falsos, tendenciosos y frívolos. Era un crítico severo de su propia obra, por lo que jamás llegaba a concluir nada. Además, odiaba la política, y se sentía maniatado, amordazado, seco. Los adjetivos eran suyos. Elaborando mentalmente poemas, ahora se recostaba al portón del aserrío. Una luna acerada hacía brillar los rieles. A ambos lados del patio, el marabú se alzaba con su dura cabellera. En ese instante dos figuras cruzaron el atajo de La Belén, y el perro comenzó a ladrar.

—Easy! —le gritó el oficinista al animal. (El hombre practicaba inglés con el perro.)

—Acuéstate a dormir —le dijo Ramón desde la nave—, hay un catre en el cuarto de herramientas.

La lona huele a sudor, y la voz de Basilio, que acaba de llegar, resuena en el silencio. A cada pausa le sigue un resuello asmático. Habla con Ramón de la inundación que hubo una vez en Monte Grande. El agua trepaba por las ramas hasta alcanzar las copas, destrozando los nidos de los pájaros. Los dos hombres no se ponen de acuerdo sobre la fecha. Ambos fueron hacheros hace muchos años y saben de árboles más que cualquier otra persona que uno haya conocido. Pero Ramón se fracturó la espalda, y Basilio ya está muy viejo para esos trajines. Sus canas cuentan una larga historia. Ambos crecieron entre la madera, envejecieron entre la madera, y ahora tienen que robar la madera para finalizar un absurdo ciclo.

¿Qué importa que el ruido del camión le interrumpa a uno el sueño? Robar es fácil. Los hombres subieron al camión los mil pies de caoba; el júcaro para los horcones de Basilio, y también el algarrobo para el forro; el dagame para la puerta de Fermín (y unos tablones más, para comprar a la gente del Comité de Defensa de la cuadra), y la majagua para el bate; y por supuesto, el cedro para que Papito siga siendo Papito.

Pero el comprador no aceptó el precio de éste: trescientos pesos, le dijo, y si no, no lo quiero. Papito terminó por ceder, porque no tenía otro lugar dónde vender la carga. Esa misma noche invitó a la

querida al cabaret *Caribe*; la cartera repleta de billetes le abultaba el pantalón ceñido.

—¡Vivan Basilio y Fermín! —gritó el fiestero, tarde en la noche, en medio de su borrachera— ¡Vivan Ramón y el oficinista! ¡Viva el aserradero! ¡Viva la Empresa Forestal! ¡Viva Papito!

—Si sigues con esa gritería, nos van a botar —le dijo la mujer, que ya se había acostumbrado a esos arranques—. Mira, vamos a bailar, que esa es la pieza que me gusta.

Y antes de levantarse se arregló el zíper del vestido, que Papito le había zafado con sus caricias.

Con el cedro se fabricaron los muebles de un contrabandista de frijoles negros. Y la casa de Basilio lució su armazón nueva, que los vecinos admiraron sin hipocresía, envidiando en secreto la audacia del mulato. Fermín arregló el marco, contentó a los chivatos del Comité, pero la majagua terminó por podrirse en la letrina: el amigo tornero perdió un brazo en un accidente, y nadie más quiso encargarse de fabricar el bate. Ramón, que cambió la caoba por cemento, le echó el piso a la sala.

El oficinista, entusiasmado por la hazaña, sacó en la guardia siguiente unos ochenta pies de pino en el carro de su tío; soñaba con un librero en el respaldo de su cama. Pero el policía que lo detuvo a la salida del aserrío no le dio el visto bueno al pequeño cargamento.

—Ya agarramos al ladrón del aserradero— se limitó a decir.

Y el hombre pagó por el faltante de madera de los últimos tiempos. El acta de acusación, adornada con cifras y palabras como *enemigo del pueblo, individuo solapado, ladrón con careta de intelectual*, se llevó cuatro páginas. Sus compañeros de trabajo asistieron al juicio, y un murmullo de disgusto zumbó en la sala cuando el juez ratificó los cinco años de cárcel. Las semanas y los meses de la condena se materializaron de repente ante los ojos del frustrado poeta, frondosos y abundantes como ramas.

Pero el oficinista, ya superado el pánico que le inspiró la súbita visión, asumió con dignidad su entrada en el mundo de los presos.

—No hay que dejarse aplastar por la desgracia —razonó en alta voz— *Anyway*, aparte de frutas y madera, los árboles también dan sombra.

PÓLVORA

a David Lago

Esta mujer que fuma sentada en el sofá destartado, mirándose la punta de los dedos, no se ha molestado en decirnos su nombre cuando el marido la señaló al invitarnos a pasar. Aunque no, es posible que dijera en voz baja:

—María.

Y luego continuara mirándose las manos.

Pero no se puso de pie ni sonrió, como se espera que haga la dueña de una casa. Tal vez no se considera ya la dueña, y en esto tenemos que darle la razón. Los dueños ya no existen, hemos leído en alguna parte, en una página del periódico, en el respaldo del asiento de un ómnibus; o quizás hemos soñado que hemos visto la frase en la mesa de la cocina, o en una punta del espejo, y hemos pensado, con esa inexplicable lucidez del que sueña, que tiene mucha razón el que la ha escrito, y luego, al despertarnos, nos hemos tomado el desayuno o nos hemos peinado creyendo que no tenemos nada, que nadie tiene nada, porque de pronto no hay una sola cosa que podamos sentir como nuestra. Esto es lo malo de los sueños, y en especial de las llamadas pesadillas: son reales, allí están, son verdad.

Pero esta mujer sí es dueña de sus manos, y por la forma en que las mira, uno piensa que algo en ellas no la satisface: quizás las uñas sucias. De ser así, el asunto tiene arreglo. Lo peor sería que se hubiera cortado —aunque no se ve sangre por ninguna parte—, o que se le haya enfermado la piel, o que tenga un defecto de nacimiento, o que simplemente las arrugas plasmen ya su dibujo inevitable. Pero no podemos precisarlo. A esta distancia los detalles se ocultan, pudorosos. Y eso que ya nos hemos comido con la vista las piernas delgadas, el pelo que cae como un chubasco sobre los hombros, el empezar de los senos que sobresale por la blusa media abierta.

Por otra parte, el marido acapara la atención. Es justo que lo haga. A él fue a quién vinimos a ver; él nos invitó por su lado, sin

contar con ella para nada; él es el que nos prometió que nos iba a enseñar... algo distinto. Esas fueron sus palabras. Un hombre así merece deferencia. Cuando se dice "algo distinto", cuando alguien se atreve a decir "algo distinto", en un sitio donde hace tantos años las cosas son iguales, y donde por lo visto seguirán iguales por muchos años más, uno le debe prestar atención, al menos un momento. A no ser que el tipo sea un charlatán o un loco, como suele ocurrir. Pero eso ya lo comprobaremos. Tenemos toda la tarde, y quizás parte de la noche. O quién sabe si la noche completa. Porque al parecer no tienen niños. Aunque al poco rato María —o como se llame—, ha mencionado de repente al "muchacho".

—El muchacho quiere dejar los estudios, pero tiene miedo que lo agarre el Servicio Militar.

Y enseguida nos hemos puesto de parte del muchacho. Muy juicioso para su edad, decimos. Porque el hombre explicó que apenas ha cumplido los diecisiete. Y ya piensa como si tuviera ochenta, ha sido el comentario. Y no lo hemos hecho solamente para halagar a los padres: de verdad que el muchacho está en lo cierto. La niña es otra historia.

—La niña prefiere vivir con la abuela —ha dicho el padre—, desde chiquita se crió con ella.

Bueno, en ese caso es natural, decimos. Es la fuerza de la costumbre. Y más si ya cumplió los trece.

—Tu madre tiene la culpa, por consentirla, por complacerla en todos los caprichos —dice la mujer, y por primera vez se ha levantado a servirse un trago de la botella. Es flaca, pero tiene un buen cuerpo.

Por la ventana entra un aire rancio, una brisa que no llega a ser brisa, y el paisaje de Camagüey se extiende amodorrado en el centro de la tarde sin nubes. Porque estamos en un tercer piso. Y en una ciudad plana, alargada y raquítica como ésta, un tercer piso es la cima del mundo. Desde aquí se puede ver el final de la Vigía, el tanque de agua de Villa Mariana, y las vueltas de la carretera Central: una cinta salpicada de lodo, un reptil de escamas negras. Pero a quién le interesa eso. Tenemos el mapa entre ceja y ceja, un trazado febril, un proyecto incoherente, que data de los tiempos coloniales. Lo hemos visto todo desde distintos ángulos, y es siempre la misma cosa: las tejas de barro, las calles de adoquines, los campanarios con su ropa de musgo, los tinajones en los patios de piedra.

Pero hoy todo puede cambiar. A lo mejor vemos grandes avenidas, o casas que no estén apuntaladas, o tiendas repletas de mercancías, de luces. No importa que nunca sean nuestras. Ya estamos acostumbrados a no tener nada, ni siquiera una mujer con el pelo teñido de rojo. Y ella, ¿acaso tiene a sus propios hijos? El muchacho no aparece por ningún lado, y a la niña le gusta más vivir con su abuela, que la mimar y consiente. Nadie tiene nada ni nadie tiene a nadie. Sólo tenemos nuestros propios cuerpos, y a veces hasta queremos salir de él. ¿Qué quedaría entonces? Porque aquí nadie cree en nada tampoco. Las creencias son para los locos, los flojos o los ingenuos.

Ahora la mujer se ha vuelto más conversadora, y ya vamos por la segunda botella. Hombre, era hora. Hasta se ha sonreído, y parece que tiene la dentadura sana. Y eso que todavía... ¿qué esperará este hombre? Quizás todo es un cuento, y esto resulta una tarde más, una noche más, unos tragos como todos los tragos, una pareja como todas las parejas, primero peleando y después mimándose, y nosotros siempre de curiosos, de gente metida donde no tiene que estar, sin encajar aquí ni allá. Aunque ya el hombre dijo:

—Ahorita voy a buscar el asunto. Eso sí que es algo diferente.

No faltaba más, decimos, eso es lo que esperamos. Algo que separe este día del resto de los días. Porque todos nuestros días son iguales a todos nuestros días, y todos nuestros años son iguales a todos nuestros años. Como se ve, tenemos algo de poetitas. Pero aquí el que quiere ser poeta es uno solo. Por la cara se adivina cuál es. Es este mismo, el que parece más distraído, por no decir más imbécil. Pero cuidado con él. No hay que dejarse llevar por las apariencias.

—Eso para mí no existe —dice la mujer, y la blusa se le abre un poco más—. Pero mi marido es tremendo. A él le gusta probarlo todo.

Pues es igual que nosotros, decimos, igualitico. Hay que gozar la vida. Y ella se inclina, riéndose, y lo sabe, claro, sabe que nos está enseñando más de la cuenta. Seguro que se zafó el otro botón cuando nadie la estaba mirando. Pero después de todo, ¿qué importa? ¿Y qué importa si ahora queremos tocar? Todos queremos siempre tocar, palpar, agarrar... ¿Y para qué? Si no hay amor, lo que se toca termina repugnando, y si hay amor, lo que se toca termina —pero para qué hablar de eso.

—Eso yo lo probé por primera vez, cuando estaba en el ejército —dice el hombre—. Yo pertencí al ejército rebelde, me alcé con

Fidel en el año cincuenta y siete. Yo bajé de la Sierra Maestra con los grados de capitán. Pero en el año sesenta me metieron preso, cuando esto empezó a volverse comunista. Yo era revolucionario, pero no *ñángara*.

Y ahora sí que no decimos nada. De política ni un pelo. Por eso empezamos a hablar de otra cosa. Y luego, como al descuido, aclaramos que sí, por supuesto, a nosotros nos gusta divertirnos, pero que no nos metemos en problemas. Respetamos la Revolución, las autoridades, etc. Y al hombre le ha dado por reírse y se levanta —ya está un poco borracho— y cuando viene del cuarto trae el puño cerrado. Y coloca las tres balas en la mesita de centro.

En eso entra el muchacho quitándose la camisa, y nos mira como si fuéramos perros. Perros feos y sucios. A lo mejor lo somos. En la ventana el cielo se va oscureciendo, las nubes de piel rojiza se aglomeran más allá de la ciudad, al final de la llanura. Ya las luces de las calles debían estar encendidas, pero hoy el apagón eléctrico es de seis a nueve. La mujer fue a buscar el farol. Mejor. Nosotros somos gente de oscuridad, gente de media luz, gente que le huye al día, que confunde el atardecer con la madrugada; eso es lo que somos; gente de sombra, gente que anda por las calles cuando las calles ya están vacías. Así que el farol viene bien. Y allí está, colgado de la lámpara —o de la que fue lámpara: ahora es un trasto polvoriento— y de paso favorece la sala. Ya casi no se ven las grietas en las puertas, las cáscaras de pintura en la pared, la madera carcomida de los muebles, los hoyos en el piso. Y a nosotros también nos favorece. Y a ellos. Porque la mujer anda por los cuarenta, y el maquillaje no la ayuda demasiado. Y el hombre es un esperpento. Claro, sólo gente como ésta se siente a gusto con nosotros, reconocidos ya como tipos peligrosos, desubicados, vagos, locos, viciosos, nocivos a la familia y a la sociedad, inmorales, corruptos, antipatrióticos, condenados a la destrucción. Y lo curioso es que nos hemos destruido. Y ya nadie nos pide que confiemos, porque primero no queríamos confiar y terminamos confiando, y cuando quisimos seguir confiando terminamos dudando para siempre.

Pero el muchacho no quiere ser parte de esto. Se lo aprobamos. Nosotros no queríamos ser parte tampoco, y mira dónde estamos. Míranos bien las caras. En el fondo no somos lo que parecemos. Y mucho menos lo que dicen que somos. Pero haces bien en virarnos la espalda, en negarnos el saludo, en pensar que somos una partida de degenerados. A quién se le ocurre estar aquí, en una casa extra-

ña, a la luz de un farol, bebiendo ron, haciendo chistes obscenos, y hablando de lo que fue y no es, o lo que pudo ser, y esperando a ver si el hombre por fin se decide.

Ahora el muchacho se ha cambiado de ropa y ha salido dando un portazo. La luz se demora en venir. Deben ser casi las diez. Y en esta casa no hay ni radio portátil para oír un poco de música, de modo que el hombre ha empezado a cantar, y nosotros lo hemos acompañado, con voces sentimentales y bien intencionadas. Luego hasta la mujer ha cantado un bolero.

—A lo mejor la pruebo esta noche —dice ella. Y nosotros sabemos lo que quiere decir. Porque para eso estamos aquí. Para probar la pólvora.

Entonces el marido ha abierto con una pinza las tres balas y ha vertido el polvo oscuro sobre un papel.

Pólvora con ron, hemos dicho nosotros. Nunca oímos hablar de eso. Y que conste, que hemos oído hablar de muchas cosas.

—Es un secreto muy viejo —dice el hombre—, es una de las drogas más fuertes del mundo.

Claro que nadie pregunta de dónde ha sacado las balas. ¿A quién le importa eso? El pasado, el futuro, eso es lo que nos ha convertido en lo que somos. El no haber aprendido a vivir para hoy. El miedo a lo que fue, el miedo a lo que será. El miedo a las causas y a las consecuencias. El saber que lo que fue fue malo, y lo que será será peor. Pero eso ya no importa. La pólvora ayudará a olvidar. ¿Quién sabe? Ya el hombre la mezcló en un vaso. Y los callejones serán avenidas, y las casas apuntaladas se erguirán otra vez, y esta mujer será joven y hermosa, y el hombre volverá a ser el peleador, el guerrero que fue en su tiempo. Y nosotros tendremos fe en nosotros. Y allá va el trago, que no sabe tan mal. No se nos ha ocurrido pensar que esto pueda ser veneno. A lo mejor este hombre sí está loco. Pero qué nos importa.

Lo gracioso es que ahora vino la luz. Pero no pasa nada. Las cosas siguen en su sitio, sólo que un poco más feas. Hay que esperar un rato, dice el hombre. Y de pronto se queda dormido en el balance. O a lo mejor está fingiendo.

Fingir, pensamos. Eso es lo que nos ha faltado hacer. Fingir que este pueblo no es este pueblo, que nosotros no somos nosotros, que esta mujer nos gusta más de lo que nos gusta, que el trago con pólvora nos traslada a una nueva dimensión, que nos da igual tocar con amor que tocar sin amor, pues al final es el mismo callejón sin

salida, que las paredes están recién pintadas, que somos dueños de nuestros actos, de nuestros sueños, que...

Pero aquí seguimos sin movernos, hablando de lo que fue y no es, o lo que pudo ser, sin tener nada y sin tener a nadie, bebiendo lentamente, cantando con voz desafinada, y luego hemos salido a la calle cuando ya todo el mundo se ha dormido, cuando todo está vacío y no se ve ni un alma, y ahora nos parece que este pueblo es el único posible, y que la vida en él nos pertenece. La vida nuestra. Y también la de ellos.

EL ATLETA

a Raúl Molina

Las suelas de goma golpean el tabloncillo una, dos, cinco veces, y el eco se extiende por la nave vacía del auditorio. Aunque no vacía del todo: en lo alto de las gradas, recortada contra los carteles que proclaman lemas heroicos, que ostentan enseñas de la patria, la figura de su amigo César se inclina hacia delante, inmóvil, disminuida por la lejanía. Parece que lo mira, que lo observa detenidamente, pero es una falsa impresión —en realidad César está leyendo, repasando unos papeles, ¿tal vez un nuevo cuento? ¿Una carta de amor?

Alberto equilibra su cuerpo sobre la barra, sus músculos se acentúan, su espalda se dilata, y por último gira con elegancia. Vuelve a girar de nuevo; persiste, tenso, hasta adquirir un ritmo, una seguridad. La luz que cae por las altas ventanas riega un barniz sobre el piso entablado, donde los saltos vibran, repercuten. De repente unas risas interrumpen la quietud matinal, risas jóvenes, femeninas, y un grupo de estudiantes de segundo año se adueña del sitio en pocos minutos, con la gracia y la ligereza de quienes no conocen las decisiones graves. Porque Alberto debe tomar una seria decisión en este día, y en vano su cuerpo se entrega a contorsiones, a movimientos elásticos, a piruetas audaces: nada lo salva de reflexionar que su vida, su juventud dependen de un simple *sí* o *no*. Ahora una de las muchachas resbala y cae sentada, mostrando sus muslos estupendos: las carcajadas resuenan en el gimnasio.

Alberto sale de la ducha con el pelo mojado y la piel fresca, pero al vestirse ya está sudando de nuevo; corre y salta por las gradas, agita la mano sonriendo a las muchachas que sobre el tabloncillo mueven con entusiasmo los brazos y las piernas, y se sienta junto a César que esta vez sí lo mira de frente, con una expresión pensativa. Pero quizás es su mirada habitual, y el matiz sólo existe en la imaginación.

Ambos caminan por la avenida principal del Casino Campestre, donde el follaje proyecta siluetas en el pavimento, sombras demen-

tes que se deshacen cuando el viento mueve arriba las ramas; es Mayo y los árboles muestran un esplendor feroz, casi dañino; este verdor y esta luz no parecen ser parte de la primavera, sino de un deseo de sobrevivir, y hay algo artificial en la mañana y en las plantas. Detrás de la glorieta, el barrendero del parque quema un montón de hojas, y la candela levanta en el aire un ramaje azulado.

En el banco de madera la conversación, punteada por silencios, se estanca al fin: entre los dos oscila la pregunta que no llega a decirse. Los ojos buscan refugio en el arroyo hasta donde descenden, ávidas, las raíces, entrecruzadas como cuerdas, propicias tal vez para el ejercicio de un equilibrista infantil. Y Alberto piensa de pronto: *Estos árboles*. Quizás César piensa lo mismo, pero su mirada se ha vuelto inexpresiva, y al cabo de un rato de penoso mutismo los dos amigos se despiden sin aludir a lo más importante: el abandonar para siempre este país, el único que ambos conocen.

—No quiero verte borracho en el juego —le dice Alberto a César en la parada de ómnibus.

—No te preocupes, no voy a tomar.

—Siempre dices lo mismo.

—No, Alberto, te juro que hoy no.

—Está bien, a las cinco en el Campito. ¡La peste el último!

Luego Alberto corre por la pista del estadio, furioso, resoplando. Ha pasado ya los mil quinientos metros, y el reloj en la muñeca le recuerda: *Ya no eres el de antes, ya no corres igual. Te estás poniendo viejo*. Pero continúa corriendo, castigando sus piernas, su cintura, su respiración; atravesando la explanada protegida por vallas pintadas con retratos de mártires, con letreros que citan discursos de ministros; jadeando solitario, rezumando sudor, ira. Sí, tiene sed, quiere detenerse, sentarse en la hierba, acostarse en su cama, irse de su país, dejar a su familia; quiere seguir a su amigo, pero también quedarse; quiere cambiar su vida, quiere dejarla igual, le duelen los músculos, unos puntos rojos oscilan en la arena, quisiera tomar agua, romper de una vez este círculo mágico que lo obliga a impulsarse, a correr cada vez más veloz bajo la mirada impenetrable de los rostros pintados en la valla, pero al darle la vuelta a la pista decide comenzar de nuevo. Son apenas las once. Puede hacerlo más rápido.

Por la tarde el cuerpo se resiente; los músculos duelen, el calor embota, y en el aula el profesor se empeña en descifrar a Marx,

anotando conceptos en la oscura pizarra, provocando un odioso chirrido al apretar la tiza. Esta Universidad de Camagüey, esta muchacha distraída que muerde la goma del lápiz, este zumbido de insectos, estos estudiantes africanos que se contonean por las escaleras, piensa Alberto con minuciosidad, hasta que percibe el ruido, los gritos que provienen del patio. La clase se interrumpe; los alumnos salen precipitadamente. Un alumno de Ingeniería Química ha pedido la baja.

Es otro que se va de Cuba, gritan; otro traidor, otro escoria, otro vendepatria, otro delincuente, otro afeminado, otro al que hay que golpear e insultar. Y lo golpean. Y lo insultan. Y lo persiguen hasta la carretera. El polvo envuelve los cuerpos agitados. Hay puñetazos, y bromas sucias, y risas, y hay un poco de sangre, y malas palabras, y sonidos que no se distinguen desde lejos; luego en el césped la pelota brilla al alcance de la pierna de Alberto, y éste ha sido un buen gol: el vocerío retumba, ruge gloriosamente, en las repletas gradas. No cabe duda, este juego es nuestro, los batimos, los despellejamos; hasta César se ha puesto de pie y lo saluda agitando el pañuelo; a lo mejor ha vuelto a beber, a lo mejor está tomando desde el mediodía. ¡Qué rabia, qué vergüenza! ¡Cómo es posible llegar a esos extremos con un semejante, con uno que hasta ayer fue un compañero de aula, un cómplice, un colega! Pero al reunirse con César, después de los vítores, se acerca al rostro de éste y no nota olor a alcohol: al menos esta vez ha cumplido su palabra.

—Son animales, son salvajes —dice Alberto cuando llega a su casa, con la cara enrojecida—. Este es un país de animales. Se merecían este gobierno, y otro peor.

La madre le pide que baje la voz, y le explica que la familia de enfrente también se va de Cuba por el puerto del Mariel; mañana el Comité de Defensa va a hacer el acto de repudio en la calle. Ya los vecinos están juntando huevos y piedras, le dice, y van a tratar de romper las ventanas.

—Pues yo también me voy —dice Alberto de pronto—. Me voy con César cuando la tía de Miami venga a buscarlo. No aguanto más esta mierda. Así que ya lo saben.

La madre se alarma y le pide de nuevo que baje la voz, y el padre ha dejado el vaso de ron sobre el televisor y se acerca para mirarlo, como si en vez de un hijo fuera un desconocido, este joven musculoso que ayer era un chiquillo con pantalones cortos, jugando a las canicas en el portal. El padre parece que va a decirle algo, hasta

parece que va a pegarle, pero al final vuelve a su butaca y sigue bebiendo en silencio, mientras la madre argumenta con el muchacho en la cocina. La comida se enfría sobre los platos.

Luego la hermana entra con su pelado de varón y sus ademanes bruscos, y abraza a Alberto regocijada; ya sabe que él ha sido la estrella del equipo en el partido de hoy, y la discusión queda flotando sobre la llama verdosa de la hornilla.

Cada noche se multiplican los atropellos en las calles de la ciudad; los futuros emigrantes han hecho de sus hogares bastiones, fortalezas; los que se atreven a salir a la calle, o los que ya les toca la hora de partir, son embestidos brutalmente por un gentío exasperado, ciego, que vuelca sus odios y sus humillaciones en estas víctimas resueltas a despojarse de su identidad. Ahora Alberto atraviesa la plaza del Carmen acomodando su paso al de un César tambaleante y pendenciero que se niega a soltar la botella de aguardiente que aprieta contra el pecho; a puro grito lo arrastra hasta el cuarto de Ernesto, y allí espera con paciencia que la bebida rinda a su amigo sobre el camastro. Afuera, en la avenida, una turba desfila armada con palos y piedras, cantando un himno revolucionario. Alberto acecha desde la ventana la llegada de Ernesto, que ha ido a buscar cigarros, o cerveza, o cualquier cosa que aligere el temor. Pero Ernesto no llega, y Alberto, hastiado del tumulto enardecido, desviste a César que se queja en el sueño y pone el mosquitero con rabia y brusquedad. No hay ánimo esta noche para un roce o una frase de afecto; la violencia del aire se pega al cuerpo como una ropa sudada.

—Tú —le dice—, tú nunca vas a llegar a nada. Ni aquí ni en ninguna parte. Porque el problema tuyo no es solamente que no te gusta tu vida: es que no te gusta la vida. Pero yo no soy así.

Sin embargo, al otro día pasean de nuevo por la avenida del Casino Campestre, y entre risas planean el futuro en aquel país extraño. Pero Alberto mira de vez en cuando las hojas de un verdor sospechoso y piensa: *Estos árboles*. Luego corre por la pista del estadio, y al concluir la primera vuelta, bajo un letrero que condena a los apátridas, resuella satisfecho: el reloj le señala que está en forma. Se seca el rostro con la camiseta, respira profundo, una y otra vez, marcha con un ligero trote por más de media hora, llega a la escuela de judo y de karate y allí retoza con el cuerpo del viejo entrenador. Goza al imitar los chillidos de los peleadores, golpea con el dorso de la mano un pedazo de tabla, pateo el saco que

cuelga de las vigas, brinca sobre la cuerda hasta quedarse sin aliento, y al final se deja caer en el colchón, jadeante.

Pero los días preparan emboscadas: alaridos en los parques, confrontaciones a golpes, pancartas con palabras obscenas, muñecos de tela quemados en la calle, grupos de hombres y mujeres que repican en ollas, que cantan estribillos ofensivos, y que no sólo cantan, sino también atacan: con huevos, frutas podridas, ladrillos, puñetazos. Alberto, hipnotizado por la esfera que rueda en la tórrida arena, empuja, acosa, escapa, se desliza, maldice: la malla de la portería tiembla en el viento del anochecer. De repente se da cuenta que ha quedado en la línea, que no puede avanzar; frente a él la red de gruesos hilos lo separa del resto del campo. En las gradas, los gritos de los espectadores han cesado, dando paso a un silencio, a la frialdad de un triunfo conseguido con movimientos sucios. Conseguido con cobardía, con trampas.

Luego en la casa la madre trajina en la cocina, mientras el padre bebe en silencio en el portal a oscuras; en el cuarto los trofeos y los diplomas cuelgan de la pared, enumerando las proezas del joven atleta; en la radio las noticias subrayan que la salida hacia Estados Unidos por el puerto del Mariel se ha cerrado definitivamente, y muy pronto en el armario de Alberto se amontonarán las cartas de César que no tendrán respuesta. Además, ¿qué importancia tienen los papeles? Son palabras, palabras, palabras.

Sobre la barra el cuerpo describe un arco, gira, y cae con elegancia sobre el tabloncillo. Al llegar las muchachas de tercer año, Alberto se dirige a las duchas, luego salta sobre las gradas vacías y se despide agitando la mano, pero al salir del auditorio la mañana le borra la risa del rostro. Camina cabizbajo por el enorme parque; la hierba mojada brilla como un cristal. Las raíces, poderosas, descienden hasta el borde del arroyo. Una fogata detrás de la glorieta traza en el aire una niebla azulosa. El calor parece que lo oprime, parece que lo agota; pero el tejido de las ramas y el frescor de los árboles favorecen el ritmo de su cuerpo.

Y son los mismos árboles. Las mismas ramas.

ENRIQUE

a Liliane Hasson

Yo trabajaba de noche cuando Enrique murió. El jefe de turno, envuelto en el disfraz que permitía sobrevivir en la frialdad de la inmensa nevera, con el cabello y el rostro cubiertos por una caperuza moteada de escarcha, me avisó que me llamaban por teléfono.

—Es urgente —me dijo.

Enrique había muerto.

La voz de mi primo apenas ocultaba la satisfacción que da el transmitir una noticia grave.

—Tuvo un accidente —me dijo mi primo—. Chocó contra un puente.

—¿Pero cómo fue eso?

—No sé, parece que se quedó dormido. Dicen que andaba drogado.

El almacén donde yo trabajaba quedaba a unas seis millas de mi casa. Yo bordeaba el aeropuerto de Opa Locka para acortar camino. Me gustaba trabajar de noche porque a la hora de salida —las cuatro, las cinco de la madrugada— no había tránsito; aceleraba el auto y ponía la radio a todo volumen, hasta que las canciones que evocaban escenas o rostros tal vez inexistentes me comunicaban su febril energía; los faroles alumbraban el negro pavimento, y en la pista del aeropuerto unas luces azules y rojas pestañeaban; era un prado de luces; yo me decía: "Soy libre", y aceleraba más.

Pero esa noche que Enrique murió no encendí la radio. Tampoco aceleré. Tenía miedo. Una vez leí que un hombre que conducía por una carretera solitaria había visto una mano pegada al parabrisas —una mano sin brazo, una mano sola, con dedos manchados de nicotina y unas líneas profundas en la palma. La mano lo acompañó hasta el siguiente pueblo.

Al bordear el aeropuerto me pareció que Enrique estaba sentado a mi lado. En ese instante comenzó a llover, y cuando cerré las ventanillas los cristales se nublaron en cuestión de segundos, como

si el aliento de Enrique, intensificado por la muerte, empañara de súbito los vidrios. La impresión era tan real que no me atrevía a mirar. Dije en voz alta:

—Enrique, por favor, no me asustes. Acuérdate que soy tu amigo.

No quise ir al velorio, ni tampoco al entierro. Una tumba solemne no guardaba relación con su risa liviana, su deseo de vivir sin ataduras, de idear nuevas formas de desplazamiento, de un sitio a otro, hablando sin descanso, procurando placer, olvido y ocio. Recordé que Enrique sólo escribía cartas cuando montaba en tren (su modo favorito de viajar) y decidí que era mejor imaginarlo siempre tras el cristal de un coche que el de un férreo ataúd.

Durante varias semanas me resultó trabajoso dormir, porque temía que se me apareciera en el sueño. Por suerte yo tenía el turno de la noche y me tocaba dormir por el día, lo que me daba más confianza, como si la luz diurna ahuyentara su posible afán de mostrarse ante mí y narrarme en detalles su nueva aventura. No había reunido dinero suficiente para comprar un aire acondicionado, y el ruido del enorme ventilador retumbaba en mi cuarto, con un vigor que en esas circunstancias yo interpretaba como un signo de vida. Más tarde las bocinas de los autos, las voces de vecinos que exponían su intimidad al barrio y los gritos de los niños jugando en las aceras, me despertaban cerca de las dos de la tarde.

—Enrique está muerto —era lo primero que pensaba al abrir los ojos. Ponía el ventilador a más velocidad y me quedaba dormido de nuevo.

Por la noche, mientras manejaba el montacarga entre hileras de cajas congeladas y ristras de jamones que sudaban nieve, bajo una luz mortuoria que impregnaba la piel de un tinte fantasmal, me acordaba de Enrique. Una vez, cuando los dos éramos un par de adolescentes, viajamos juntos de La Habana a Camagüey. Yo había cambiado un disco de los Doors por uno de Bob Dylan y me sentía feliz. La canción que más me gustaba de ese disco era "Mr. Bojangles". Enrique lo sabía y la cantó varias veces durante el recorrido, para asombro y enfado de los otros viajeros. Imitaba muy bien la voz de Dylan. En Santa Clara tuvimos que pasar a otro tren, en medio de una densa neblina, y corrimos a comprar una botella de vino en un sórdido bar frente a la estación, donde un joven militar dormitaba en el piso, totalmente borracho, con los cabellos llenos de aserrín.

—Así quiero estar yo —le dije a Enrique.

A Enrique casi no le gustaba el alcohol y no entendía por qué yo bebía tanto.

—Ya se te empieza a caer la cara —me decía, cuando me veía a punto de emborracharme — ¡Carajo, levántame esa cara!

Pero esa noche se tomó la mitad de la botella, quizás para evitar que me la bebiera solo. Mientras pueblos de calles desoladas desfilaban sin cesar tras los vidrios, Enrique escribía cartas bajo las luces opacas del vagón. Su letra infantil llenaba pliegos con lo que él mismo calificaba de una sarta infinita de mentiras, inventadas para ofrecer a los destinatarios la imagen de un joven audaz que sorteaba peligros sin perder una compostura risueña y desafiante, inaccesible al resto de la gente. Enrique era teatral. Una vez, casi al amanecer, en un parque vacío, escupió y abofeteó a una estatua.

Más tarde cayó preso con este primo mío que me anunció por teléfono su muerte. Los acusaban de haber virado unos latones de basura en la calle, la madrugada del 26 de julio. El delito, según la policía, era atentar contra el buen desenvolvimiento de una fiesta revolucionaria. Por lo tanto, agregaron, era un crimen contra la misma patria. Estuvieron incomunicados durante cuatro meses, y luego, después de un juicio absurdo, los trasladaron a una granja de trabajos forzados en las afueras del central Siboney, en medio de un potrero donde árboles enjutos apenas daban sombra. Yo fui a visitarlos un domingo. Enrique no quería hablar de otra cosa que no fuera cine. Me pedía que le contara las películas que habían estrenado en esos meses, aunque luego me interrumpía para hablar de Fellini o Bergman, con una voz enronquecida de tanto fumar. Un tic le desfiguraba la boca. Encendía un cigarro tras otro, y a cada rato se golpeaba con el dedo índice la cabeza rapada.

—Así que pateando latoncitos de basura —bromeaba yo.

—Cállate —decía Enrique—, aquí hasta las paredes hablan —y se rascaba el cuello suspirando.

Ahora yo manejaba el montacarga y recordaba todo esto, mientras figuras embozadas daban vueltas a mi alrededor; figuras silenciosas, cuyos nombres aún no me había aprendido, y que en las pocas ocasiones que hablaban despedían por la boca palabras en otro idioma y humo. En el trayecto solitario a mi casa rezaba en voz baja por él, no por fe o devoción, sino para tratar de tenerlo a distancia. Nunca miraba el asiento de al lado, donde me parecía

escuchar una respiración. Luego ponía la radio a todo volumen y aceleraba. Al pasar junto al aeropuerto, veía a veces un avión planear sobre la pista, entre las luces azules y rojas.

Enrique vivió en sus últimos meses con una muchacha americana, que antes de tomar la menor decisión consultaba primero las cartas y los astros. Nunca supe cuál estrella la autorizó a vivir con Enrique, o si las barajas dejaron entrever el cercano final. Ambos tenían muchos amigos, y la casa se llenaba de gente desde el anochecer hasta la madrugada.

—Tiene dos plantas —me decía Enrique— y una terraza. Tienes que venir.

—No puedo. Estoy trabajando.

—Pide permiso esta noche y ven. Quiero que estés en la fiesta.

Siempre daban fiestas: Enrique había conseguido un buen empleo, y a la americana le gustaba lo que en inglés le llaman *socialize*.

—No me hables de Cuba —me decía por teléfono— ¿Qué es eso, Cuba? Un país que conocí una vez, y que quiero olvidar. Yo soy americano. I'm an American, don't you understand? Hey, don't mess around with me, *Marielito*. You don't know what I am.

—Yes I know —me reía yo— You're a bitch.

—Okay, you're right —me contestaba— But I'm an american bitch.

Pocos meses después de la muerte de Enrique, la muchacha americana dio un baile de máscaras en su casa de dos plantas. Fue el día de Halloween. A pesar de que en esos momentos yo empezaba a luchar contra mi alcoholismo —y debía asistir a diario a pequeños cuartos saturados de humo donde desconocidos narraban sin pudor detalles tragicómicos de sus extrañas vidas, mientras yo sudaba y temblaba en un rincón, deseando con vana intensidad no haber nacido nunca— me decidí por fin a ir a la fiesta. Sólo estuve una hora: me pareció que Enrique estaba allí, que era uno de los disfrazados, y al entrar en el auto sentí el mismo terror de la noche de su muerte. Me acordé de la historia de la mano y dije:

—No, Enrique. Acuérdate que soy tu amigo.

Al llegar a mi casa escribí un cuento sobre esa fiesta. Lo titulé "Halloween". Terminé de escribirlo a las seis de la mañana. Ya había amanecido, pero no tenía sueño. Cerca de mi casa hay un parque con un lago, donde de noche los jóvenes se drogan y las parejas se besan en la sombra, y de día los niños corretean mientras

los padres intentan olvidar el trabajo, pero al amanecer casi no se ve a nadie. Pensando en el relato que había acabado de escribir, me puse a caminar alrededor del lago. Unas ráfagas agitaban las aguas, y un anciano tiraba pedazos de pan a los patos, que venían a comer en bandadas. Un borracho, descalzo y harapiento, con una barba de diversos colores, interpelaba a alguien que sólo él podía ver. Su monólogo, respunteado por palabras obscenas, tenía como objetivo humillar a aquel ser invisible a su lado, cuya capacidad para aguantar ofensas parecía ilimitada. A los pies del borracho se amontonaban latas de cervezas vacías.

Esa mañana soñé al fin con Enrique. Estábamos en un aula oscura, en la escuela donde estudié cuando era adolescente, en Camagüey, frente a la iglesia de San Francisco. Antes de la revolución solía ser un convento, pero luego fue una secundaria. En el sueño Enrique tenía un lunar que le cubría toda la mejilla. Se trataba de una clase de Química, en la que el profesor, a la vez que explicaba con tubos y sustancias un nuevo experimento, mencionaba pasajes de la Biblia, mientras acucillado en el fondo del aula un hombre con sombrero disputaba con blasfemias la existencia de Dios, lo que enfurecía a Enrique. De pronto una figura, quizás otro estudiante, estalló en un pupitre, y un chorro de luz subió hasta el techo, iluminando por un breve instante la sombría habitación. Enrique me agarró con fuerza el brazo y me dijo:

—¿Ves? Ese es él.

En ese momento los ruidos de la calle me despertaron. El ventilador había dejado de funcionar, y mi sudor empapaba la sábana.

Al cabo de dos años mi cuento "Halloween" fue traducido por Liliane Hasson para el diario *Le Monde*. Me emocionó ver algo escrito por mí en otro idioma. Sin embargo, sentí a la vez la impresión de que no lo había escrito. Más tarde Liliane me escribió desde París diciendo: "*Le Monde* te va a pagar 1,500 francos, pero necesitan saber el nombre y la dirección de tu banco en Miami, y el número de tu cuenta bancaria". Como yo no tenía cuenta en el banco, le pedí a un amigo que me dejara utilizar la suya. Pero al cambiar los francos me sentí culpable, como si los hubiera ganado de una forma ilegal.

Con el paso del tiempo mi obsesión con la muerte de Enrique llegó a desvanecerse. Otras personas que yo quería murieron. La única foto suya que conservo exhibe a un joven fatuo, de sonrisa

engreída, en cuyos ojos hoy percibo la arrogancia de quien sabe que no envejecerá.

Enrique casi no bebía, pero era un fumador exasperante. Tenía los dedos manchados de nicotina, y unas líneas profundas surcaban la palma de sus manos. Recuerdo también una marca de viruela en su cara. El a veces se la tapaba con polvo.

LAS SOMBRAS EN LA PLAYA

a Luis de la Paz

Como el día de agosto era caluroso y húmedo, y el gentío abarrotaba las playas, oscureciendo la arena y el agua con sus diversas razas, César continuó por la avenida de Collins hasta Haulover Beach, donde pensaba que podría encontrar un sitio más tranquilo. Aunque siempre prefería la quietud, y evitaba las multitudes y el bullicio, en esta ocasión tenía otro motivo para buscar un lugar solitario: su anciana madre lo acompañaba, y ella también compartía con el hijo esta secreta aversión por el tumulto.

¿Era temor, timidez, o una misteriosa forma de egoísmo? Dado el carácter singular de ambos, se hacía difícil precisar la respuesta. En la madre, el amor a las personas se había disuelto en la esterilidad del desengaño; y en el hijo, a causa quizás de este fracaso, se había desarrollado una extraña intensidad en el trato con sus semejantes, que aunque él disimulaba a toda costa, permanecía latente aún en el roce con personas que le eran ajenas; esta vehemencia oculta ponía en peligro la incierta armonía de sus movimientos.

La larga franja de arena de Haulover también ofrecía un muestrario de cuerpos de una punta a la otra; pero después de caminar un rato, la irregular pareja se contentó con un espacio libre junto a una ruinoso caseta de salvavidas. A la sombra de la construcción, la madre extendió las toallas y colocó con esmero la nevera con los refrescos, como si preparara la mesa para una cena de navidad, o arreglara la cama donde pasaría la noche un invitado importante.

Esa era siempre su manera de hacer las cosas; pero en verdad ya las cenas familiares pertenecían a un pasado remoto, a la época de su juventud en Cuba, y sólo su hijo dormía bajo el mismo techo que ella desde hacía muchos años. Luego se sentó con dificultad sobre la felpa, totalmente vestida, como si en vez de encontrarse en una playa estuviera descansando en el banco de un parque, y paseó su mirada curiosa por los alrededores, complacida de ver a los bañistas a una cierta distancia. César, burlándose de la negativa de su madre a ponerse una trusa, corrió hasta el borde del mar.

Ese instante de entrar al agua le provocaba un placer indecible, y ahora en Guanabo la algarabía de estudiantes le comunicaba a las olas un cálido ritmo. Sus compañeros de aula lo rodeaban agitando los brazos, y en un segundo se vio arrastrado por varios pares de manos hacia la parte más profunda, donde no tocaba el fondo con los pies, pues todos sabían que el muchacho todavía no había aprendido a nadar y gozaban con amedrentarlo. Forcejeó por zafarse de aquellas manos, y por último se dejó conducir entre toses y risas, mientras la sal le quemaba la boca.

Pero Guanabo ya era un nombre raído, una mera hojarasca, y las manos que agarraban su cuerpo se habían ausentado como obedeciendo a un silencioso acuerdo: hoy no era necesario luchar por apartarlas. Además, César se había convertido con el tiempo en un nadador eficaz, si bien no sobresaliente, como había ocurrido en casi todos los aspectos de su vida. Dio algunas brazadas sobre las crestas de las olas y luego saludó con la mano a la anciana que lo observaba protegida del sol por la sombra de la caseta.

En una de las fotos que guardaba de su época de joven maestra, su madre estaba tendida en la arena al lado de una hermosa muchacha; frente a ellas, un hombre corpulento no cesaba de mirarlas, con esa insistencia de las imágenes fijas, que en vano tratamos de lograr en el movimiento de la vida. En la parte posterior estaba escrito con letra escrupulosa el lugar: *Playa La Concha, Habana*. Y debajo la fecha: 1948.

Pero cuando César visitó *La Concha*, ya ésta se llamaba *Braulio Coroneaux*, nombre con que el gobierno revolucionario la había rebautizado, en su afán desmedido por cambiar las cosas. Y también esa playa le traía a César un recuerdo sombrío: en ella había visto a unos hombres sacar a un ahogado del agua. Era el mes de octubre y la playa estaba desierta; Nora, sacudiéndose el cabello, le pidió que no mirara. Pero una malsana curiosidad lo hizo observar el rostro azulado y deforme de aquel cadáver sin edad, cuya expresión angustiada reapareció luego en los sueños de César.

—Vámonos de aquí —dijo Nora—, los ahogados traen mala suerte.

Para Nora todo era motivo de buena o mala suerte: era ingenua y supersticiosa, y sus pezones resaltaban bajo la blusa casi transparente. Esa tarde se despidieron del mal humor frente al antiguo Coney Island; César la besó fríamente en la mejilla cuando llegó el ómnibus.

Pero los muertos desconocidos son diferentes a los muertos que uno ha visto vivir, y César recordó mientras nadaba que Ernesto había dejado de existir dos meses atrás, cuando regresaba por el Palmetto Expressway después de una noche de mariguana y alcohol: el timón se había hundido en el pecho a causa del impacto. Siempre que César flotaba en el oleaje, su mente divagaba sobre la muerte, aunque esto no le producía temor ni ansiedad, sino más bien un sopor placentero.

Se tumbó en la arena junto a su madre, que mientras le frotaba crema en la espalda, le dijo en voz baja:

—Aquel hombre se parece a él.

El, en el lenguaje elaborado entre madre e hijo a lo largo de treinta años, compuesto por una terminología caprichosa, no exenta a veces de buen humor, significaba el padre de César, que los había abandonado a ambos cuando la madre dio a luz. El paso del tiempo había permitido que el mencionarlo a él no resultara hiriente, sino quizás inadecuado, como una expresión vulgar en una conversación de cortesía entre personas que apenas se conocen.

Del otro lado de la caseta, un hombre cincuentón, de pelo canoso y mentón pronunciado, cubría de arena el cuerpo de un adolescente, probablemente su hijo, disfrutando de la tarea como si él también fuera un muchacho.

—¿En qué se parece? —preguntó César, que aunque nunca había conocido a su padre había visto fotos de la época del noviazgo, y ahora no encontraba familiaridad en aquellos rasgos estropeados.

—No sé —dijo indecisa la madre—. Pero se da un aire, sobre todo en la nariz y la boca.

—No te vayas a poner sentimental —le dijo César sonriendo, y se dispuso a entrar de nuevo al agua, para evitar una conversación peligrosa. Pero al pasar junto al hombre lo miró indiscretamente, y pensó que su madre tenía razón: había algo de las facciones de su padre en aquella cara. En ese instante el extraño dijo en alta voz, en un español con acento cubano:

—Una vez en la playa de Varadero me quedé dormido al sol una tarde completa, y me tuvieron que llevar al hospital con una insolación. Me pasé como un mes soltando el pellejo.

—Seguro estabas borracho —dijo el muchacho con una risita.

—¿Cómo tú le dices borracho a tu padre? —dijo el hombre, y le tiró un puñado de arena a la cara— ¿Así es como respetas a tu padre?

El jovencito se levantó con dificultad del agujero, y luego ambos comenzaron a retozar entre palabrotas y risas. César se alejó con lentitud, sin apartar la vista de ellos, y por un rato no pudo olvidar el metal de voz del viejo.

Ya en el agua, se le ocurrió una pregunta que lo inquietó: ¿Cómo sería la voz de su padre? En los últimos meses había estado obsesionado por dos voces, ambas escuchadas gracias a la magia de la grabación. Una era la de un amigo en un cassette enviado desde España, cuyo timbre singular César hacía diez años que no oía. Este amigo había jugado un papel esencial en su juventud. El reconocer su voz en la grabadora, una voz querida pero casi olvidada, le trajo a la memoria las noches cuando conversaba con él en la azotea del edificio donde ambos vivían, y esta escena se le apareció con una claridad tal que por muchas horas le pareció que al abrir la ventana vería La Habana con su amalgama de luces y sombras, delimitadas por la oscuridad del mar.

La otra voz, que pertenecía a un rostro desconocido, era la del esposo de la mujer de quien él estaba actualmente enamorado. El hombre permanecía en Cuba en espera de la salida al exilio, como tantos otros, y le enviaba a ella grabaciones donde reafirmaba su esperanza. César se había negado a escucharla en un principio, pues temía sentir celos de aquella voz, pero luego descubrió al percibir sus palabras serenas, que las cosas valiosas para el ser que uno ama —pues él había llegado a amar a esta mujer— no deben provocar turbación ni amargura. Y ahora a esta cadena de pensamientos confusos se añadía una nueva interrogante: la voz de su desconocido padre.

En la orilla del agua, el grupo de amigos trataba de abrir las botellas de cerveza con los dientes; las cabañas de Santa Lucía chisporroteaban bajo el sol de la tarde. Cuando César salió con la respiración entrecortada, después de una larga zambullida, se encontró a Jorge escupiendo sangre sobre la arena, con las encías lastimadas por el filo de las tapas.

—Eso te pasa por estúpido —le dijo César, vaciándole en el pelo una cerveza.

—Se ve bien que no la pagaste tú —gritó Tito, y de inmediato un remolino de polvo se levantó en el terraplén, como anunciando a los vacacionistas el final de la temporada. Todos los veranos en Santa Lucía terminaban de esa forma, con viento entre los árboles y botellas de cerveza vacías, y un ligero sabor a sangre en los labios.

Pero ahora el muchacho se había montado a horcajadas sobre el viejo: no se entendía lo que ambos gritaban. Al ver al hombre jugar con su hijo, César recordó que en una ocasión vino a Haulover con un compañero de trabajo, un joven amable y bullicioso que trajo una balsa, y en medio de la lucha por apoderarse de ella, en un sitio donde el agua era profunda, el muchacho de repente lo besó en el cuello. César lo miró sorprendido, pues no sospechaba que el amigo tenía esas inclinaciones. Pero la expresión del otro le hizo pensar que quizás se tratara de una broma. Luego se desplazaron con grandes brazadas a lo largo del muelle. Una bañista desnuda se regocijaba con su amante junto a un bote herrumbroso, al parecer flotando a la deriva, con movimientos rítmicos, pausados: el bote, la pareja.

Sí, pensó César, el erotismo lo desconcertaba. Le había tocado luchar con un hábil peleador, con un rival taimado. En su última crisis alcohólica, que se prolongó por más de tres meses, César entró una noche en un bar de mala muerte, bajo el efecto de una borrachera neblinosa; las mujeres se desnudaban en una tarima cerca de la barra, y una de ellas, algo envuelta en carnes pero de rostro llamativo, se pasaba el tacón de un zapato por los vellos del pubis, mientras en el traganíckel los Fleetwood Mac cantaban una melodía de moda. Esa figura en la tarima, con sus sinuosos movimientos, y el fondo sugestivo de la música, lo excitaron hasta un grado exasperante, y abandonó de inmediato el lugar sintiéndose febril, inadecuado, con la vaga intención de humillar un cuerpo; terminó en brazos de una prostituta que le robó el dinero, dejándolo inconciente en el cuartucho de un sórdido hotel.

Ya en el borde del agua el simulacro de pelea había cesado entre el padre y el hijo, y mientras devoraba unas lascas de pollo frío, César sintió de repente el impulso de hablar con el viejo. Pero el temor de que esto molestara a su madre, que era susceptible y caprichosa, lo hizo desistir de la idea. Luego se tendió sobre la toalla para broncearse. Las horas junto al mar pasaban rápidas, pensó; no se parecían a las otras, las de trabajo o insomnio, o del simple acto de esperar lo que no llega.

Con el calor de la tarde en el rostro no supo cuándo Caridad se sentó a su lado; al sentir la mano de ella sobre su boca, sólo atinó a morder los dedos finos, en los que un anillo recordaba una antigua promesa, hecha con precipitación, bajo un árbol sin hojas. En ese instante ella se acostó sobre él, apretando los senos contra su cara,

ahogándolo. La noche descendía sobre el puerto pesquero. Un rasgueo de guitarras se escuchaba detrás de la salina y el manglar.

Ahora su madre decía:

—No se parece tanto.

—¿Cómo? —preguntó César, que en su modorra no comprendió el sentido de las palabras.

—Que ese hombre no se parece tanto a él.

César volvió a mirar al desconocido, pensando que la mayoría de las veces el amor hace las semejanzas: a pesar de tantos años transcurridos, su madre no había olvidado al único hombre que había querido. Pero el rostro de ella mostraba una apacible sonrisa, y César se permitió una broma:

—Si fuera él, no creo que todavía te gustara.

—Ya estoy muy vieja para pensar en esas cosas —dijo la madre riendo, y asomó la cabeza por la ventana del camarote para observar la multitud de barcos anclados en el puerto, en espera de la orden de salida. Las aguas de la bahía del Mariel zarandeaban con violencia la embarcación, cuyo vaivén provocaba náuseas. Los cuerpos de los emigrantes se apretujaban entre sí, aletargados por las noches en vela, con el impudor del agotamiento.

Al mirar de reojo al desconocido, César recordó que al él cumplir los dieciocho años decidió visitar a su padre, y averiguó la dirección a través de un pariente lejano. El barrio de Santos Suárez no le era familiar: recorrió la calle Juan Delgado con pasos vacilantes. Las raíces de los árboles habían desbaratado las aceras, quebrando el cemento con sus cuerpos deformes, cubiertos por un oscuro musgo. Las fachadas protegían el interior de las viviendas como un muro a un fortín. En el silencio del mediodía sus pisadas resonaban con un eco siniestro.

Años después, sentado frente a un amigo en un restaurante de Miami, le confesó a éste que al llegar a la casa de su padre no tocó la puerta.

—Me alegra que no lo hayas hecho —dijo el amigo, y el tono sincero de sus palabras conmovió a César, pues era la primera vez que hablaba de esto, y no se arrepentía de haber elegido como confidente al muchacho que con las manos sobre la mesa lo miraba con simpatía. Su amigo tenía unas manos blancas y bien formadas, y al escucharlo César sintió ganas de extender las suyas, y estrechar las del otro con agradecimiento. Pero en ese punto donde dos

personas coinciden al final de una travesía, los gestos se vuelven innecesarios: tal vez el asentir con la cabeza basta.

Con la caída de la tarde el mar se agigantaba. Las olas se alzaban como paredones, y el bote repleto de refugiados corría el peligro de naufragar en el Estrecho de la Florida. Son distintas las aguas junto a la costa; cerca de ellas el padre juega con el hijo, y la madre dormita a la sombra de la vieja caseta.

Ahora el padre sabe que ya este día junto a su ser más querido ha llegado a su fin. La noche avanza a través del rojizo horizonte, salpicado por el vuelo de aves migratorias. Su voz al llamar al jovencito expresa impaciencia, pero a la vez ternura, y la madre dobla con cuidado las toallas mientras César entra al agua por última vez.

En la playa de Santa Cruz del Sur él es uno de los pocos que se baña a esa hora; junto al muelle todavía sobresalen los escombros que dejó a su paso el ciclón del año treinta y dos. Pero ya sólo contados pescadores recuerdan el suceso: el amasijo de palos y algas se le antoja a César el producto de un descuido, y no de una catástrofe.

Con los cabellos chorreando agua, César se acercó ahora a la figura vestida junto a la caseta, y no le sorprendió que los labios de su madre se movieran, mientras sus ojos permanecían fijos en la arena. A él le era fácil adivinar que en este instante ella no musitaba un soliloquio cualquiera, ni un rezo aprendido de memoria: bajo el sol de la tarde que llegaba a su término, frente al agua de un intenso verdor, su madre parecía sentir una armonía desconocida, y quizás se lo decía a sí misma. O expresaba su asombro en alta voz. O daba gracias.

CONTENIDO

	Pág.
El abrigo	7
El alumno de Lezama	12
Halloween	25
El baile de San Vito	30
Liberación	42
Un pequeño hotel en Miami Beach	50
La australiana	58
Dos actores	65
La calandria (Líneas de un retrato)	79
Para jugar a la ruleta rusa	83
Ana vuelve a Concordia	89
La franja azul	105
El armagedón	122
El repartidor	129
En el aserradero	137
Pólvora	143
El atleta	149
Enrique	154
Las sombras en la playa	160

LIBROS PUBLICADOS EN LA COLECCION CANIKUI
(NARRATIVA: novelas y cuentos)

- | | |
|-------|---|
| 005-4 | AYER SIN MAÑANA
Pablo López Capestany |
| 016-X | YA NO HABRA MAS DOMINGOS
Humberto J. Peña |
| 017-8 | LA SOLEDAD ES UNA AMIGA QUE VENDRA
Celedonio González |
| 018-6 | LOS PRIMOS
Celedonio González |
| 019-4 | LA SACUDIDA VIOLENTA
Cipriano F. Eduardo González |
| 020-8 | LOS UNOS, LOS OTROS Y EL SEIBO
Beltrán de Quirós |
| 021-6 | DE GUACAMAYA A LA SIERRA
Rafael Rasco |
| 022-4 | LAS PIRAÑAS Y OTROS CUENTOS CUBANOS
Asela Gutiérrez Kann |
| 023-2 | UN OBRERO DE VANGUARDIA
Francisco Chao Hermida |
| 024-0 | PORQUE ALLI NO HABRA NOCHES
Alberto Baeza Flores |
| 025-9 | LOS DESPOSEIDOS
Ramiro Gómez Kemp |
| 027-5 | LOS CRUZADOS DE LA AURORA
José Sánchez-Boudy |
| 030-5 | LOS AÑOS VERDES
Ramiro Gómez Kemp |
| 032-1 | SENDEROS
María Elena Saavedra |
| 033-X | CUENTOS SIN RUMBOS
Roberto G. Fernández |
| 034-8 | CHIRRINERO
Raoul García Iglesias |
| 035-6 | ¿HA MUERTO LA HUMANIDAD?
Manuel Linares |
| 036-4 | ANECDOTARIO DEL COMANDANTE
Arturo A. Fox |

037-2 SELIMA Y OTROS CUENTOS
Manuel Rodríguez Mancebo

038-0 ENTRE EL TODO Y LA NADA
René G. Landa

039-9 QUIQUIRIBU MANDINGA
Raul Acosta Rubio

040-2 CUENTOS DE AQUI Y ALLA
Manuel Cachán

041-0 UNA LUZ EN EL CAMINO
Ana Velilla

042-9 EL PICUO, EL FISTO, EL BARRIO Y OTRAS ESTAMPAS CUBANAS
José Sánchez-Boudy

043-7 LOS SARRACENOS DEL OCASO
José Sánchez-Boudy

0434-7 LOS CUATRO EMBAJADORES
Celedonio González

0639-X PANCHO CANOA Y OTROS RELATOS
Enrique J. Ventura

0644-7 CUENTOS DE NUEVA YORK
Angel Castro

129-8 CUENTOS A LUNA LLENA
José Sánchez-Boudy

1349-4 LA DECISION FATAL
Isabel Carrasco Tomasetti

135-2 LILAYANDO
José Sánchez-Boudy

1365-6 LOS POBRECITOS POBRES
Alvaro de Villa

137-9 CUENTOS YANQUIS
Angel Castro

158-1 SENTADO SOBRE UNA MALETA
Olga Rosado

163-8 TRES VECES AMOR
Olga Rosado

167-0 REMINISCENCIAS CUBANAS
René A. Jiménez

168-9 LILAYANDO PAL TU (MOJITO Y PICARDIA CUBANA)
José Sánchez Boudy

170-0 EL ESPESOR DEL PELLEJO DE UN GATO YA CADAVER
Celedonio González

171-9 NI VERDAD NI MENTIRA Y OTROS CUENTOS
Uva A. Clavijo

177-8 CHARADA (cuentos sencillos)
Manuel Dorta-Duque

184-0 LOS INTRUSOS
Miriam Adelstein

1948-4 EL VIAJE MAS LARGO
Humberto J. Peña

196-4 LA TRISTE HISTORIA DE MI VIDA OSCURA
Armando Couto

215-4 AVENTURAS DE AMOR DEL DOCTOR FONDA
Nicolás Puente-Duany

217-0 DONDE TERMINA LA NOCHE
Olga Rosado

218-9 NÍQUIN EL CESANTE
José Sánchez-Boudy

219-7 MAS CUENTOS PICANTES
Rosendo Rosell

227-8 SEGAR A LOS MUERTOS
Matías Montes Huidobro

230-8 FRUTOS DE MI TRASPLANTE
Alberto Andino

244-8 EL ALIENTO DE LA VIDA
John C. Wilcox

249-9 LAS CONVERSACIONES Y LOS DIAS
Concha Alzola

251-0 CAÑA ROJA
Eutimio Alonso

252-9 SIN REPROCHE Y OTROS CUENTOS
Joaquín de León

2533-6 ORBUS TERRARUM
José Sánchez-Boudy

255-3 LA VIEJA FURIA DE LOS FUSILES
Andrés Candelario

259-6 EL DOMINO AZUL
Manuel Rodríguez Mancebo

263-4 GUAIMI
Genaro Marín

270-7 A NOVENTA MILLAS
Auristela Soler

282-0 TODOS HERIDOS POR EL NORTE Y POR EL SUR
Alberto Muller

- | | | | |
|--------|---|--------|--|
| 286-3 | POTAJE Y OTRO MAZOTE DE ESTAMPAS CUBANAS
José Sánchez-Boudy | 370-3 | PERO EL DIABLO METIO EL RABO
Alberto Andino |
| 287-1 | CHOMBO
Cubena (Carlos Guillermo Wilson) | 378-9 | ADIOS A LA PAZ
Daniel Habana |
| 292-8 | APENAS UN BOLERO
Omar Torres | 381-9 | EL RUMBO
Joaquin Delgado-Sánchez |
| 297-9 | FIESTA DE ABRIL
Berta Savariego | 386-X | ESTAMPILLAS DE COLORES
Jorge A. Pedraza |
| 300-2 | POR LA ACERA DE LA SOMBRA
Pancho Vives | 4116-7 | EL PRINCIPE ERMITAÑO
Mario Galeote Jr. |
| 301-0 | CUANDO EL VERDE OLIVO SE TORNA ROJO
Ricardo R. Sardiña | 420-3 | YO VENGO DE LOS ARABOS
Estéban J. Palacios Hoyos |
| 303-7 | LA VIDA ES UN SPECIAL
Roberto G. Fernández | 423-8 | AL SON DEL TRIPLE Y EL GUIRO...
Manuel Cachán |
| 321-5 | CUENTOS BLANCOS Y NEGROS
José Sánchez-Boudy | 435-1 | QUE VEINTE AÑOS NO ES NADA
Celedonio González |
| 327-4 | TIERRA DE EXTRANOS
José Antonio Albertini | 439-4 | ENIGMAS (3 CUENTOS Y 1 RELATO)
Raúl Tápanes Estrella |
| 331-2 | CUENTOS DE LA NIÑEZ
José Sánchez-Boudy | 440-8 | VEINTE CUENTOS BREVES DE LA REVOLUCION CUBANA Y
UN JUICIO FINAL
Ricardo J. Aguilar |
| 332-0 | LOS VIAJES DE ORLANDO CACHUMBAMBE
Elías Miguel Muñoz | 442-4 | BALADA GREGORIANA
Carlos A. Díaz |
| 335-5 | ESPINAS AL VIENTO
Humberto J. Peña | 448-3 | FULASTRES Y FULASTRONES Y OTRAS ESTAMPAS
CUBANAS
José Sánchez-Boudy |
| 342-8 | LA OTRA CARA DE LA MONEDA
Beltrán de Quirós | 460-2 | SITIO DE MASCARAS
Milton M. Martínez |
| 343-6 | CICERONA
Diosdado Consuegra Ortal | 464-5 | EL DIARIO DE UN CUBANITO
Ralph Rewes |
| 345-2 | ROMBO Y OTROS MOMENTOS
Sarah Baquedano | 465-3 | FLORISARDO, EL SEPTIMO ELEGIDO
Armando Couto |
| 3460-2 | LA MAS FERMOSA
Concepción Teresa Alzola | 472-6 | PINCELADAS CRIOLLAS
Jorge R. Plasencia |
| 349-5 | EL CIRCULO DE LA MUERTE
Waldo de Castroverde | 473-4 | MUCHAS GRACIAS MARIELITOS
Angel Pérez-Vidal |
| 350-9 | UN GOLONDRINO NO COMPONE PRIMAVERA
Eloy González-Arguelles | 476-9 | LOS BAÑOS DE CANELA
Juan Arcocha |
| 352-5 | UPS AND DOWNS OF AN UNACCOMPANIED MINOR
REFUGEE
Marie Françoise Portuondo | 486-6 | DONDE NACE LA CORRIENTE
Alexander Aznares |
| 363-0 | MEMORIAS DE UN PUEBLECITO CUBANO
Esteban J. Palacios Hoyos | | |

- | | | | |
|--------|--|-------|--|
| 487-4 | LO QUE LE PASO AL ESPANTAPAJAROS
Diosdado Consuegra | 560-9 | EL PORTERO
Reinaldo Arenas |
| 493-9 | LA MANDOLINA Y OTROS CUENTOS
Bertha Savariego | 565-X | LA HABANA 1995
Ileana González |
| 494-7 | PAPA, CUENTAME UN CUENTO
Ramon Ferreira | 568-4 | DIALOGOS CON EL ETER
Pedro Báez |
| 495-5 | NO PUEDO MAS
Uva A. Clavijo | 570-6 | CUANDO ME MUERA QUE ME ARROJEN AL RIMAC EN UN
CAJON BLANCO
Carlos A. Johnson |
| 499-8 | MI PECADO FUE QUERERTE
José A. Ponjoán | 574-9 | VIDA Y OBRA DE UNA MAESTRA
Olga Lorenzo |
| 501-3 | TRECE CUENTOS NERVIOSOS - NARRACIONES BURLESQ
Y
DIABOLICAS -
Luis Angel Casas | 575-7 | PARTIENDO EL "JON"
José Sánchez-Boudy |
| 503-X | PICA CALLO
Emilio Santana | 576-5 | UNA CITA CON EL DIABLO
Francisco Quintana |
| 509-9 | LOS FIELES AMANTES
Susy Soriano | 587-0 | NI TIEMPO PARA PEDIR AUXILIO
Fausto Canel |
| 5144-2 | EL CORREDOR KRESTO
José Sánchez-Boudy | 594-3 | PAJARITO CASTAÑO
Nicolás Pérez Díez Argüelles |
| 521-8 | A REY MUERTO REY PUESTO Y UNOS RELATOS MAS
Jose Lopez Heredia | 595-1 | EL COLOR DEL VERANO
Reinaldo Arenas |
| 533-1 | DESCARGAS DE UN MATANCERO DE PUEBLO CHIQUITO
Estéban J. Palacios Hoyos | 596-X | EL ASALTO
Reinaldo Arenas |
| 539-0 | CUENTOS Y CRONICAS CUBANAS
José A. Alvarez | 611-7 | LAS CHILENAS (novela o una pesadilla cubana)
Manuel Matías |
| 542-0 | EL EMPERADOR FRENTE AL ESPEJO
Diosdado Consuegra | 615-1 | LA CAUSA
Eulalia Donoso |
| 543-9 | TRAICION A LA SANGRE
Raul Tápanes-Estrella | 616-8 | ENTRELAZOS
Julia Miranda y María López |
| 544-7 | VIAJE A LA HABANA
Reinaldo Arenas | 619-2 | EL LAGO
Nicolás Abreu Felipe |
| 545-5 | MAS ALLA LA ISLA
Ramon Ferreira | 629-X | LAS PEQUEÑAS MUERTES
Anita Arroyo |
| 546-3 | DILE A CATALINA QUE TE COMPRE UN GUAYO
José Sánchez-Boudy | 630-3 | CUENTOS DEL CARIBE
Anita Arroyo |
| 554-4 | HONDO CORRE EL CAUTO
Manuel Márquez Sterling | 631-1 | EL ROMANCE DE LOS MAYORES
Marina P. Easley |
| 555-2 | DE MUJERES Y PERROS
Félix Rizo Morgan | 632-X | CUENTOS PARA LA MEDIANOCHE
Luis Angel Casas |
| 556-0 | EL CIRCULO DEL ALACRAN
Luis Zalamea | | |

- 633-8 LAS SOMBRAS EN LA PLAYA
Carlos Victoria
638-9 UN DIA... TAL VEZ UN VIERNES
Carlos Deupi
643-5 EL SOL TIENE MANCHAS
René Reyna



Carlos Victoria nació en Camagüey, Cuba, en 1950. En 1965 ganó el concurso de cuentos auspiciado por

la fundación de la revista **El Caimán Barbudo**.

En 1971 fue expulsado por razones políticas de la Universidad de La Habana, donde estudiaba Lengua y Literatura Inglesa. En los nueve años siguientes trabajó como obrero en la empresa forestal en su provincia. En 1980 salió de Cuba por el puente marítimo Mariel-Cayo Hueso. Desde entonces sus cuentos han aparecido en revistas y antologías en Estados Unidos y Francia.

Uno de sus relatos fue incluido en la selección anual de 1985 del diario **Le Monde**. Su novela **La Travesía Secreta** fue finalista en el concurso **Letras de Oro** en 1991. Trabaja como redactor en el periódico **The Miami Herald**.

"Los cuentos de Carlos Victoria son disparos que dan en el blanco. Con un lenguaje desprovisto de toda retórica innecesaria y con una técnica al margen de las pirotecnias efectistas, Victoria pone el dedo en la llaga, esto es: en la ineludible desolación que es toda vida humana. Sus personajes viven una vida dual y desgarrada, pues vienen de un mundo mutilado por la Historia y por lo tanto por el horror. Testimonios de ese desarraigo son estos cuentos recios y perfectos".

REINALDO ARENAS

"Una prosa aparentemente simple, precisa, rigurosa, que sin embargo explora los escondites del pensamiento, de los sueños, de lo fantasmagórico; un tono, un estilo, un universo, de los que pronto podrá decirse: 'Esto es puro Victoria'".

LILIANE HASSON

Cuba, nouvelles et contes d'aujourd'hui